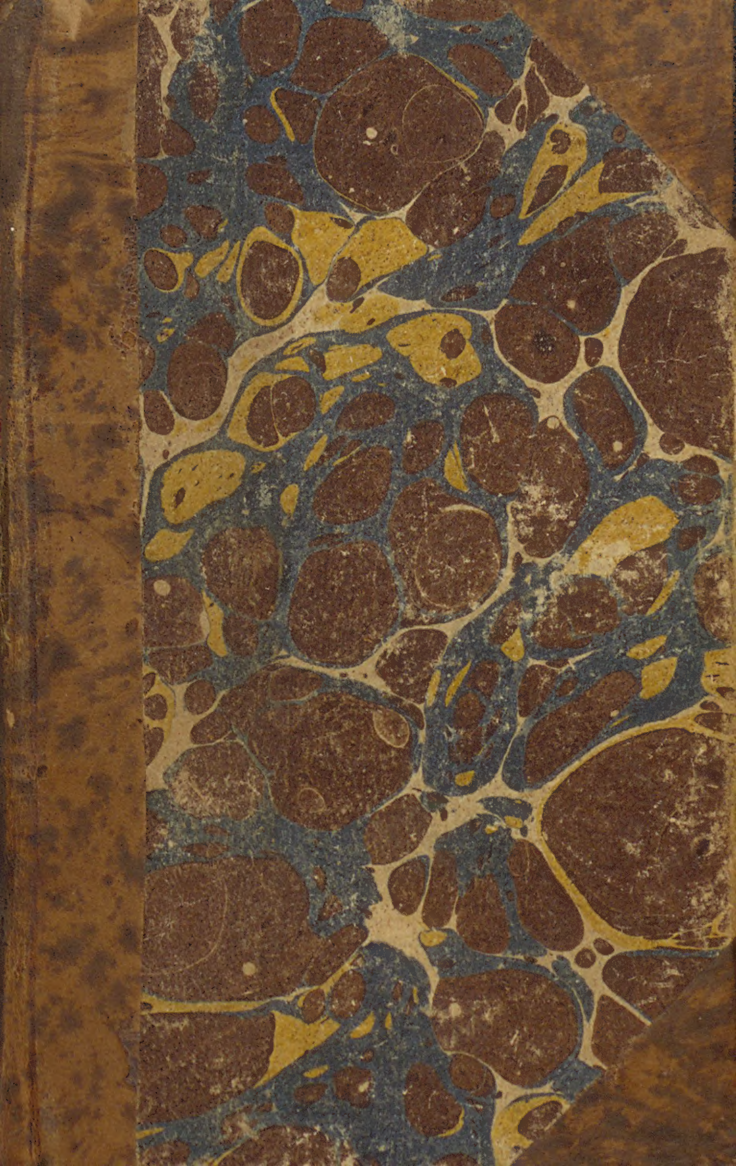






HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE FRANCIA,

FORMADA

sobre las mas auténticas que se han publicado en frances hasta el dia

POR

D. *FRANCISCO GRIMAUD DE VELAUNDE.*

Nihil est æquitati tam contrarium, atque infestum, quam convocati, armatique homines; nihil juri tam inimicum, quam vis. — Cic.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ.
1814.

LIBRO NONO.

Sacrílega profanacion de que el duque de Orléans se hace culpable. Numerosos asesinatos que se siguen á este sacrilegio. Conducta de Orléans entre los asesinos. Acciones heróycas de las víctimas. Conducta de los conjurados durante aquella matanza, y despues en la asamblea nacional. Indignacion que manifiesta Orléans por no haber tenido el resultado que esperaba. Estratagema de este príncipe para persuadir á los parisienses que Luis XVI estancaba los granos. Presencia hasta el último momento el heróyco sufrimiento de sus víctimas. Sus cómplices convienen en componerle una apología á que consiente, pero se opone despues. Se encierra en Passy, y allí medita nuevos asesinatos.

La mas sacrílega y horrible de las profanaciones precedió á los monstruosos atentados que voy á manifes-

tar. Orléans y los conjurados que permaneciéron en la iglesia, exîgiéron que un eclesiástico revestido de los ornamentos sacerdotales viniese á su presencia á celebrar el sacrificio augusto de nuestra religion. Estos miserables salpicados con la sangre de los asesinatos que habian cometido la víspera, y deseando bañarse de nuevo en la que iban á derramar, se postran al pie del altar, y se atreven á invocar al Dios de paz. ¡Qué horror! ¿Qué querian estos hombres atroces? ¿pretendian hacer cómplice de sus delitos al Dios de los justos? ¿creían que los votos homicidas pronunciados por sus bocas sacrílegas lo habian de interesar en el éxîto de su conjuracion? ¿ó pensaban que este testimonio exterior de su falsa piedad persuadiría á los hombres religiosos de la pureza de su intencion? ¿ó en fin, Orléans por el temor secreto de su corazon ácia el Dios de sus padres, imaginó que siendo llamado por los facciosos á ocupar el trono, podia sentarse en él legítimamen-

te? Pero ¡quién es capaz de penetrar el fondo de los corazones de los malvados! Dexo, pues, la resolucion de este problema á los filósofos que hacen un estudio particular de todas las extravagancias de que es susceptible el alma de los facinerosos.

Recibida la comunion, y acabada la misa, los conjurados salen de la iglesia y dan la señal de la matanza por unos horribles alaridos, que resonando en todas partes, atemorizan la ciudad y el palacio. La agitacion y el ruido hubieran bastado para llamar á d'Estaing y á la Fayette á sus puestos, si los motivos de que he hablado no los hubieran retenido en sus alojamientos. Entre las 5 y las 6 de la mañana los asesinos de uno y otro sexó se presentan delante de la verja principal del palacio, y las ex-guardias francesas los dexan entrar en el patio de los ministros: este tropel atraviesa corriendo el de los príncipes, y llega por la bóveda al jardin. Allí prorrumpen en imprecaciones contra la reyna, y

piden á grandes gritos su cabeza. Dos damas de la princesa y algunos guardias de corps que se habian quedado, estos en el salon, y aquellas en la sala de la reyna, ven el tropel y oyen las amenazas. Un instante despues dos hombres vestidos de muger suben por la escalera de los príncipes, reconocen el sitio y desaparecen.

El número de los guardias de corps que se habian quedado en lo interior del palacio, no pasaban de ochenta á ciento. A pesar de las promesas de la Fayette no se acostaron ni aun pensaron en tender las camas. Como de costumbre habia uno de centinela á cada una de las puertas de las habitaciones de las personas reales; la princesa tia del rey fué la única que prohibió expresamente pusiesen centinela á la suya, presintiendo sin duda las desgracias que los amenazaban, y es muy verosímil que su generosidad quisiese salvar una víctima.

Luilliers quartel-maestre mandaba la compañía escocesa. Este oficial por

su zelo, su valor, su intrepidez y su vigilancia era digno de los mayores elogios, y si hubiera sido ayudado por los demas gefes ó tenido una tropa mas numerosa, ninguno de los horrores que ocurriéron en Versalles los dias 5 y 6 de octubre se hubieran cometido. Estuvo en pie toda la noche, y acompañado de cinco ó seis guardias no cesó en toda ella de rondar alrededor del patio real y del de los príncipes. Conmovido justamente por la entrada y los alaridos de los bandidos que vió en el jardin, hace tomar las armas á aquellos de sus compañeros que estaban en el cuerpo de guardia, y se presenta en aptitud de subir á las salas. La verja real estaba ocupada por una multitud inmensa, que descubriendo esta pequeña patrulla, empezó á gritar: *Miradlos, tirémos á estos ...... no erreis la puntería*, y al mismo tiempo dirigen todos los fusiles contra los guardias. Luilliers sin intimidarse de los gritos ni de aquellos movimientos dirige á sus pocos

compañeros y atraviesa el patio con la mayor serenidad. Su presencia de ánimo y su aspecto tranquilo desarma á sus asesinos, que no se atreven á dispararle ni un solo tiro.

Al llegar al pie de la escalera grande encuentra al marques d'Aguesseau, mayor de los guardias de corps, y le dice: "Señor, el rey y la familia real están perdidos si los foragidos que se hallan yá en el patio y en los terrazos penetran el palacio: os suplico me deis órdenes positivas.— Poned, le responde d'Aguesseau, dos centinelas en cada una de las verjas, y dirigiéndose á todos los guardias les dice: Señores, manda y os ruega el rey que no tireis, que no mateis á nadie, en fin, *que no os defendais.* — Señor, le contextó Luilliers, asegurad á nuestro amo que sus órdenes serán executadas, pero que vamos á ser asesinados." Conforme á la órden que acababa de recibir, encargó á Delafaire brigadier de su compañía, que llevase seis guardias á sus respectivos puestos.

El duque de Guiche que mandaba á los guardias de corps que quedaban en la Alfombra verde, comprendiendo que no podria permanecer en aquella posicion, fué á recibir órdenes en casa del conde d'Estaing. "En verdad, le respondió éste desde la cama, que la situacion de vuestros guardias es muy crítica, es imposible que vuelvan á su quartel ni al palacio: haced lo que os parezca." Despues de esta disparatada respuesta el duque de Guiche conduxo á sus guardias á Trianon. Apénas habian llegado quando uno de sus compañeros disfrazado vino á decirles que era imposible que entrasen en Versalles, que la guardia nacional de París se habia apoderado de su quartel, y que sobre todo se guardasen de ser sorprehendider ó envueltos. Con este aviso dexaron á Trianon y se pusieron en marcha para Rambouillet. Dos razones los determinaron á tomar este partido, la primera porque el camino de Rambouillet era llano y los ponia al abri-

go de una sorpresa, y la segunda por que habiendo oido decir durante la noche que sería muy posible que el rey se retirase por Rambouillet, esperaban favorecer su marcha. Así que por la partida de esta tropa el palacio, como lo he dicho yá, quedó al cuidado de un ciento de guardias.

En el momento en que los amotinados atravesaron los patios, varios conjurados vestidos de mugeres se mezclaron los unos con los soldados de Flándes, y los otros con el populacho. Baxo este disfraz no se contentaban con enardecer á la multitud, sino que vomitaban como la canalla mil imprecaciones impuras contra la reyna.

Entre los conjurados así disfrazados testificaron despues muchos baxo la fé del juramento haber reconocido á Mirabeau, Barnavé, Petion, Lechapelier, Laclos, el duque d'Aiguillon, y los dos hermanos Lameth. Unos tenian las faltriqueras llenas de dinero, y otros lo llevaban en una talega debaxo del brazo, y unos y otros lo dis-

tribuían con prnfusion á los soldados y gentuza del pueblo. Algunas mugeres tenian tambien los delantales llenos de escudos de á seis libras, los sonabán y distribuían en seguida. En otras partes prodigaban víveres y licores á quantos se presentaban. El gefe de la pieza de almuerzos de la asamblea nacional de la calle de los Corrales, repartia con profusion á todo entrante salchichones, jamones, fiambres, frutas de toda especie, vinos de todas clases, y en general quanto se encuentra en las fondas las mas bien servidas. Estos gastos no le empobrecian porque quanto daba habia quien se lo pagaba inmediatamente. Algunas personas que no sabian el secreto, maravilladas de esta extraordinaria prodigalidad, le preguntáron: "*¿ pero quién os ha de pagar? ¿quereis acaso arruinaros?*" El respondia sonriéndose: "*¡Oh! Monseñor, el duque de Orléans, me ha dicho que bien puedo dar.*" Los conjurados dirigían sus alhagos á los soldados del regimiento de Flándes sin

cesar de gritar *viva la nacion*, *viva el regimiento de Flándes.*

A las seis en punto de la mañana, que era la hora dada por los conspiradores, Orléans se presenta delante de un tal Mollet de la guardia nacional de París, que estaba de centinela en una de las puertas de palacio. El príncipe llevaba un frac gris, un sombrero redondo calado, y un látigo en la mano. Mollet no le conoció al principio; pero habiendo pasado Orléans várias veces por delante le reconoció al fin, y le dixo: "Monseñor, vos podeis entrar." Entró con efecto, fué á presentarse á uno de los seis guardias que estaban puestos de centinela por Delafaire. Este no le dexó pasar, y Orléans se vió precisado á volverse á la plaza de armas, y poco despues al patio de los Ministros con una columna de facciosos que gritaban: *Viva Orléans, viva el rey Orléans.* El se sonreía, tomaba las manos de los unos, y hablaba finalmente con los otros, dirigiéndose con mas preferen-

cia á los que iban vestidos de mugeres. Estos facinerosos se dividiéron en dos bandas, los unos en número inferior dirigiéron su marcha por el lado de la capilla, los otros entráron en el patio de los príncipes. Algunos de estos últimos ganáron la bóveda que conduce al jardin, y los otros llevando consigo á Orléans se introduxéron por la columnata y penetráron en el patio real. Se arrojan sobre los guardias que estaban de centinela. Este infortunado llamado Deshuttes cae herido en tierra, le llevan arrastrando al patio de los Ministros, y despedazan sus miembros palpitantes. Un antropófago desfigurado con una barba larga, que le llegaba hasta el pecho, se baña en la sangre de la víctima, enrogece con ella sus manos, su vestido y su barba, le corta en seguida la cabeza, la pone en lo alto de una pica, y la presenta en medio de aquellos foragidos que con los mayores aplausos celebran este horrible espectáculo.

El compañero de Deshuttes llamado Moreau fué tambien cogido por los asesinos, pero habiendo tenido la felicidad de evadirse, fué corriendo á dar á los demas guardias de corps la horrorosa noticia del asesinato de Deshuttes. Los malhechores teniendo siempre consigo á Orléans, siguieron á Moreau y subieron la escalera principal. En lo alto de ella les enseñó el príncipe el salon de los guardias y la habitacion de la reyna, y se volvió á la izquierda como para entrar en la del rey.

Quisiera no emplear mi pluma en transmitir á la posteridad los ultrages é injurias que estas furias vomitáron contra la reyna; pero debo pintar todo lo horroroso de la escena en la que se proponian derramar su sangre, á fin de que se conozcan mejor las bestias feroces de que se servia Orléans. ¿*En dónde está esta .... bribona*? gritaban aquellos desalmados: *es menester comernos su corazon... no necesitamos su cuerpo, es pre-*

ciso llevar su cabeza á París.... querémos cortársela, arrancar su corazon, y freir sus hígados; y no se acabará con esto... la degollarémos, harémos escarapelas con sus tripas. María Antonia baylaba por su gusto, nosotros la harémos baylar por el nuestro.... querémos ver delante de nuestros ojos á María Antonia. La Polignac, la.... El pudor exîge que corra un velo sobre lo demas que decian. A los denuestos siguiéron los amagos, algunas mugeres sacáron de debajo de sus delantales una hoz y decian: *con esta la hemos de segar la cabeza.* Otras que por la travesía de París á Versalles se habian enlodado por el tiempo llovioso gritaban rugiendo de furor: *Mirad como estamos de lodo, parecémos unos demonios, pero la ...... nos lo pagará bien caro.... ¡Ah! qué placer tendré,* decia uno de los hombres que exhortaba con ardor á la matanza y al estrago, *si soy el primero que ponga la mano en esta ..... y la corto el cuello.* Estas imprecaciones y alaridos estaban

mezclados con los gritos de *viva Orléans, viva nuestro padre Orléans.*

Habiendo oido los guardias de la sala de la reyna todo este ruido, se adelantaron resueltos á perecer todos ántes que dexar entrar aquellos miserables en la habitacion de la princesa. Los doce guardias que custodiaban la balaustrada desde esta sala á la del rey se adelantaron para sostener el primer choque, y dar á la reyna el tiempo necesario de evadirse. Siento no saber si no los nombres de quatro, que eran Delafaire, Decharmond, Miomandre de Saint-Marie, y el quarto el generoso Luilliers, que acudia siempre el primero delante de los peligros: todos los doce baxaron los primeros escalones, y Luilliers con una voz firme dice á los asesinos: *Miserables, respetad el asílo de vuestros reyes*—*Armas abajo*, gritaron aquellos, y al mismo tiempo cargan con ímpetu sobre los guardias, que obligados á ceder por el inmenso número de esta turba se replegan, corren á la

sala, y cierran con prontitud la puerta.

Los alaridos, las imprecaciones contra la reyna y los gritos de sangre empiezan de nuevo, rompen la puerta con hachas, la sala se llena de malvados y los guardias corren á refugiarse al salon. Varicourt, uno de ellos, perseguido de cerca cae en los brazos de sus camaradas cubierto de veinte puñaladas, y su cadáver sirve de juguete á sus matadores.

Orléans habia desaparecido para buscar otra gavilla de amotinados; ésta entra por la sala de los Cien-porteros, atraviesa el salon y se reune en la sala de la reyna al tropel que habia llegado por la escalera principal.

Los guardias de las dos salas reunidos disputan palmo á palmo el terreno; vários de ellos llaman á la puerta de la habitacion de la reyna gritándola: *Salvaos, salvaos, señora.* Sus dos camaristas Thibaut y Angné no se habian acostado, se apresuran á repetir á su augusta ama los gritos de los guardias. La reyna de Francia

y de Navarra sale precipitadamente de la cama, y se salva en camisa en el quarto de su esposo. El rey por su parte despertando á los gritos de los asesinos, tiembla por el peligro de la vida de su esposa, y va á su quarto por el pasadizo del salon de Ojo de buey; y solo encuentra á los guardias Gouerouit de Berville, Goueroult de Valmet, Delarge-Barreau-Laroque-Saint, Hurieu, Luchapt, y d'Affon de Campié, quienes le instruyen de lo que ocurre, y le suplican que les permita no abandonar su persona. "Os ruego, dixo el rey, espereis un instante, voy á mandaros decir á lo que me he decidido." Con efecto poco despues les mandó que se situasen en el Ojo de buey.

Llegada la reyna á la habitacion del rey envia á buscar á sus hijos. No tardaron en venir la marquesa de Tourzel con la jóven princesa de la mano, y el conde de Saint-Aulaire con el heredero presuntivo de la corona en sus brazos. Los guardias de ser-

vicio del delfin se retiraron por la escalera escusada que se comunicaba con el Ojo de buey.

El combate continuaba mientras tanto á la puerta de la sala de los guardias de la reyna con tanto mas furor, quanto que los foragidos se creían mas cerca de la princesa. Loqueyssie el mayor, aunque seguido de cerca, pudo refugiarse en esta sala y atrancar bien la puerta; pero en breve los asesinos la franquean, y difundiéndose por ella empiezan á gritar de nuevo: *Ya tenemos á la bribona..... á la..... es menester cortarla la cabeza, es necesario sacarla el corazon á pedazos.* Pero ¿qué no pueden el honor, el valor, y la fidelidad? Durepaire indignado de oir atrocidades y creyendo que la reyna no se habia librado aún, emprehende combatir él solo á aquellas legiones de facinerosos. *Miserables*, les grita, *¿quál es vuestro deseo? conmigo es con quien las habeis de haber ántes*: é inmediatamente se opone á ellos y hace una tan larga re-

sistencia, que fatigado hasta lo sumo dexa caer la tercerola: entónces lo agarran por la bandolera y lo arrastran hasta el descanso superior de la escalera principal. A pesar de los golpes que le daban, dá una prueba prodigiosa de su presencia de ánimo: alcanza á ver en la sala de los Cien-porteros á Luilliers, que defendiéndose con la espada de millares de amotinados iba á ser asesinado. Durepaire le grita: *Luilliers, guardaos, vais á ser asesinado por la espalda: creedme, entregad la espada.* Luilliers se vuelve, y evita el golpe que le iban á descargar. ¡Qué de acciones no hicieron en este terrible dia los inmortales guardias del rey! ¡qué no pueda referirlas todas! al ménos no omitiré ninguna de las que puedan hacerles mas honor.

Llegado Durepaire á la escalera principal, reune todas sus fuerzas, se levanta, no es ya un hombre, es sí un leon: arrebata una pica de las manos de un asesino, y con esta arma hace frente á todos. Algunos compa-

ñeros suyos testigos de los peligros en que se halla, corren á él, se escapa de entre las manos de sus matadores y vá á refugiarse á la sala del rey. Al evadirse aquél cae al suelo Miomandre de Saint-Marie de un culatazo que le rompe la cabeza. Aunque bañado en su sangre reune sus fuerzas, se levanta, se apresura á alcanzar á Durepaire, y se salva comó él. Uno de sus compañeros llamado Dufrenne queda entre las manos de los facciosos; le preguntan donde están las armas de los guardias de corps, y les responde *que en el salon.* Lo dexan para correr allí, y él se aprovecha de esta retirada para tomar á toda priesa la escalera secreta de la sala de la reyna.

Al tiempo que corria Durepaire, uno de los que le perseguian le dispara un pistoletazo, sale la bala y sin herirle mata á uno de sus asesinos. Levantan el cadáver inmediatamente los que le rodean, y depositándolo en la escalera de mármol, gri-

tan al pueblo que los guardias de corps degüellan á todos los ciudadanos que se hallan en las salas. Al primer rumor de esta impostura se apoderan de Delisle uno de los seis guardas apostados en las verjas y quieren quitarle la vida, pero por fortuna un capitan de la guardia nacional de París llamado Gondran lo toma baxo de su salvaguardia, y lo rescata de la muerte.

En todas partes donde habia guardias de corps se trataban combates sangrientos. En el salon se dispara un fusil contra Boubée, y por fortuna no sale el tiro. Otro le disparan á d'Haucourt, y como el primero tampoco dá lumbre; pero indignado el foragido con estos chascos dá algunos pasos atrás, cala bayoneta y pretende metérsela por el pecho: Luilliers, que parecia dividirse en estos perentorios y críticos momentos, se encuentra allí, retira la direccion de la bayoneta que se asesta á su compañero, y él mismo recibe una herida en la mano iz-

quierda. En fin los guardias del salon despues de una resistencia obstinada, y de haber quedado desarmados, resuelven refugiarse en la habitacion del marques d'Aguesseau. Estos fueron Luilliers, Delafaire, Charmon, Boubée, d'Haucourt, Pommier, Seailles, y los dos hermamos Poisson. El caballero de Gratery, que los seguia en su retirada, fué menos dichoso. Separado de sus compañeros, rodeado de asesinos, y defendiéndose con la espada, fué herido por detrás en la cabeza, recibiendo al mismo tiempo mil golpes en muslos y brazos. Cubierto de contusiones fué llevado en medio de un gentío inmenso que no cesaba de gritar *al reverbero*, *á la linterna*, y depositado en el quartel de las guardias francesas en donde algunos granaderos lo tomaron baxo su proteccion, lo escoltaron hasta el de los guardias de corps. A pesar de la escolta un bribon le quiso disparar un fusil, pero por fortuna uno de los granaderos pudo levantar el cañon, y

el tiro se perdió en el ayre. Llegado al quartel se disfrazó y se apresuró á refugiarse en casa de un amigo suyo.

Los malhechores difundidos en el palacio, dueños de las armas de los guardias de corps, y no encontrando á nadie en el salon ni en la sala de la reyna, rompen la puerta de su habitacion y se agolpan en lo interior. ¿Quién podrá pintar su furor y desesperacion quando vieron que la augusta víctima se les habia escapado? *Nos falló el golpe*, exclamaron algunos jurando y maldiciendo al cielo. Los otros destruían á sablazos la colgadura de la cama que acababa de dexar. Todos en seguida intentaron hacer el último esfuerzo. Entran en la galería con intencion de forzar el salon de Ojo de buey, en donde se habian replegado varios guardias de corps, y se encuentran con los ex-guardias francesas, quienes al verlos se sitúan entre ellos y la puerta. Los granaderos llaman con fuerza: Chevaunes, Vaulabelle y Mondollot se acercan y gritan: "¿Quién

llama? — Granaderos. — ¿Qué quereis? — Que tomeis la escarapela nacional. — Tenemos la guarda uniforme tal qual lo hemos llevado siempre. — Nos han engañado, y todo París crée que la llevais negra." Acabado este diálogo Chevannes abre la puerta, se presenta solo con intrepidez heróica, y les dice: "Señores, os hace falta una victima? yá la teneis delante: soỳ uno de los comandantes del puesto: honor mio es perecer el primero por la defensa de mi rey; pero ¡por Dios! respetad á este buen réy." Estas palabras y el tono con que las pronunció conmueven al comandante de los granaderos, alarga la mano á Chavannes, y le dice penetrado de sensibilidad: "Léjos de atentar á vuestra vida venimos á defenderla contra vuestros asesinos." Al mismo tiempo todos los granaderos se arrojan á los brazos de los guardias de corps; estos los abrazan afectuosamente entre los suyos, los riegan con sus lágrimas, y no encuentran expresiones para mani-

festar sus sentimientos. Este fué el momento mas delicioso para estos desgraciados guardias en medio de los horrores de esta jornada. Se abrazan de nuevo, se prodigan mútuamente los nombres de amigos y de camaradas, y se restablece la paz.

Contentos los granaderos de sí mismos despues de esta buena accion, corren á repeler á los asesinos de todas las habitaciones, y á apoderarse de diferentes puestos para preservar el palacio de una nueva invasion. Estos puestos estaban desamparados: ninguno de los seis guardias puestos de centinela en las verjas se escapó sin trabajo. El caballero Raymond situado en el paso del teatro fué desarmado, robado, despojado, y sin mas que la camisa fué arrastrado por los cabellos sobre los cadáveres de Deshuttes y de Varicourt que habian sido degollados. Fué necesario que contemplase este horrible espectáculo, y que oyese al monstruo que llamaban *el hombre de la barba larga* quexarse de que le

habian hecho venir á Versalles para no cortar mas que aquellas dos cabezas. Llegado al quartel de los ex-guardias francesas, debió la vida á un piquete de la de París.

Arnaud situado en la bóveda fué testigo del asesinato de Deshuttes, recibió en la pierna un golpe de pica, y con muchas dificultades pudo escapar de entre los matadores de su compañero.

D'Arbonneau, situado de centinela á la puerta del quarto de la hermana del rey, vió á Delafaire y á los dos hermanos Poisson perseguidos por varios amotinados armados de picas. Al pasar delante de él, le dixeron en voz baxa sus compañeros: "Tén cuidado d'Arbonneau: el palacio está invadido: temblamos por los dias de los reyes." Los facinerosos seguian con tanto empeño á aquellos tres guardias, que no repararon en d'Arbonneau. Este se apresura á despertar la servidumbre de la princesa, le ofrecen un asilo, le ruegan que se

retire, pero él responde: *No, no penseis en mí, salvad á la princesa:* ésta le manda entrar en su quarto, y él obedece entónces.

Delasaux, que se hallaba de centinela á la puerta del quarto de madama Adelayda tia del rey, viendo á los revoltosos subir la escalera, entra dentro de la habitacion y defiende la puerta con el mayor valor. Fué necesario que la princesa le diese varias veces la órden de retirarse para que se resolviese á abandonar el puesto. Los bandidos golpean á la puerta: uno de los de la servidumbre de madama Adelayda llevaba el uniforme de guardia nacional de Versalles, y la duquesa de Narbona le puso en la mano la carabina de Delasaux: el guardia nacional abre de repente la puerta, los facinerosos lo tienen por un amigo, y se retiran.

Por todas partes era horrible el encarnizamiento. La guardia nacional de París se habia apoderado del quartel de los guardias de corps, que en po-

cas horas fué completamente saqueado, y los que se hallaron dentro quedaron prisioneros de esta guardia quitándoles las carabinas, sables y espadas, de suerte que quedaron desarmados. Habiendo sabido lo que pasaba en el palacio manifestaron deseos de ir al socorro de sus camaradas: el comandante de la guardia nacional consintió en ello y les prometió uña escolta. Lukerque, Vagnier de la Motte, Desmiers, y Saint-Marie d'Aubiac salieron los primeros. Apénas anduvieron algunos pasos, quando fuéron dispersados: Lukerque en la calle de los Naranjos fué detenido y preso gritando á aquella multitud: *Es menester degollarlo*, *es menester ahorcarlo*. Abrumado de los golpes y despojado de sus vestidos, fué arrastrado con un cordel al cuello á las caballerizas, y arrojado en el pilon de la fuente. Se incorpora, y una selva de picas y de bayonetas le obligan á retroceder: le dán un fuerte garrotazo en la cabeza y le ha-

cen caer á los pies de sus asesinos bañado en su sangre. Ya el hombre de la barba larga armado de una hacha se preparaba á cortarle la cabeza, pero un guardia frances se precipita en medio de sus verdugos, detiene el brazo que iba á descargar el terrible golpe, lo levanta, lo toma en brazos, y lo llevà en medio de otros seis guardias de corps que rodeaban una numerosa escolta de la guardia nacional de París.

Mientras que Lukerque se defendia con sus asesinos, Vaquier de la Motte corria el mismo peligro. Fué detenido cerca de la varandilla del camino de los Sellos sin poder huir mas allá. Era de una estatura agigantada y de una fuerza extraordinaria, y asi hizo una larga y vigorosa resistencia, pero tuvo al fin que ceder al número. Iba á perecer quando el cielo permitió que se suscitase entre sus verdugos una disputa acalorada sobre el género de suplicio que se le daría. Unos querian que se le

cortase la cabeza, otros que se le linternase, y los mas que se llevase á París para ahorcarlo en la plaza de Grêve. El hombre de la barba larga se hallaba allí diciendo á voces: *Pero ¿quándo me lo habeis de entregar?* En el intermedio de estos debates fué conocido por su altura extraordinaria de los ex-guardias francesas, llaman á sus compañeros y corren ál socorro de Vaquier de la Motte, se apoderan de él y lo conducen baxo las banderas del distrito de los Fuldenses. Al pasar por las filas un malvado, vestido con el uniforme de guardia nacional de París, le disparó un pistoletazo que recibió en el gancho de la bandolera, experimentando solamente una fuerte conmocion. Encontró baxo las mismas banderas á Saint-Marie d'Aubiac que algunos ex-guardias francesas habian substraido de las manos de sus verdugos, antes que tuviesen el tiempo necesario de herirle.

Desmiers no tuvo la misma feli-

cidad, pues recibió tres balazos que le atravesaron el cuerpo, cayó al suelo, y espiró en el pavimento del quartel de los suizos, adonde lo llevaron unos ex-guardias francesas testigos de aquel accidente.

D' Aqueville, Parmaroust y Hurard salieron del quartel con algunos guardias nacionales, y lucharon durante dos horas contra la muerte; fuéron ya presos, ya rescatados, vueltos á prender, y defendidos despues. Llegaron por último al palacio cubiertos de heridas.

No era solo en las calles en donde los feroces antropófagos pagados por Orléans perseguian á los guardias de corps, entraban tambien en las enfermerías, y por todas partes en donde presumian encontrarlos. Pero en estas requisiciones no fueron muy felices, gracias á la industria de personas generosas que dieron un asilo al corto número de guardias que escapó de la matanza. En el número de estas personas se hallaron Voisin,

cirujano de los guardias de corps de *Monsieur*, Bosset y su muger botilleros, la viuda Mercier perfumista, y una religiosa hospitalaria llamada la hermana Fabier, que ella sola tuvo la felicidad y la gloria de salvar la vida á catorce guardias de corps, á pesar de los esfuerzos que hizo una legion de malvados para extraerlos del parage en donde los habia ocultado.

¿Quién podrá persuadirse que en medio del tumulto, del ruido, del alboroto y de la matanza de los guardias de corps, de que estaba llena la ciudad de Versalles, el general la Fayette dormia tranquilamente? ¿Es posible que los alaridos, las pisadas de las gentes que iban y venian en diferentes direcciones, su gritería y tiros no le hubieran dispertado? ¿Es posible dormir en la víspera de una batalla? y ¿lo será mientras la batalla misma y hasta las once de la mañana? Pues á esta hora fué quando instruido sin duda de las

buenas disposiciones de los ex-guardias francesas se presentó la Fayette, y en el momento en que sucedia la escena que voy á referir.

El caballero de Saint Georges y otros diez y seis guardias de corps que habian salido de su quartel escoltados por un destacamento considerable de la guardia nacional, trataban de entrar á toda priesa en el palacio, quando tropeles de un pueblo inmenso se precipitan sobre ellos; los separan de la escolta y los arrastran ácia la plaza de armas prometiéndose quitarles la vida á todos. Estos caribes hacian resonar el ayre con los gritos de su alegría feroz, se felicitaban de esta prision, y clamaban que la execucion del castigo sería muy festiva y alegre. Y en este momento fué quando la Fayette se dió á ver montado en su caballo blanco y corriendo por todas partes á fin de reunir los granaderos: vé á las diez y siete víctimas que conducen á la muerte: oye deliberar sobre el gé-

nero de suplicio: pica ácia los verdugos gritando *ah, mis granaderos!* Todos aquellos que lo oyen corren. "Va»lientes granaderos, les dice, ¿per»mitiréis que estos bravos sean asesi»nados á traycion? Juradme á fé de »granaderos que no permitiréis se les »haga ningun mal." Los granaderos que no tenian necesidad de esta ridícula arenga, cargan sin contestar sobre los bandidos, los dispersan, ponen á los guardias en medio, y los conducen sanos y salvos al patio de los ministros.

Un poco mas léjos conducian igualmente á la muerte á algunos ancianos brigadieres y quarteles-maestres, cuyas cabezas estaban cubiertas de canas; como deliberasen sobre el género de martirio que les darían, levantando uno de ellos la voz, y con aquella serenidad que dá una conciencia pura y tranquila, dixo estas palabras: "Nuestra vida está en vuestras »manos, podeis degollarnos, pero no »la abreviaréis mas que algunos ins-

„tantes, y ciertamente que nosotros „no moriréinos deshonrados." La serenidad con que las pronunció y la vista de aquellos militares encanecidos en el arte de la guerra, hicieron una admirable y pronta sensacion en los ánimos de los que habian pensado degollarlos, y les dicen: "No, no „degollarémos á los valientes como „vosotros." Se abalanzan á sus cuellos, los abrazan afectuosamente, y los llevan en triunfo hasta el patio real.

Este hecho, la conducta que tuvieron los exguardias francesas despues del corto diálogo que pasó entre ellos y los guardias de corps del salon de Ojo de buey, prueba quán fácil le pudo haber sido á un hombre sagáz y activo que se hubiese encontrado en lugar de la Fayette, hacer inútiles los esfuerzos de los desalmados.

D' Estaing, como aquel general, no pareció en el palacio hasta las once para hallarse á un consejo extraordinario, en el que deliberó cómo habia obrado, esto es, sin firmeza y sin re-

solucion. A la misma hora fué tambien quando los diputados entraron en la sala de la asamblea nacional. Tanta apatía, lentitud tanta en estas circunstancias funestas que exîgian el zelo mas activo puede sin duda encontrar escusas; porque, ¿qué es lo que no se escusa con razonamiento? Pero los hechos hablan mejor, y yo dudo si aquellos á quienes se imputa esta inconcebible indolencia hallarán favor en la posteridad.

Sabiendo el rey que por todas partes inmolaban sus fieles guardas, corre precipitadamente á su balcon, se manifiesta al pueblo, y le pide por ellos. Los guardias que vén este movimiento del rey corren ácia él, rodean su persona, se quitan las bandoleras, deponen las armas, tiran los sombreros al ayre, y gritan *viva la nacion.*

El paso del rey y la accion de los guardias producen el mejor éxîto. Este mismo pueblo que poco ántes no pedian mas que sangre, responde ahora al grito de *viva la nacion* con

el de *viva el rey*. Se divide en seguida, busca por todas partes los guardias que habia hecho prisioneros y que conservaba para darles muerte, los lleva en triunfo y los conduce debaxo de las ventanas del rey, y allí les manifiesta los testimonios del interes mas vivo. Esta mudanza inopinada llena de furor á algunos caribes. Se oyen voces que piden que salga la reyna. La reyna sale al balcon llevando con una mano al delfin, y de la otra á la jóven princesa. *Fuera los niños*, *fuera los niños*, gritan los mismos. La reyna se entra y vuelve á salir sola: su confianza y la firmeza de su carácter desarma á sus propios asesinos. Aplausos unánimes se oyen por todas partes, y el ayre resuena con los gritos de *viva la reyna*.

¡Qué momento para Orléans! instruido de que las cosas, para hablar como el abate Syeyes, iban en sentido contrario, se presenta de nuevo en los patios, y habla á la multitud que llenaba el salon de Hércules. Apé-

nas estuvo allí, quando se volvieron á oir gritos horribles, parecidos á los alaridos que habian precedido á la matanza de los guardas de corps, pidiendo que el rey fuese á París. Las amenazas y los denuestos se mezclaron á esta peticion. Era una nueva sedicion que consternó y atemorizó á todos. En esta ocasion la Fayette y sus granaderos callan, y dexan correr el torrente: los oficiales superiores pierden toda esperanza: los ministros permanecen inmóbiles: Necker situado en un rincon de la habitacion del rey llora, ó finge llorar: el rey sitiado en su palacio, abandonado al favor de los monstruos que habian inundado de sangre las entradas de su quarto, se dirige á algunos diputados que se hallaban cerca de él, y les suplica vayan á prevenir á la asamblea nacional que necesita el auxîlio de sus luces y consejos, y que desea venga al instante á tener su sesion en el salon de Hércules.

Dos de estos diputados Blacons y

Sérent vuelan á la asamblea; encuentran á Mounier á la puerta de la sala y le dan parte de su mensage. "No „dudémos, corramos cerca del rey, les „responde Mounier." Blacons y Sérent entran en la asamblea, y la dan parte de los deseos del rey y de la respuesta de Mounier. *El presidente*, clama Mirabeau, *no nos puede hacer ir delante del rey sin deliberarlo ántes.* Las galerías apoyan con extraordinarios aplausos su mocion. Blacons y Sérent vuelven á buscar á Mounier, éntra, se sienta en su sillon, y dá parte solemnemente del deseo del rey. "*¿Está por escrito*, le pregunta un diputado del lado izquierdo, *ese deseo?*— *No*, responde Mounier, *pero ved aquí á M. M. de Blacons y Sérent que vienen de su parte* — Es ageno de nuestra dignidad, dixo entónces Mirabeau, ir al palacio del rey; allí no se puede deliberar, porque nuestras deliberaciones serían sospechosas, basta enviar una diputacion de treinta y seis miembros.—Nuestra dignidad, repuso Mou-

nier, consiste en cumplir con nuestro deber: para nosotros lo es, y muy sagrado, situarnos en este momento de peligro al lado del monarca, y atraerémos sobre nosotros la exêcracion de todos los siglos si nos olvidamos de cumplirlo." Mounier no convenció á nadie, y la mayoría votó por Mirabeau.

Llegado el aviso al rey, todas las personas que se hallaban en su presencia quedaron absortas de temor y espanto. Vueltas en sí representaron con calór al monarca que no debia fiarse de una multitud, que despues de los excesos que acababa de cometer, era capaz de todo: le suplicaron que se substragese por la fuga de las nuevas desgracias que le amenazaban, y le aseguraron que su retirada sería protegida, y que todos le harian un antemural con sus cuerpos. Luis se lleva la mano derecha á la frente, reflexîona algunos minutos, la estiende en seguida ácia los que le hablan, y les dice: *No, no es necesario exponer la vida de muchos para salvar una sala. Yo*

iré á París, y consumaré el sacrificio.

La resolucion del rey vuela de boca en boca, y se anuncian al pueblo por una salva de artillería y de fusilería. Orléans que meditaba en un ángulo del salon de Hércules enmudece á este ruido. Quando sabe la causa se encoleriza y agita. Viendo pasar algunos de los diputados les pregunta: *¿Dónde vais, Señores? A nuestro puesto, Monseñor, á la asamblea que ha decretado permanecer en el lugar ordinario de sus sesiones. — ¡Eh! Señores, les respondió como un hombre atolondrado, puesto que el rey acaba de decidir que iba á París, no es necesaria la asamblea, y todo está acabado.* Se pasea con agitacion y de priesa manifestando todas las señales de una extraordinaria inquietud, y dando una patada en el suelo desaparece murmurando y jurando entre dientes.

El primer cuidado de la asamblea, despues de haber enviado al rey los treinta y seis diputados, fué el de decretar que era inseparable de su real

persona á propuesta de Mirabeau y Barnave. Porque ¿qué hubieran hecho los conjurados no estando en Versalles la familia real? Su reunion á todos los bandidos que Orléans pagaba en el recinto de París, les hacia mas fácil la execucion de las nuevas empresas que pudiesen intentar. El rey dió esta respuesta á la asamblea nacional: "Estoy penetrado de la nueva se-
„ñal de adhesion que me dá la asam-
„blea nacional: debe saber que mis vo-
„tos han sido los de no separarme nun-
„ca de su lado: voy á París con la
„reyna y mis hijos, y daré mis órde-
„nes para que la asamblea vaya tam-
„bien á continuar sus trabajos."

Mirabeau despues de la lectura de esta carta pidió que se nombrasen los diputados que habian de acompañar al rey á París. No habia querido otorgar mas que treinta y seis para que rodeasen al monarca en medio de los asesinos que sembraban su palacio de cadáveres, y ahora pidió ciento para acompañar al augus-

to cautivo á su capital. Cada opinion que Mirabeau manifestaba en esta jornada era una órden á la qual sus cólegas subscribian ciegamente. Mounier nombró estos cien diputados, ó mas bien los hizo nombrar por uno de sus secretarios. Este inscribió en la lista el nombre de Mirabeau. Mounier lo advierte y lo borra. Mirabeau lo sabe, se acerca á Mounier, y le dice: "¿Por qué me borrais Mounier? Yo pido ser de la diputacion para apaciguar el pueblo en caso de que haya un tumulto á la llegada del rey. — Señor, le responde Mounier, los que tienen tanto crédito para calmar el furor del pueblo pueden tambien sublevarlo." Mirabeau insiste, se hace inscribir, y acompaña á París al rey, á quien habia querido hacer degollar pocas horas ántes. Al salir de la sala hizo la mocion de que se enviase á las provincias una memoria que las instruyese de los acontecimientos que acababan de pasar en Versalles, y en las que debia decír-

seles, que por medio de estos sangrientos sucesos *el baxel de los negocios públicos iba á sumirse con mas rapidez que nunca.*

El rey deseaba hacer algunos preparativos para aquel siniestro viage. Tenia órdenes é instrucciones que dar á aquellos que dexaba en el palacio sobre la conservacion de sus papeles privados y sobre otros mil objetos; al menos necesitaba llevar ropas blancas para él y su familia: pero no se le dió permiso de emplearse en estos por menores, y fué preciso que partiese precipitadamente, cediendo á las amenazas y murmuraciones. Subió al coche á la una acompañándolo la reyna, sus dos hijos, la marquesa de Tourzel su aya, su hermana, *Monsiur* y *Madama*, siguiéndolo algunas personas de la servidumbre y los cien miembros de la asamblea nacional. El hombre de la barba larga con un bonete muy elevado en la cabeza, y sobre la espalda una hacha ensangrentada, abria la marcha. Sus ca-

bellos, su barba, vestidos, sus manos y cara destilaban sangre, é iba en medio de dos hombres que llevaban sobre las picas las cabezas de Deshuttes y de Varicourt.

Una banda de foragidos camina sin órden siguiendo los horrorosos trofeos, en medio de los quales iba el hombre de la barba larga. El exército parisiense con su general al frente iba detrás. Entre este exército y el coche del rey se veía una tropa de mugeres y hombres que habian tomado el trage de este sexô. Todas las prostitutas del palacio real y de sus inmediaciones, toda la hez de los arrabales y la canalla de los mercados se encontraban en aquel tropel. Estos monstruos estaban borrachos de sangre, de vino y de desórdenes: muchos iban sobre los cañones: tan pronto cantaban las coplas mas impuras, como ultrajaban con frases indecentes á la familia real, insultando á los guardias de corps que obligaban á seguir al rey para adornar aquel lú-

gubre triunfo. Estos desgraciados guardias marchaban detrás del coche del rey, los unos á pie, los otros á caballo, la mayor parte sin sombreros, y todos desarmados y desfallecidos de hambre y de cansancio, recibiendo toda clase de humillaciones y de denuestos.

Luego que el rey entró en el coche, Orléans corrió á buscar varios carros cargados de trigo y de harina que tenia ocultos. Estos carros cerraron la marcha, y entraron en París con el rey entre los aplausos de los que salian á ver la novedad como de los que llegaban. Estos últimos gritaban á los primeros *ya os traemos al panadero, á la panadera, y al panaderillo.* Orléans, despues de haber hecho aparecer como por encanto los convoyes, se fué á Passy: se coloca en el terraplen que pertenecia á Boulainvillers para ver pasar la comitiva. Tenia á su lado á la marquesa de Sillery y á sus hijos, á excepcion del jóven Beaujolais, que aquel dia estaba malo;

y manifestando aquella mucha impaciencia por ver al rey, preguntaba á todos los que pasaban si estaba muy léjos. Habiendo reconocido algunos amotinados á Orleans, se lo enseñaron á sus camaradas gritando: *Viva el duque de Orléans.* Viéndose reconocido, se retiró detrás de sus hijos y se agachó poniéndose de rodillas para no ser conocido mejor; pero advertida la turba que seguia por la que la precedia, lo buscó con cuidado, y habiéndolo visto, gritó tambien con entusiasmo: *Mirad á Monseñor el duque de Orléans: viva nuestro padre Orléans: viva el buen duque de Orléans.* El príncipe se levantó entónces, y por mas señas que les hizo para que callasen, no hicieron caso, y sus gritos se aumentaron. Importunado por aquellas aclamaciones que recordaban sus atentados, y lo designaban como el rey del dia, se retiró y no vió pasar á las augustas víctimas que arrastraban á Paris los asesinos que él habia desencadenado contra ellos.

Al atravesar la familia real por la plaza de armas vió uno de los espectáculos increibles de que nos hablan los viageros, esto es, los antropófagos del nuevo mundo: notó que varias mugeres sentadas sobre el cadáver de un guardia de corps despedazaban con los dientes la carne ensangrentada del caballo de aquél. Al pasar los augustos cautivos por delante de la sala de la asamblea nacional no recibieron ningun honor, ningun consuelo, ni ninguna señal de interes de los diputados que se hallaban reunidos. Los conjurados reynaban allí y arrastraban á sí por el terror á todos aquellos que en el fondo de su alma exêcraban á los partidarios de aquella espantosa conspiracion.

En todo el tiempo que duró el viage no cesaron de hacer descargas de fusilería, y fué un milagro el que entre tantos hombres de los quales unos no sabian manejar las armas, y otros no respiraban mas que sangre, no saliese un tiro que hubiese lleva-

do la muerte al coche del rey. En Séve hicieron alto, no para descansar, sino para señalar aquella desastrosa jornada con una atrocidad inaudita. Hicieron venir un muchacho peluquero de profesion, y le obligaron amenazándole con el puñal á peynar las dos cabezas mutiladas que iban á presentar á los parisienses, como si aquellos terribles trofeos fuesen dignos de ellos.

En fin despues de cinco horas y media de una marcha excesivamente dolorosa llegó á París al ponerse el sol la familia real, penetrado su corazon del mas profundo abatimiento de las humillaciones mas vergonzosas; y sin haber tomado el menor alimento desde la salida del sol, paró en la casa consistorial. Tuvieron que oir un largo discurso de Meréau de Saint-Mery, y otro no ménos largo y molesto de Bailly, en el que llamó á este viage de crímenes *una hermosa jornada.* El gentío inmenso que llenaba la sala y el ruido que hacia impidie-

ron que se oyese al rey, cuya voz estaba debilitada por el cansancio y el dolor. Bailly volviéndose ácia el pueblo, le gritó: *El rey me manda deciros que viene con alegría á su buena ciudad de París.* La reyna alzando la voz hizo oir estas palabras que dirigió á Bailly: ¿*Os olvidais, señor, que el rey ha dicho tambien Y CON CONFIANZA*? Bailly volviéndose de nuevo ácia el pueblo, le dxo: *Ya lo oís, señores, habeis sido mas felices que si yo mismo os lo dixera.*

Despues de esta penosa sesion de la municipalidad el rey fue conducido al palacio de las Tullerías. Nada habia dispuesto para recibirlo. Todas las personas empleadas en su servidumbre tuvieron necesidad de pasar la noche los unos en el suelo y los otros sobre canapés. Desde la entrada del rey en París, y en su travesía para las Tullerías, se vió rodeado de un pueblo innumerable que se agolpaba al coche para verlo, sin saber á qué sentimientos entregarse. Enrique IV, despues de la

*

conquista de su capital, decia de los parisienses viéndolos correr en pos de sí: *Se apresuran por ver un rey*. Los parisienses del 6 de octubre tambien estaban *deseosos de ver á un rey*; pero ¡qué rey! ¡y qué inmensa y cruel distancia habia puesto la fortuna entre él y su abuelo! Enrique en el momento en que hablaba, era un rey conquistador, querido y adorado: Luis XVI, en la ocasion en que los parisienses corrian por verlo, era un cautivo humillado y privado de todo consuelo por las intrigas y crímenes de Orléans.

En la noche siguiente á la llegada del rey se iluminaron las calles, y pasearon por todos los quarteles las dos cabezas que los antropófagos habian traido de Versalles á París. La Fayette, ni ninguna de las autoridades entónces reynantes, manifestaron el menor deseo de terminar aquella fiesta abominable que duró aún una parte del otro dia, hasta que al fin arrojaron aquellos deplorables restos en el

rio por el puente real, sin que cuidase nadie de recogerlos, y de concederles los honores de la sepultura. Acabado este juego, el pueblo deseó ver á los guardias que habian seguido al rey. Se manifestaron alrededor de su desgraciado amo sobre la galería del jardin. Exîgiéron mas, quisiéron que se presentasen en el palacio real, y se pasearon. Sus rostros pálidos y desfigurados, su abatimiento y tristeza que atribuían con razon al dolor que tenian de la mortandad de sus compañeros, conmovieron sus corazones y los llenaron de aplausos. Pero ¡ah! este fué el único fruto que obtuviéron de tanta complacencia: obligaron al rey á licenciarlos y á confiar su persona á aquella misma guardia que lo habia arrancado de Versalles, y á aquel la Fayette, que tan mal lo habia defendido contra los satélites é intrigas de Orléans.

Los estériles honores que en la situacion presente del monarca no podian mirarse sino como una burla, le

fueron concedidos. El dia siguiente al de su llegada á París, Bailly al frente de una diputacion de la muncipalidad vino á cumplimentarlo "Aquí es, le dixo el corregidor, donde han residido vuestros antepasados." De lo que concluyó que París tenia sobre las demas ciudades del reyno el privilegio de poseer la persona del rey. Mas ¿no era una necedad hablar así en el momento en que acababan de destruir todos los privilegios de las ciudades, como los de los particulares? El rey le dió esta respuesta: "Las nuevas demos»traciones que me manifestais de la »adhesion y de la fidelidad de mi bue»na ciudad de París, me causan una »verdadera satisfaccion. Os recomien»do pongais todos vuestros cuidados pa»ra las provisiones necesarias á la sub»sistencia de sus habitantes, y para »mantener el órden público. Yo fixa»ré voluntariamente mi residencia mas »larga en mi buena ciudad de París, »en la confianza de que veré reynar »la paz y la tranquilidad. Acabo de

„reiterar á la asamblea nacional mi re-
„solucion de auxîliar el deseo que ha
„formado de no separarse de mí: lue-
„go que sepa de una habitacion con-
„veniente para que continúe sus sesio-
„nes, daré las órdenes necesarias pa-
„ra hacerla preparar."

Despues de la contextacion del rey, Bailly á la cabeza de la misma diputacion fué á presentar sus homenages á la reyna, y la dixo: "Señora, vengo á presentar á V. M. los homenages de la ciudad de París con los testimonios del respeto y del amor de sus habitantes. La ciudad se congratúla de veros en el antiguo palacio de nuestros reyes: desea que el rey y V. M. la concedan la gracia de establecer su residencia habitual en ella: quando el rey se la otorgue, y se digne ratificarla solemnemente, se creerá dichosa de pensar que V. M. ha contribuido á hacérsela obtener."

A este lenguage hipócrita, la reyna dió esta sucinta respuesta: "Reci-
„bo con placer los homenages de la

»ciudad de París: yo seguiré al rey con »satisfaccion á qualquier parte donde »vaya, y sobre todo aquí.”

Atreverse á decir que el rey precisado con violencia á salir de su palacio de Versalles venia á París, y que á ruegos de la reyna fixaba su residencia en esta capital, era mentir groseramente; pero el paso que le habian obligado á dar era de tal naturaleza, que fué necesario recurrir á una impostura para ocultar quanto tenia de odioso. Exîgieron del rey, que yá no podia rehusar nada, que escribiese á la Francia y á todas las potencias de Europa, que por su libre alvedrio habia venido á fixarse en París. Fué necesario que los realistas adoptasen ellos mismos ó fingiesen adoptar esta opinion; pues perseguian de muerte aquellos que manifestaban la menor sospecha acerca de la entera libertad del rey. La verdad es, que no era libre: su detencion fué muy regurosa en el principio, porque no solo no le dexaron salir de París, pero ni aun del recin-

to de su palacio, y solo podia á horas determinadas pasearse en el jardin: esta fué la única libertad que disfrutó en los primeros meses de su cautiverio, que como limitada, le debió ser tanto mas incómoda quanto que desde su infancia habia contraido la costumbre diaria de entregarse durante muchas horas á exercicios violentos. Despues de su advenimiento al trono no habia dejado un solo dia de ir á cazar, y esta diversion le habia venido á ser una verdadera necesidad.

Los instantes de paseo que le concedian estaban acompañados de disgustos que llenaban de amargura este ligero placer. Mientras se paseaba, las puertas del jardin estaban guardadas cuidadosamente sin dexar entrar á nadie. Un pueblo innumerable se reunia por la parte de afuera, y subiendo sobre los parapetos del puente real ó sobre los montones de piedras, gritaban al descubrir al monarca: *Mirad al rey que acaban de soltar*. No tenia el triste consuelo de conversar con su

familia ni de ocuparse en algo, pues los soldados y oficiales de la Fayette le rodeaban por todas partes, é iban siguiendo sus pasos. Teniendo razon para creer que entre ellos se hallaban espías prontos á dar una interpretacion maligna á sus mas inocentes discursos, guardaba un silencio profundo, ó no hablaba mas que de cosas absolutamente indiferentes.

Por mas abatida que fuese la situacion de la familia real, se podia decir con verdad que no era éste el éxîto que los conjurados se habian prometido de su conspiracion. Aunque Luis XVI no tuviese libertad, su trono no estaba por eso destruido, y mientras que viviese era dificil encontrar un pretexto para darle un sucesor ó para nombrar un regente. Podria tambien suceder que su inalterable paciencia, en una continuacion de tantos infortunios, le conquistase los corazones. En todos casos le era muy dificil á Orléans intentar nada ventajoso á sus proyectos, ínterin el rey estuviese

en poder de la Fayette. No habia otro medio de vencer la resistencia que este solo hombre oponia, que el de darle un sucesor, y otro á Bailly, que tenia el mismo espíritu y la misma conducta que el general del exército parisiense. No abandonaron esta idea: Marat en sus libelos, y Danton en las mociones que hacia en su distrito, trabajaron de concierto á fin de disponer los ánimos á esta mudanza; pero en aquellas circunstancias era impracticable su execucion. El vecindario de París tenia aún mucho afecto á su corregidor y comandante para hacerle adoptar otra opinion: su comodidad, su organizacion y su servicio voluntario le hacia inaccesible á todo medio de corrupcion, y como estaba armado era imposible atacarlo con violencia.

A estos motivos justos de inquietud para los conjurados se reunieron los de temor: Orléans se habia descubierto demasiado durante las últimas escenas para que los hombres un

poco despreocupados, y que tuviesen algun conocimiento de su carácter y de sus costumbres, no volviesen contra él sus sospechas. Estas que tuvieron reprimidas por todo el tiempo que se creyó debia succederlas la venganza, se esparcieron con cierta libertad quando pensaron que Orléans habia frustrado sus empresas, y que la inutilidad de sus últimos esfuerzos aseguraba que en adelante no emprenderia nada. Tres clases de personas tenian un grande interes en aumentar la publicidad y extension de estas sospechas; primeramente todos aquellos que tenian un verdadero amor al rey, y temian que las proscripciones pronunciadas contra ellos por Orléans viniesen al fin á realizarse. De este número eran muchos miembros del lado derecho, y su temor era tanto mas fundado, quanto que habian oido á los revoltosos que conducian al rey á París pronunciar sus nombres uno por uno.

La segunda clase, que tenia un vi-

vo interes en que Orléans fuese conocido generalmente como el autor de los atentados del 5 y 6 de octubre, se componia de aquellas personas que, aunque no estaban proscriptas, temian serlo si le daban tiempo de rehacerse.

En fin en la tercera clase estaban aquellos que querian justificar á los ojos de la Europa el partido que acababan de tomar, no solamente dexando el seno de la asamblea nacional, pero espatriándose de una tierra en que un monstruo como Orléans podia á su antojo é impunemente hacer correr arroyos de sangre humana.

Estos desertores fueron desde luego en gran número. En solos tres dias los miembros de la asamblea pidieron trescientos pasaportes. Ésta se sobrecogió con tan numerosas emigraciones; y aunque habia decretado bien inteligiblemente en su declaracion de los derechos del hombre que cada uno era libre de ir y venir por donde quisiese, en esta ocasion decretó que no se daria pasaporte al-

guno á ningun diputado, á no ser por motivos justos que habia de exponer á la ásamblea.

A pesar de este decreto, los que tuvieron intencion de ausentarse no lo dexaron de hacer por falta de pasaporte. Los mas notables entre los fugitivos fueron el conde de Lally-Tolendal y Mounier. Su desercion causó tanta mas extrañeza, quanto que el uno habia sido el primero que entre los miembros de su órden se habia reunido á los comunes despues de su constitucion en asamblea nacional, y el segundo habia jurado solemnemente no separarse jamas de ella; ligarse á la faz del universo por el empeño mas religioso y el mas sagrado que el hombre puede hacer sin preveer si su conciencia le permitirá observarlo, al ménos es una ligereza; y en los reformadores de un imperio, la solidez del juicio debe ser su primera qualidad.

Lally-Tolendal justificó el partido que tomaba por este corto nú-

mero de renglones, que yo creo deber poner á la vista del lector en razon de que es la última pincelada del quadro de los crímenes del 5 y 6 de octubre.

"Ni esta ciudad culpable, ni esta »asamblea aún mas criminal, merecen »que yo las justifique.... Ha sido su»perior á mis fuerzas soportar mas »tiempo el horror que me inspiraban »mis funciones. Esta sangre, estas ca»bezas, esta reyna casi degollada, es»te rey esclavo llevado en triunfo â »París en medio de asesinos y pre»cedido de las cabezas de los dos des»graciados guardias de corps: esos »pérfidos jenízaros, esas mugeres ca»ribes, esos gritos de *todos los obis»pos á la linterna* en el momento en »que el rey entraba en su capital con »dos arzobispos de su consejo en un »coche inmediato al suyo: *un fusil que »he visto disparar á uno de los coches »de la reyna*: M. Bailly llamando á »todo esto *una jornada famosa*: la »asamblea habiendo declarado fria-

»mente por la mañana que no con»venia á su dignidad acompañar al »rey y rodearle con todos sus repre»sentantes: M. el conde de Mirabeau »diciendo impunemente en esta asam»blea nacional que el baxel del es»tado léjos de haberse parado en su »curso, se adelantaba con mas rapidez »que nunca ácia la regeneracion: M. »Barnave riéndose con él quando los »arroyos de sangre corrian en torno »de nosotros: el virtuoso Mounier li»brándose por milagro de entre diez »y nueve asesinos que querian hacer »de su cabeza un trofeo mas... hé aquí »lo que me ha hecho jurar de no po»ner mas los pies en esta caberna de »antropófagos. Todos los hombres de »bien y yo, hemos visto que el úni»co esfuerzo que podíamos hacer por »el bien público era el de salir de... »Se desprecia una muerte, se despre»cian muchas quando pueden ser úti»les á la patria; pero ningun poder en »la tierra, ninguna opinion pública ó »privada tiene derecho á condenarme

"á sufrir mil suplicios en cada minuto, "y á perecer de desesperacion y de "furor en medio del triunfo del crí- "men. Me proscribirán, confiscarán "mis bienes; pero labraré la tierra y "no los veré mas."

Aquellos que penetrados de un profundo horror por los delitos que acababan de ocurrir en la ciudad y el palacio de Versalles, deseaban ardientemente que hubieran conocido y castigado los autores, disimulaban su indignacion y sus miras á medida que Orléans parecia mas imposibilitado de emprender nuevos crímenes. Insensiblemente se esparcieron por todas partes ideas muy poco favorables con respecto á este príncipe. Todos le designaban como un usurpador feroz, como un hombre cruel y cobarde. Esta opinion, si la dexaban aumentarse, podia acabar por quitarle todo crédito. Ademas era de temer qne los realistas por sus quexas y continuas reclamaciones viniesen á obtener que los tribunales tomasen cono-

cimiento de los multiplicados y horribles asesinatos, de los que la justicia no ménos que la humanidad exîgian una venganza exemplar. Si conseguian esto, se podia pensar que los jueces llegarian sin muchos esfuerzos al mismo gefe de los asesinos y á sus principales cómplices.

Para evitar este peligro, y hacer cesar estas prevenciones que empezaban á levantarse, los conjurados tuvieron consejo y resolvieron anticiparse al golpe que los amenazaba, evitarlo y desconcertar á sus enemigos por un exceso de desvergüenza. Mirabeau fué elegido para manejar este negocio. Convinieron en que pediria en la asamblea nacional que se exâminase escrupulosamente la conducta del duque de Orléans en los dias 5 y 6 de octubre. Los conjurados preferian ser juzgados por una asamblea, en la qual reynaban despóticamente, que serlo por un tribunal en donde no estaban seguros de la pluralidad de los votos. Independiente

de las intrigas que emplearian para precisar á la mayoría á aprobar esta mocion de Mirabeau, era ademas en sí misma demasiado especiosa para ser desaprobada. ¿Qué cosa habia mas justa y mas razonable que la de permitir á un hombre gravemente acusado exponer á la censura pública todas sus acciones? Esta consideracion tenia una gran fuerza por el rango mismo del acusado; porque si alguno era admitido á probar que sus manos no habian tenido parte en la sangre derramada en el palacio del rey, debia designar al primer príncipe de la sangre como el autor de todos aquellos atentados, quien por su nacimiento estaba obligado particularmente á defender la vida del gefe de su casa.

Quando hubiesen obtenido este artículo, todos los conjurados y sus amigos pronunciarian en la tribuna una brillante y enfática apología del duque de Orléans; y obtendrian en seguida de la mayoría de la asamblea

una honorífica absolucion que no permitiese volver mas á este terrible negocio, y que autorizaria al príncipe á atacar judicialmente á qualquiera que se atreviese á acusarlo. Cada uno de ellos se puso á componer su arenga. Quando Mirabeau acabó la suya, escribió á Orléans que desde la llegada del rey á París no salia de Passy, á donde se habia desterrado en cierto modo y se ocultaba de las miradas de quien tenia interes en expiarlo, no confiándose mas que de sus íntimos amigos. Decíale ademas que fuese por la tarde á la asamblea, porque en ella se iba á leer la memoria justificativa en que se habian convenido, y concluía que era de la mayor importancia que la lectura de esta memoria se hiciese en su presencia. Orléans viendo llegar el momento en que era menester presentarse en el combate, temió el ruido que produciria este negocio, y nunca malhechor alguno ha temido tanto el presentarse en publico como éste. Oía

anticipadamente los gritos y denuestos de los realistas, no pudiendo sostener la idea de los debates de indignacion que iban á suscitarse contra él. Esta idea le hizo perder la cabeza, y contra su costumbre, en vez de acudir á la cita de Mirabeau, le envió este lacónico billete: *He mudado de opinion: no hagais nada: esta tarde nos verémos.* A los innumerables defectos que tenia Mirabeau reunia el de la indiscrecion. Estaba en la asamblea quando recibió este billete, lo entregó á uno de sus amigos, y éste lo leyó de modo que los que estaban detrás lo leyeron tambien. Al entregarlo Mirabeau, dixo con enfado y encogiéndose de hombros: *Tomad, leed; es un cobarde, un .... que no merece el trabajo que se toman por él.*

Mirabeau no se contenta con este movimiento de despecho, sino que corre á Passy; pero á pesar de la elocuencia que emplea en persuadir á su gefe, lo halla anonadado en tal

pusilanimidad, que nada es capáz de convencerlo. Vuelve á Versalles, y como ningun hombre era mas colérico que él, desplega sin reserva su fogosa pasion: *Mirad*, dixo á los conjurados sus cólegas, *lo que nos sucede por habernos reunido á un hombre sin carácter.*

Orléans, aunque encerrado en Passy, no renunciaba á ninguno de sus proyectos; conocia que las sospechas pesaban sobre su cabeza, pero poco le importaba con tal que obtuviese lo que deseaba. ¿Quién se atrevería á hacerle cargo de la sangre que habia derramado quando hiciese gemir á la Francia baxo su cetro de hierro? Teniendo en sus manos los instrumentos propios á sublevar el pueblo, se lisongeaba de que lo que no habia podido hacer en un tiempo lo conseguiria en otro. Con efecto no tardó mucho en aparecer sobre la escena, y se vá á ver que intentando una nueva efusion de sangre, se quiso allanar con ella el camino del trono.

LIBRO DÉCIMO.

Buenas disposiciones del pueblo con respecto á la familia real. Calumnias de Orléans. Nueva conspiracion que trama. Hambre que produce de nuevo en la capital. Todos sus proyectos antiguos y modernos son descubiertos. Entrevista de este príncipe con la Fayette. Amenazas que le hace éste. Discurso que le dirige el rey, y su destierro á Inglaterra. Orléans tiene en esta ocasion una conducta singularmente generosa. Asesinato que los conjurados hacen cometer despues de su partida. Ley marcial.

Miéntras que Orléans meditaba nuevos asesinatos que le hacian cada dia mas odioso á los hombres de bien, y que entre sus mismos partidarios muchos empezaban á desestimarlo por su extraordinaria pusilanimidad, Luis y su

esposa observaban una conducta que parecia deberles grangear en breve la benevolencia del pueblo. Los cortesanos y todas las personas que se interesaban en la suerte del monarca, se ocupaban en destruir las preocupaciones que habian fomentado contra la reyna. Creyeron que si esta princesa hacia un grande acto de beneficencia en favor de la clase ménos afortunada, se captaría la voluntad y ganaría los corazones del pueblo baxo. No la podian hacer una proposicion mas agradable, la reyna era de suyo generosa, y su inclinacion y situacion actual la hacian desear ardientemente conquistar el afecto de los vasallos de su esposo. No se trató mas que de saber qué acto de generosidad sería mas propio para conseguir lo que se deseaba del pueblo. Los párrocos de París, que por su estado conocian mejor que otro alguno qué clase de necesidades eran menester aliviar, representaron que lo que fixaría mas el reconocimiento del pueblo, era devolverle las halajas que

habian depositado en el Monte de Piedad.

La idéa de difundir la alegría en el seno de una infinidad de familias, y ponerlas en posesion de objetos, cuya privacion aumentaban sus desastres, agradó á la reyna. En el primer movimiento de generosidad, y sin calcular hasta dónde iría esta munificencia, prometió adherirse al deseo que la manifestaban si el rey lo consentia. Aunque no fué mas que un empeño condicional, la publicidad que se le dió impuso en algun modo la obligacion de cumplirlo.

El rey meditó esta idéa y halló que su execucion produciría un gasto de tres millones, y el estado de agotamiento en que se encontraba el tesoro público no permitia entregarse á semejante libertad. No convenia tampoco, por aliviar la miseria de algunos particulares, aumentar el desórden de las rentas bastante considerable ya por las desgracias sufridas, y las dificultades que se experimentaban des-

de la apertura de la asamblea nacional para la recepcion de los impuestos. Pero para no engañar las esperanzas que tantos desgraciados concebian despues de la palabra dada por la reyna, Luis XVI resolvió mandar entregar gustosamente las ropas blancas y vestidos de invierno, sobre los quales no se hubiese prestado arriba de un Luis. Este objeto solo ascendia á una suma considerable; pero el rey decidió que este dispendio se haria de su propio bolsillo y por el de la reyna, y en su consecuencia hizo publicar la siguiente proclama: "Informado el rey de que una infinidad de personas se han dirigido á la reyna á fin de obtener por su intercesion la restitucion gratuita de las prendas depositadas en el Monte de Piedad, y aunque la reyna no ha contestado á este voto si no por testimonios de bondad, los han interpretado como un consentimiento puro y simple á la peticion que se la hizo. El rey, cuyos sentimientos de beneficencia no están combatidos sino por

la justicia que debe administrar á todos sus vasallos, hubiera querido subscribir en el todo á la peticion que se le habia hecho; pero estando instruido S. M. de que resultaria un gasto de tres millones, y que las necesidades de sus pueblos reclaman su beneficencia de muchos modos, no puede hacer mas que un uso moderado y reflexìvo de los caudales del tesoro real, puesto que todos provienen de los sacrificios de sus pueblos. Teniendo todo esto en consideracion S. M., y al mismo tiempo los motivos que deben empeñarle á respetar las esperanzas que han podido concebir de las palabras de bondad de la reyna su augusta esposa, despues de haber tomado conocimiento de la suma á la qual podrán ascender los depósitos hechos de veinte y quatro libras abajo, y que consistan en ropas blancas y en vestidos de invierno; se ha determinado á hacer este acto de beneficiencia, *tomando para ello de los caudales destinados á sus gastos personales y á los de la*

reyna. En su consecuencia S. M. ha mandado y manda lo siguiente. = Las personas que han empeñado en el Monte de Piedad ropas blaucas interiores y vestidos de invierno, y sobre los quales no hayan recibido mas de veinte y quatro libras, les serán devueltos gratuitamente, haciendo constar por sus respectivos distritos su buena conducta, &c."

Esta proclama y el beneficio que la siguió produxeron todo el efecto que esperaban para el rey y la reyna. La confianza y la gratitud les conquistaron la mayor parte de los corazones que habian irritado contra ellos. Esta mudanza que podia ir mas léjos, hizo comprehender á Orléans que sus maniobras del 5 y 6 de octubre caminaban, para hablar como Syeyes, en sentido contrario. Para concretar este negocio hasta el punto de vista que queria fuese presentado al pueblo, hizo difundir por los diaristas de su partido que era constante que el rey quiso huir con su familia á Metz para

empezar la guerra civil. De aquí concluían que el movimiento de París sobre Versalles fué indispensable por el efecto saludable que habia producido evitando correr torrentes de sangre. De esta conclusion sacaban esta otra: que aun quando el duque de Orléans hubiera sido el autor de este movimiento, debia ser alabado. Tampoco omitiéron nada para convencer á los espíritus de que las dos comidas dadas por los guardias de corps, eran una verdadera conspiracion contra la nacion y sus representantes.

Por estos medios esperaban obligar á callar á aquellos que pedian justicia de los atentados de los dias 5 y 6 de octubre. Contaban con echar la culpa de todo lo odioso de estas abominables jornadas á los guardias de corps y á la familia real; pero todas las fábulas que hicieron circular no adquirieron ningun crédito: por otra parte, como el tiempo solo podia propagar y dar alguna fuerza á las impresiones que querian pro-

ducir, y el carácter de Orléans no entendia de lentitudes, resolvió precipitar el desenlace : para esto fraguó una nueva conspiracion, que la manejó del modo siguiente.

El hambre fué siempre su mejor expediente y su gran medio. He dicho que habia ordenado siguiesen al rey en su viage á París varios carros de trigo y harinas. Desde el dia inmediato al de su entrada toda la capital estuvo abundante, y cada qual pudo proveerse de quanto pan quiso. Sin embargo era imposible que hubieran podido en una noche sola administrar estos granos y harinas ; y es indudable que de antemano se habian tomado medidas para que la penuria cesase en momento determinado.

El rey no podia ser quien tuviese esta prevision, porque suponiéndole el proyecto que querian atribuirle los orleanistas de su fuga á Metz para hacer la guerra á la asamblea nacional y á los parisienses, hubiera sido una gran locura tomar

precauciones para que éstos en el momento de su viage tuviesen el pan en abundancia. Esta sola reflexîon hubiera bastado para convencer á los hombres despreocupados, de que los autores de la miseria del pueblo no estaban en donde los creían: pero la facilidad con que Orléans conducia á la multitud, la habia persuadido que entre los hombres apasionados la credulidad se acomoda á todo y adopta los mayores absurdos.

Al dia siguiente al de la llegada del rey echaron al Sena por el puente real, y á la vista del monarca, muchos sacos de una harina fermentada y corrompida que por mucho tiempo habia sido el alimento de los habitantes de París. Estos se creyéron para siempre libres de la escasez, y se felicitaron mas que nunca de haber precisado al rey á que fixase su residencia en la capital. Pero esta abundancia, que se tenia por un prodigio, no duró mas que tres ó quatro dias, porque Orléans para la execucion de

los nuevos proyectos que formaba tuvo interes en hacerla cesar. El hambre apareció de nuevo con todos sus horrores y con síntomas mas aflictivos que ántes. Cada tahona tuvo que sostener un sitio á su puerta. Lo que entónces ocurrió no dexaba la menor duda de que exîstia un complot atroz. La Fayette, Bailly, y aquellos que auxîliaban á la comision de subsistencias, se convencieron de que quanto mas cocian los tahoneros, tanto mas se hallaban desprovistos.

La cosa pareció al principio un misterio impenetrable. La Fayette y Bailly por la extraordinaria atencion con que siguieron este movimiento penetraron bien pronto la causa. Se convencieron de que agentes pagados por Orléans tenian la cruel precaucion de hacer extraer las hornadas enteras en el silencio de la noche: que despues al amanecer organizaban de modo los tropeles á las puertas de las tahonas, que solamente los hombres robustos eran los unicos que obtenian pan.

Todos los indicios de un gran infortunio se reunian á esta detestable maniobra. Saint-Huruge en el jardin del palacio real gritaba á la multitud que habian tenido razon de proclamar al rey panadero, y tahonera á la reyna, y que en el palacio de las Tullerías era donde se habia de buscar la causa de la penuria tanto mas espantosa, quanto que sucedia inmediatamente despues de la recoleccion, y á la entrada del invierno.

La comision de subsistencias de la municipalidad de París tenia en su seno un hombre de una conciencia pura, de costumbres irreprensibles y de una integridad inflexîble llamado Vauvilliers. Era miembro de la academia de Bellas Letras, lector y catedrático de griego en el colegio real. Los novatores lo habian arrastrado como á otros muchos ácia la revolucion; Vauvilliers les fué siempre fiel, pero sin hacerse nunca cómplice de los extravíos que comprometian la seguridad pública ó individual. Situado en la

comision de subsistencias desplegó el mayor zelo por el abastecimiento de la capital, debiendo ésta principalmente á sus esfuerzos é inteligencia el no haber sido destruida del todo por el hambre.

Quando se manifestó esta nueva penuria, Vauvilliers veía con dolor que los obstáculos mas insuperables se multiplicaban para hacer inútiles sus esfuerzos. Un dia supo que los bandidos rasgaban los sacos de la harina que se vendia en los mercados; corrió allá, y debió su vida á una especie de milagro, pues viéndole aquellos amotinados quisieron abalanzarse á él y colgarlo del reverbero.

Tambien tuvo el dolor de ver desconcertadas sus medidas por la mayor parte de los habitantes de los quarteles corrompidos por los orleanistas que vivian en ellos. El de los Niños expósitos se apoderó de tres carros de harina, y no quiso entregarlos. Vauvilliers se presentó y arengó al pueblo que rodeaba los carros, pero todo fué inútil;

pues lo agarraron del pelo, y lo llevaban á la fatal linterna, quando felizmente un cuerpo considerable de la guardia nacional vino á substraerlo de la canalla que pedia su muerte.

En vano Vauvilliers escribia y decia á los quarteles, que si no contrariaban sus operaciones, él respondia de su provision. Orléans, que tambien se veía contrariado en sus proyectos por el celo infatigable de este hombre, le habia suscitado millares de enemigos en todos los quarteles. El de los Premonstratenses escribió á todos los demas pidiendo que la comision actual de subsistencias de la municipalidad fuese disuelta. Dió á esta demanda injuriosa el motivo que sigue: "El plan observado por la comision de subsistencias de la casa consistorial de París no podrá nunca ocurrir al abastecimiento por los medios suaves, fáciles y seguros; al contrario, ha hecho establecimientos inútiles, peligrosos y costosos. El silencio que guar-

*

da en sus operaciones es propio á suscitar recelos, y hacer que nazca á la sordina una peligrosa fermentacion. La proxîmidad del invierno, la escasez del pan, el precio inmoderado del trigo en las provincias, hace indispensable que se tomen resoluciones vigorosas que se antepongan á los males."

Los diaristas adictos á Orléans aplaudieron esta sátira contra Vauvilliers. "Aseguran, escribia Prud-„homme en sus *Revoluciones de Pa-„rís*, que el señor Vauvilliers ha „querido hacer su dimision. No cree-„mos que el público hubiera tenido „una gran pérdida, puesto que la „ineptitud de este censor real y ca-„tedrático de lengua griega sobre „materias de subsistencias, está bas-„tante probada."

Era menester mucho espíritu para rebatir esta opinion casi general, y Vauvilliers tuvo la firmeza de permanecer en su puesto. A él principalmente es á quien deben su exîstencia,

y el no haber perecido de hambre aquellos que lo maldecian; y la capital debió á su vigilancia el no haber experimentado las mismas crueldades de que Versalles acababa de ser el teatro.

Todo anunciaba que semejantes horrores se iban á renovar en París. Gentes apostadas gritaban en los arrabales y en el palacio real, que el rey habia prometido una disminucion de ocho ó de doce sueldos en el precio del pan de quatro libras, y que era menester obligar á la municipalidad á que realizase esta promesa. Si esta determinacion se hubiera tomado, el hambre en pocos dias habria hecho progresos espantosos. Tropeles de mugeres en el arrabal de San Antonio detenian á los pasageros, y les pedian dinero para comprar cintas y terlices, introduciéndose tambien en lo interior de las casas con la misma peticion. Durante la noche los facinerosos corrian por las calles, y señalaban varias puertas. Las de los

principales oficiales de la guardia nacional, de los miembros de la comision de subsistencias, de la municipalidad y de los arrendadores generales fueron tambien señaladas. Estas señales eran blancas, negras y roxas. Las primeras designaban pillage, las segundas muerte, y las terceras incendio.

Estos síntomas de una próxîma y terrible insurreccion eran muy propios para excitar la inquietud y la vigilancia de Bailly y de la Fayette, á quienes los últimos acontecimientos los habian enseñado á ser mas circunspectos. Creyendo con mucha razon que no se estableceria núnca la tranquilidad mientras que no se destruyesen por el pie las maniobras nocturnas que se hacian en las tahonas, pusieron desde luego en ello toda su atencion. Mandaron á todos los panaderos que no vendiesen pan sino muy de dia. Los centinelas protegian la distribucion, y los espías velaban sobre aquellos á quienes se hacia.

Esta órden no dexó de contrariar las miras de la faccion orleanista; pero no fué por esto desconcertada. Acostumbrada á replegarse en los malos sucesos, tomó otra direccion. Distribuyeron cédulas de la caxa de descuentos á la mayor parte de los tahoneros, y principalmente á aquellos que estaban avecindados en los quarteles en que vivia mas gentuza. La cédula de caxa estaba acompañada de ruegos para que no cociesen, y de la amenaza de ser *linternados* si no obedecian. Como todo anunciaba que la capital estaba en la víspera de experimentar una nueva catástrofe, y en esta clase de movimientos populares los proscriptos son las primeras víctimas, algunos tahoneros se amedrentaron, y en efecto no cocieron. Aunque este número fué pequeño, resultó que las personas que se surtian de ellos, se vieron obligadas á recorrer otras tahonas, y este movimiento fomentó el desórden que Bailly y la Fayette habian querido remediar.

Lo que aumentó la inquietud del corregidor y del general fué, que mientras que la faccion de Orléans sublavaba de nuevo y por manos invisibles los arrabales, ponia el mayor interes en hacer venir á París á la asamblea nacional. Este ardor parecia tanto mas extraordinario quanto que no tenia un pretexto plausible, y que no habian tenido aún el tiempo necesario de prepararla alojamiento.

Si no tenia ninguna razon para apresurar la venida de la asamblea, tampoco la habia para negarse á este deseo; de suerte que no hallando ninguna oposicion los orleanistas á las intrigas que interponian con este objeto, obtuvieron que los representantes se reunirían en París el *lúnes* 19 de obtubre, y que en el interin que se disponia la sala conveniente, tendrian su primera sesion en una de las del palacio arzobispal.

Estudiando la Fayette con atencion todos los movimientos de los revoltosos, y combinando las diversas

particularidades de la nneva fermentacion, vino á descubrir toda la verdad. Se convenció plenamente de que el monopolio que se hacia sobre los granos, era el gran medio de que se servian para encender las sediciones: que Orléans á fuerza de crímenes habia venido á hacerse dueño de casi la totalidad de los granos: que él solo habia producido todos los movimientos populares que se habian manifestado desde el principio de los debates del parlamento con la corte: que tambien él habia causado la última insurreccion: que se proponia hacer estallar otra semejante el *lúnes* 19 de octubre; y finalmente que en este dia debian entrar en el palacio de las Tullerías y degollar á la familia real, á las personas que se dispusiesen á defenderla, á todos aquellos diputados del lado derecho anteriormente proscriptos, y en fin, á los miembros de la comision de subsistencias, Bailly, la Fayette, Vauvilliers, el abad Maury, varios obispos, Viricu, Caçallés y Malouet.

Con estas luces, y teniendo en su mano la fuerza con el secreto de los conjurados, la Fayette pudo haber emprendido grandes cosas para la seguridad de la Francia. Esta es á lo ménos la primera idea que se me presenta, y no dudo que la conducta que tuvo en esta ocasion debe juzgarse con rigor; pero para que lo sea con equidad, es menester no perder de vista ni las circunstancias en que se hallaba, ni los recursos del hombre con quien tenia que combatir.

La Fayette comprendió desde luego que no faltando mas que un corto número de dias para hacer abortar la conspiracion que debia estallar el lúnes 19, tendria el mismo éxîto desastroso en París que habia tenido en Versalles, si no se anticipaba al instante al peligro. Fué corriendo al quarto del rey, y poniendo una rodilla en tierra dixo á todas las personas que se hallaban presentes: *Este es el momento en que se debe instruir de todo á S. M.* Sacó al mismo tiempo

del bolsillo un papel que puso en manos del monarca. Es muy verosímil que este papel contuviese la prueba de todo lo que Orléans habia hecho hasta aquel dia, y todo lo que se prometia hacer en adelante.

La Fayette no decia nada de nuevo al rey, quien hacia mucho tiempo sabia el orígen de las causas y los motores de los desórdenes que se renovaban todos los dias; pero le importaba tener una prueba tal que los mismos conjurados no pudiesen negar. Esta era una arma tanto mas nociva para ellos, quanto que al momento en que fuesen descubiertos, la popularidad que hasta entónces hacia toda su fuerza, se volvería contra ellos.

Luis XVI se apartó con la Fayette y tuvo con él una conversacion, en la qual el monarca y el general convinieron en las medidas que se habian de tomar para imposibilitar la execucion de los desórdenes que iban á producir los conspiradores.

Dos citas se le dieron á Orléans

de resultas de aquella conversacion, la una en casa de la duquesa de Coigny, que se encargó sin duda de disponer su ánimo á las proposiciones que iban á hacérsele, y la otra en la del conde de Montmorin. A las seis de la mañana fué quando se realizó esta segunda cita. El príncipe entró por la puerta secreta y encontró al ministro solo. Viéndose Orléans sin testigos, y no imaginando que fuese posible convencerle, lo negó todo; y respondió con arrogancia á las acusaciones que se le hicieron. Pero la escena mudó de repente y se hizo bien desagradable para él, quando la Fayette que estaba oculto en un gabinete inmediato, desde donde todo lo podia oir, abrió de repente la puerta y se presentó delante del príncipe, á quien su vista sola le hizo perder el color.

La Fayette despues de haber reprendido á Orléans los crímenes de que ya se habia hecho culpable, y de los que tenia intencion de cometer por

la nueva conspiracion que meditaba, le preguntó qué justificacion tenia que oponer á las pruebas que obraban en poder del rey. Orléans se esforzó para aparentar serenidad; tartamudeó, y en vez de la confesion que le exîgian profirió con una voz débil algunas imposturas que probaron que su corazon artificioso estaba muy endurecido en el crímen para que el arrepentimiento pudiese ser verdadero. La Fayette dexándose llevar del movimiento de desprecio y de ódio que le inspiraba la vista de un príncipe, cuya exîstencia era tan fatal al reposo de los franceses, le echó una mirada de indignacion acompañada de un gesto amenazador, que Orléans, á quien las amenazas intimidaban siempre, perdió entónces todo su ánimo. Sus miembros temblaban, sus rodillas se doblaban y su cara se cubrió de palidéz; dixo que se sentia malo, y con efecto cayó desmayado sobre un sofá que se apresuraron á presentarle. Llaman á uno de los ayudas de cámara del

conde de Montmorin, acude, hace beber al príncipe un vaso de agua, y por sus cuidados le restituye el uso de los sentidos. Luego que volvió en sí, la Fayette le dice que se presente en la habitacion del rey, y que obedezca puntualmente las órdenes que reciba.

Orléans salió de la casa del conde de Montmorin, y fué en efecto al quarto del rey. El modo y ademan humillado y confuso con que se presentó hubiera merecido la piedad é indulgencia, si esta vergüenza que no era mas que exterior hubiese sido fruto del arrepentimiento. Luis XVI le habló así: "Convencido como lo estás de que lo sé todo y que puedo revelarlo, tú mismo reprehenderás tu conducta en la violacion de las promesas que he recibido de tí mas de una vez. Tengo el poder y el derecho de dar un grande exemplo; pero mi indulgencia será aún ilimitada. En la situacion en que me han constituido tantos desastres y tantos crímenes no fixo mi vista, sino en las necesidades

del pueblo. Mi único deseo, así como mi primer deber, exîgen que lo alimente. Te declaro pues, que olvido todo lo que ha sucedido hasta este dia. No pongo á mi silencio y á mi olvido mas que una sola condicion, y es, la de darme tu palabra de honor, de que abrirás todos los graneros que tienes á tu disposicion, y que harás circular en Francia los granos que has exportado. Sal para la Inglaterra en donde están tus principales almacenes. Dirémos que yo te he dado una mision importante para aquel reyno. Este rumor que no será mas que un artificio, cubrirá á los ojos de la Francia y de la Europa el verdadero motivo de tu viage, y salvará tu honor. Permanecerás en Inglaterra hasta que yo te llame. Tú vés además, que despues de lo que te ha ocurrido con M. de la Fayette, no puedes permanecer en París. Ha declarado, que no habitará la ciudad en que te halles. Los acontecimientos, y la confianza que inspira, le hacen necesario aquí. Tú

conoces que quando es indispensable que uno de los dos se retire, á tí es á quien toca hacerlo. Otro motivo hay que me obliga á darte esta órden, y es, que los facciosos y los descontentos no se tranquilizarán mientras que tú estés en medio de ellos. Tu presencia les bastará para amotinarse; y tu ausencia quitando á todos los partidos la esperanza de tenerte por gefe, puede dar á la asamblea nacional la tranquilidad que necesita y yo deseo para sus trabajos."

Orléans, despues que el rey le habló en estos términos, se postró á sus pies, y derramando un torrente de lágrimas juró una obediencia ciega y escrupulosa á las órdenes que acababa de darle, así como á las intenciones que le habia manifestado. Como era esencial que el príncipe no se hallase en París el lúnes 19, el rey quiso que saliese el 16 y Orléans protestó que obedecería.

Despúes de esta conversacion el príncipe fué á París, en donde dió

parte á los confidentes de las órdenes que acababa de recibir y las obligaciones que habia contraido. Los sorprendió extraordinariamente quando les dixo que estaba decidido á cumplir todo lo que habia prometido, y que su primer cuidado en llegando á Inglaterra, sería el de corresponder al deseo del rey sobre el artículo de subsistencias. Debia parecerles bien estraña semejante resolucion de parte de un príncipe á quien hacian sin lealtad, y que en efecto en mas de una vez habia faltado á su palabra sin ningun escrúpulo. Luego que llegó esta noticia á todos los conjurados, se difundió entre ellos una gran consternacion. Se convencieron de la necesidad que habia de impedir que un príncipe, por quien se habia hecho todo, los abandonase en el momento en que su presencia les era mas necesaria. Veían ademas que el verdadero motivo de su viage sería tarde ó temprano conocido del público, y entónces sus cómplices quedaban expuestos

á todas las resultas que podrian tener los crimenes del 5 y 6 de octubre, si los tribunales venian á tomar conocimiento de ellos. En fin temieron con respeto á la pusilanimidad del príncipe, que quando estuviese en Inglaterra y viéndose amenazado, podria dar todas las noticias que se le exîgiesen para perderlos.

A consecuencia de estas consideraciones conviniéron en que se diputase á Mirabeau para suplicarle á nombre de todos sus partidarios que no obedeciese al rey. La mision de Mirabeau no tuvo éxîto, pues nada fué bastante para hacerle variar su resolucion, y la firmeza del príncipe lo admiró. En vano le representó que su partida daria nueva fuerza á las sospechas de las mortandades de Versalles suscitadas contra él; los peligros á que dexaba expuestos á sus mas adictos amigos, y el riesgo que corria de verse abandonado por una faccion que no le veria mas. De todo no obtuvo otra respuesta que estas palabras: *Estoy de-*

cidido, el partido está tomado, iré á la gran-Bretaña, y cumpliré lo que he ofrecido.

Creyendo Mirabeau que este teson provenia del temor que el príncipe tenia de que se realizase la amenaza que se le habia hecho si resistia abiertamente al rey, le aseguró que ellos se manejarian de modo que todo se pudiese hacer sin que él concurriese. Orléans fué inflexîble, y Mirabeau terminó su mision, suplicándole le permitiese leer una memoria en la asamblea nacional que la determinase á precisar al rey á que no se ausentase de París. Orléans desechó sin titubear esta oferta, y declaró que si leía semejante memoria en la asamblea, él la rebatiría.

Sería dificil pintar el despecho en que puso á Mirabeau y á los demas conjurados aquella inflexîbilidad. No comprehendian la causa de su firmeza; y á la verdad que les debia parecer incomprehensible. Pero el alma de Orléans, naturalmente tímida, se habia

conmovido singularmente por las amenazas de la Fayette. El temor del castigo que merecia era bastante para determinarle á alejarse del teatro de sus prevaricaciones. Estas consideraciones no debian ser de ningun peso para un conspirador, á quien los delitos que habia cometido impugnemente daban la certidumbre de que no tenia que temer nada de sus adversarios; pero el miedo no raciocina, y este sentimiento no cesó de dominar á Orléans desde el momento en que empezó á conspirar. Tambien puede ser que la suma indulgencia del rey le hubiese conmovido hasta cierto punto y le inspirase, aunque momentáneamente, el deseo de renunciar á sus detestables designios.

Se aseguró despues que los duques de Liancourt y de Biron (1) habian respondido al rey personalmente, y

(1) Luis duque de Biron ex-diputado de la asamblea constituyente, y general del exército republicano de la Vandée, fué guillotinado en 31 de octubre de 1793. Murio á los quarenta y seis años de su edad.

por escrito, lo mismo que al conde de Montmorin y al marques de la Fayette, que Orléans iría á Inglaterra, y cumpliria religiosamente lo que habia prometido. Si este hecho, del qual no hay prueba alguna es cierto, la inflexìbilidad de Orléans será ménos extraña. Habiendo respondido estos dos nobles de su viage, no hubieran dexado de servirse de toda la confianza que el príncipe tenia en ellos para demostrarle que su ausencia fuera del reyno era necesaria y ventajosa para disipar todos los recelos que hubieran podido inspirarle los demas conjurados.

Pero lo que esplica mejor que nada la firmeza que Orléans tuvo en esta ocasion, es que desde el momento en que ofreció dexar á París, la Fayette no cesó de estrecharle á que cumpliese su palabra, y cada vez que el general le hablaba de este asunto, lo hacia con el tono de un amo imperioso, amenazándole con los mayores castigos si faltaba á su palabra. Se estaba seguro de obtenerlo todo de Or-

léans, quando se le trataba con rigor. Aunque fiero y audaz quando nada se le oponia, era débil y cobarde con aquellos que sabian inspirarle temor: se asemejaba á los muchachos que en ausencia de su maestro forman mil proyectos de motines, pero que viéndole, temen que sean adivinadas sus intenciones. El miedo, y el deseo de librarse de las importunidades de la Fayette, fueron motivos suficientes para determinarlo á alejarse de sus cómplices. Escribió á la asamblea suplicándola le remitiese un pasaporte, apoyando su solicitud en que estaba encargado por el rey de una comision importante en la Inglaterra.

La carta del príncipe iba acompañada de un villete dirigido por el conde de Montmorin á la asamblea, concebido en estos términos. "S. M. ha »encargado á Monseñor el duque de »Orléans de una comision importante »cerca del rey de Inglaterra. El rey »desea que no se oponga ninguna di»lacion en el despacho de su pasapor-

»té: sus instrucciones se hallan yá en »la secretaría, y todo está pronto."

A la lectura de estos dos villetes la asamblea guardó un profundo silencio. Algunos diputados solamente se decian al oido: *Mirad una buena carta-órden*. El pasaporte se libró sin que ninguno de los conjurados reclamase lo contrario, y el príncipe salió el 16 de octubre, esto es, tres dias ántes de aquel que se habia señalado para una nueva conspiracion.

A sus cómplices les faltó la habilidad en esta ocasion; les era fácil haber detenido por fuerza al príncipe entre ellos; no era necesario para esto mas que adelantar la conjuracion que debia estallar el 19, y hacer entrar en las combinaciones de este dia que el pueblo pidiese imperiosamente que Orléans permaneciese en París; pero perdieron el tiempo en hablar á este príncipe. Si Mirabeau (1) hubiera tenido el genio de

(1) Honorato Gabriel Riquety conde de Mirabeau nació en 1749. Al principio fué

un gran conspirador, no se habria inquietado tanto de la negativa que le habia dado; y amotinando la faccion de Orléans contra él mismo, le hubiera obligado á desobedecer al rey, y á entrar en guerra abierta con la Fayette. Leyendo contra el asenso de Orléans la memoria en la asamblea, como desde luego lo habia idea-

militar, despues de casado se retiró del servicio, y á peticion de su padre y mediante á sus excesos y desarreglada conducta, fué encerrado en el castillo de If en 1774, y á poco tiempo pasado al de Joux en el Franco condado. Habiéndose enamorado en Pontarlier de la muger de un miembro del parlamento de Besanzon llamada Sofia Mounier, se huyó con ella á Holanda; pero habiendo sido preso en el camino, fué vuelto á Francia en 1777 y encerrado en el castillo de Vicennes, en donde permaneció hasta el año de 1780. Murió en 2 de abril de 1791 á los quarenta y dos años de su edad, pudiéndose decir que á su perniciosa influencia ha debido la Francia todos los males y plagas que la han afligido. Su cadáver fué depositado al lado del de Descartes; pero en 1792 fué arrojado de allí de órden de la Convencion y despedazado por el pueblo por enemigo del estado y partidario de la corte.

do, y apoyada por la faccion, no podia dexar de conquistar la mayor parte de los votos, poniendo á la corte por resultado de todo en la imposibilidad de conseguir el viage del príncipe.

Teniendo los conjurados mil medios poderosos para inutilizar las miras del rey y de la Fayette, recurrieron para retener entre ellos á su gefe á una extravagancia pueril. Como estaban firmemente persuadidos de que nunca los habia de abandonar, quando supieron positivamente que habia partido, hicieron montar á caballo á uno de sus agentes: éste corrió delante del príncipe, lo esperó en Boloña, y quando hubo llegado, empezó á gritar como un energúmeno: *No dexeis salir al duque de Orléans; el reyno se pierde si el príncipe sale de él ó lo abandona.* Algun dinero que se repartió en seguida al pueblo baxo hizo que las mugeres de los marineros se sublevasen; rodearon al duque de Orléans, y declararon que no le dexarian par-

tir. Los oficiales de Boloña encontrando sus pasaportes corrientes, tituvearon sobre el partido que deberian tomar: creyeron que esto se podria hacer contra el gusto de los diputados, precisados por la corte á encargar á Orléans de una mision en Inglaterra, y que en su consecuencia la asamblea no se disgustaria de que se le detuviese. Diputaron quatro de entre ellos, no al rey ni á los ministros, sino á la asamblea, á fin de conocer sus verdaderas intenciones.

Estos diputados llegaron á París en la noche del 18 al 19; fueron desde luego á casa de Fréteau, que era entónces presidente de la asamblea. Fréteau, aunque tenia un ódio mortal á todos los que la faccion de Orléans proscribia, no tomaba sin embargo mas que un débil interes en las nuevas intrigas de su pandilla. Dixo á los diputados que era inutil se presentasen á la asamblea, la qual no dexaria de mirar la detencion del duque de Orléans, sino como una es-

pecie de rebelion, puesto que le habia despachado su pasaporte; así que lo mejor era que se volviesen al instante á Boloña, como lo executaron; y Fréteau al otro dia dió cuenta á la asamblea de aquel negocio.

Parece una cosa singular que una asamblea nacional tan zelosa como lo era la de 1789 de su autoridad, no se formalizase de que el presidente hubiese tomado sobre sí la fé y testimonio que se la venia á pedir á toda ella en cuerpo. Los amigos de Orléans mas interesados que los demas diputados en hacer esta observacion, escucharon en silencio á Fréteau. Si su conducta no se aprobó, nadie al ménos la censuró. Así que, no oponiéndose nada al viage de Orléans, éste pasó á Inglaterra.

Ninguno se engañó acerca del verdadero motivo de su viage; y la voz general era de que su conducta en los dias 5 y 6 de octubre le habia acarreado este destierro, y hallaron el castigo demasiado modera-

do para tantos crímenes y vilezas. Sugetos mejor instruidos aún, decian que habia pasado á la gran Bretaña para enviar los granos que habia exportado. Todos los verdaderos patriotas daban gracias á Dios por el arrepentimiento del príncipe dirigiendo á él sus votos porque fuese eterno.

Despues que se reveló el misterio de la pretendida mision, se habló contra Luis XVI y la Fayette por haberse limitado á imponer á Orléans aquel débil castigo. Era menester, decian, servirse de todas las ventajas que les daba sobre él, el descubrimiento de las pruebas de su conspiracion, haberlas publicado, descubrir á los ojos del universo el monstruo que habia sembrado de cadáveres el palacio de su rey, conducirlo á los pies de la justicia, y derribar su cabeza en un cadalso. No hay duda de que si se hubiera adoptado este partido, tantos nuevos atentados posteriores no hubieran afligido á la Francia, ni se hubieran inmolado tantas y tan puras é

ilustres víctimas; pero este partido era impracticable. ¿Qué podia un rey que cada paso suyo, por una prevencion casi universal, excitaba la desconfianza contra un príncipe que todos los partidos buscaban con furor, y que contaba en todos los estados de la sociedad cómplices con cuyo auxîlio podia excitar en una misma hora una subversion en todos los puntos de la monarquía?

Es muy dudoso que hubieran dexado á Luis XVI el tiempo necesario para publicar las pruebas de la conjuracion de Orléans, y recoger todas las noticias de que era necesario acompañarlas. Tambien lo era que la mayoría de la nacion lo creyese, ó que creyéndolo, hubiese vituperado los atentados que la anunciaban. Era del gusto de tantos una revolucion, que el príncipe que se emplease en producirla, hubiera hallado probablemente mas partidarios que censores. Por último no se sabe si se hubiera encontrado en Francia un tribunal con

el valor necesario para entregar al duque de Orléans á la espada de la justicia.

En el estado de debilidad en que habian puesto á la corte, fué un triunfo para ella el haber obtenido la ausencia del príncipe; y si alguna cosa debe admirar en el viage que hizo á Inglaterra, no es el que Luis XVI se contentase con este destierro, sino que el partido orleanista pudiendo dar la ley, hubiese sufrido que se la diesen al príncipe. Esta falta, juzgando por las reglas ordinarias de la política, debia perder naturalmente á la faccion; pero en esta revolucion los acontecimientos, como los hombres, parece tomaron una direccion extraordinaria quizá porque el partido oprimido conoció demasiado tarde el poder del dominante.

En fin, aun quando le hubiera sido posible á Luis XVI imponer otra pena á Orléans mayor que la del destierro, el estado de cosas actual exîgia que se limitase á aquel ligero cas-

tigo: era menester proceder con mucha circunspeccion en castigarle, procurando ganarlo mas bien que irritarlo para no agriar el carácter del príncipe con otro mas riguroso.

Todos los granos de Francia se habian exportado á las Islas de Gersey y de Guernezey, á las de la nueva Inglaterra y al Banco de Terranova. Teniendo Orléans la llave de estos graneros, él solo era quien la podia entregar. No es difícil creer que si lo encerraban ó lo exâsperaban hasta la extremidad, no consentiria nunca en darla, y entónces era menester resolverse á ver perecer á toda la nacion en medio de las angustias que produciría el hambre. El mal era inminente, y ademas sin remedio, porque la escasez del tesoro real y la prevencion que habia contra los empréstitos, no permitia hacer compras de granos en los paises extrangeros.

Es verdad que Orléans podia prometer y reirse despues de su prome-

sa; pero tampoco perdian nada en inclinarlo á que volviese á la Francia los granos que habia extraido de ella. La salud del pueblo, que es la primera de las leyes, exîgia imperiosamente que se tantease este medio de prevenir la calamidad que iba á trastornarlo todo; de suerte que el partido que adoptó Luis XVI, por mas insuficiente que pudiese ser, era el único que podia tomarse en las coyunturas delicadas que se habian suscitado por el monopolio de los granos.

Lo que es mas digno de notarse aún es, que el suceso realizó las esperanzas de Luis XVI. Orléans ausente de la Francia podia hacerla tanto mal como si no la hubiese dexado. Le bastaba no abrir los graneros, y entenderse con los agentes que dexaba en ella, para que hiciesen lo que él hubiera podido hacer: pero no sucedió así, pues cumplió religiosamente la palabra que habia dado al rey, y su primer cuidado al llegar á la Gran Bretaña fué el de enviar todos

los granos que habia extraido. Las costas de Normandía se cubrieron de convoyes, y el hambre desapareció insensiblemente, y la abundancia se restableció en términos, que dos meses despues de la llegada del duque á Inglaterra, se pudo socorrer á todas las provincias. De aquí se infiere que esta abundancia no venia del interior, porque los baxeles que derramaban esta profusion de granos en París subian por el rio.

Orléans no se contentó con esto: su fidelidad á los empeños que habia contratado fué ilimitada, y la dió toda la latitud posible. Renunció absolutamente por sí y por sus agentes á todo comercio sobre los granos, y por esta renuncia puso toda la subsistencia del pueblo en manos de los ministros del rey; pero por razones que diré bien pronto, este importante depósito no quedó mucho tiempo entre sus manos.

La conducta que Orléans observó en estas circunstancias es cierta-

mente muy extraordinaria. Porque ¿qué cosa hay mas admirable que ver hacer una accion digna de los mayores elogios á un facineroso? Aquí no se puede decir que el príncipe estaba dominado del temor. En el asilo en donde habia consentido retirarse no tenia nada que temer, y podia violar sin temor su palabra. A él, y no á sus adversarios, era á quien le tocaba tomar la actitud amenazadora, y es indudable que á no cumplir lo que prometio, los hubiera sumido en un abismo del qual no podrian salir. Este hecho de la vida de Orléans prueba lo que dexo dicho en el curso de la historia, que era incapaz de hacer bien, aunque la naturaleza habia dotado su alma de cierta lealtad. Entregado á sí mismo, y rodeado de hombres buenos, quizá hubiera sido el honor y las delicias de su patria. La detestable sociedad que admitió formó de él un monstruo, y fué la que le dió el apego á los gustos depravados, que extinguieron en su al-

ma el gérmen de la virtud, substituyéndola el del vicio; sobre todo contraxo el hábito sensual, que enerva y corrompe las naturalezas mas robustas y felices. Esta verdad demostrada por la experiencia (y sobre la qual los padres de familia y los maestros nunca reflexîonan demasiado) es la qualidad apreciable y sólida que siempre está acompañada de costumbres puras é inocentes, y que el libertinage hace con el tiempo odioso y despreciable al hombre mas bien nacido.

Los cómplices que Orléans habia dexado en Francia no se mostraron tan generosos como él. Bien léjos de sofocar el movimiento que habia dado á la conspiracion que debia estallar el lúnes 19, intrigaron á fin de que se efectuase como si el príncipe estuviera presente, esperando que si salia bien vendria al punto. Este negocio les fué tanto mas fácil de manejar quanto que la Fayette tranquilizado por la ausencia de Orléans desdeñó por

un efecto de su imprevision caractéristica poner alguna atencion en lo que podria intentar la faccion de los orleanistas.

El príncipe ántes de salir habia hecho distribuir villetes de caxa á varios tahoneros con intimacion de pena de muerte á los que contraviniesen á la prohibicion de cocer en la noche del 18 al 19. Los conjurados no pudieron emplear en toda su extension los demas medios que le eran tan naturales á Orléans en las vísperas de las grandes revoluciones: esto es, no habiendo podido reunir mas que una corta cantidad de dinero entre los mas ricos de ellos, no pudieron seducir si no á una pequeña parte del pueblo baxo de los arrabales. Sucedió tambien que la lentitud que pusieron en estas medidas les obligó á trasladar al 21 el movimiento que debia suscitarse el 19. Previnieron á los tahoneros que era la noche del 20 al 21 quando se habian de abstener de cocer, y que si no cumplian la órden, iban á sufrir irremisi-

blemente el castigo pronunciado.

Fueron en corto número los tahoneros que obedeciéron aquella órden; pero los que la desobedeciéron estuviéron expuestos á todo el furor y resentimiento de los bandidos. Estos corrian á las tahonas que les estaban designadas procurando aumentar su número al paso. Prendieron á los panaderos, y los hubieran asesinado infaliblemente á no haberse apodarado de las víctimas un grueso destacamento de la guardia nacional. Se viéron obligados para apaciguar á aquellos antropófagos á fingir que, puesto que decian que estaban culpados, los llevarian presos para que un tribunal los juzgase: así se hizo, y con efecto en ninguna parte pudieron estar con mas seguridad que en la cárcel mientras duró aquella tempestad.

Ménos feliz fué otro panadero llamado François que tenia la tahona en la plaza de la Laguna. Este era un hombre que cumplia con su oficio con un zelo y actividad que las ciscuns-

tancias lo hacian muy apreciable, y es verosímil que ésta fuese la causa de su desgracia, y el por que desagradaba mas que otro alguno al partido de los orleanistas. Hacia todos los dias diez hornadas, y siempre se hallaba en estado de prestar á otros panaderos harina, como lo hizo la víspera con muchos que sabía no la tenian. Para que sus hornadas se hiciesen pronto, habia comprado el horno de un particular, en donde secaba la leña que necesitaba diariamente. En un tiempo de escasez aquel hombre debia mirarsele como el bienhechor de sus semejantes, y en medio de un pueblo justo hubiera obtenido altas recompensas: pero no sucedió así en el de París, pues contra los hombres generosos que empleaban sus bienes y su industria para alimentar al pueblo, era contra quienes la execrable faccion de Orléans asestaba sus puñales.

François no habia hecho caso alguno de la órden que le mandaba que no cociese. A las nueve de la mañana

quando yá habian salido seis hornadas de su tahona, y empezaba la séptima, una muger furiosa fingiéndose hambrienta entró en su casa y le pidió pan. La dicen que se espere á que saquen la séptima hornada. Descubre tres panes debajo de las maseras que habian apartado los mozos para ellos; se apodera de uno, sale á la calle, lo enseña á los asesinos que esperaban la señal, y grita á la multitud que corra porque el tahonero François quiere mas bien que se le ponga duro el pan que darlo al pueblo. Se agolpan alistante sobre la tahona, atropellan los dos centinelas que la guardan, entran y se apoderan de los dos panes restantes, y de seis docenas de panecillos destinados para los miembros de la asamblea nacional: estas son las pruebas de conviccion. Cojen en seguida al infeliz tahonero, lo maniatan, y le declaran que lo van á ahorcar. En vano grita que será horrible en un pais libre ahorcar á un hombre sin oirle; inútilmente pide que lo lleven á su distrito; sus

quexas no son oidas, y lo conducen á la plaza de Grêve.

Apénas llegó á ella, quando la fuerza armada de su distrito se presenta á su socorro y lo conduce á la junta de policía de la municipalidad, en donde residian los jueces Guillot-de-Blancheville, Dameuve hijo, y Garan-de-Coulon, quienes por sus miras siniestras y sus sentencias inicuas no perdonando jamas á las víctimas del furor popular, no dudáron en condenar tambien al desgraciado François. Este se defendió con toda la energía que exîgía su peligrosa situacion y le inspiraba la pureza de su conciencia; pero los jueces en vez de declararle inocente y de reunirse á la guardia nacional para salvarlo, propusieron friamente que se le llevase al Châtelet. Entónces gritaron los amotinados: *siempre salvais á nuestros enemigos; pero vuestras cabezas nos responderán hoy de la de este hombre.*

François fué entónces abandonado á sus asesinos sin que la guardia

nacional les opusiera la menor resistencia. ¿En dónde estaba la Fayette mientras que se disponian á derramar la sangre de aquel hombre inocente? Es dificil comprehender cómo no fué instruido, y por qué no se apresuró á socorrerlo con una fuerza respetable. El desgraciado panadero abandonado de todos aquellos que debian protegerle, fué colgado en el fatal reverbero, le cortaron la cabeza, y la pusieron sobre una pica.

Su esposa en cinta de tres meses inquieta de ver que no volvia, toma el camino de la plaza de Grêve, y detenida en el puente de nuestra Señora por la turba que se habia agolpado, levanta los ojos, y la infeliz vé delante de sí aquella cabeza sangrienta y desfigurada: *Justo cielo*! exclama penetrada de horror, *éste es mi marido*! El grito la hace reconocer, y los verdugos de su esposa la obligan á estampar sus labios sobre aquellos deplorables restos. Nunca se habia visto un exemplo de barbarie tan atroz, y es

digno de admiracion como á su vista todos los parisenses no se arrojaron sobre aquellos monstruos, y los hicieron pedazos. Este es tambien uno de aquellos atentados que debe colocarse en el número de los que han de decidir si los asesinatos que se vieron en el reynado de la segunda y tercera asamblea nacional, han sobrepujado en ferocidad á los que se cometieron baxo el reynado de la primera.

El uso que hicieron de la cabeza del infeliz François prueba bastante, quáles eran las miras de los orleanistas. El que la llevaba fué á colocarse á la entrada del palacio arzobispal en donde los diputados tenian sus sesiones; y al paso que aquellos que habian sido proscriptos por la faccion se presentaban, les acercaban á sus rostros aquel horrible trofeo.

Los panaderos tuvieron su turno: el uno de ellos se vió precisado á entregar su gorro, que pusieron á la cabeza, a fin de que no desconociesen el oficio que habia tenido la víctima. Se

dirigieron en seguida en casa de todos los tahoneros á quienes habian prohibido cocer, y se la presentaban para advertirles el peligro á que se exponian no obrando conforme á los deseos de la faccion. En casa de uno de ellos la pesaron en la balanza que tenia para el pan. Este juego era digno de unos asesinos; pero lo que debe admirar mas, es, que la Fayette con un exército de quarenta mil hombres, ni aun siquiera se moviese á impedir aquellas repugnantes escenas, ni es ménos aflictivo que la asamblea nacional, el ayuntamiento y las juntas de los distritos, los autorizasen con su silencio.

No teniendo ya nada que hacer los asesinos en las tahonas ni en el palacio arzobispal, se trasladaron á una cárcel en la que habia un particular encerrado por la faccion, porque decia saber todo el hecho del asesinato de Pinet. Mandaron que se les presentase: salió, le enseñaron la cabeza, se la hicieron besar, y le dixeron:

Infelíz ¿tú sabes el negocio de Pinet? El protestó que no habia tenido nunca alguna relacion con aquel hombre, ni con ningun amigo ni conocido suyo. Los asesinos lo creyeron ó fingieron creerlo, y se retiraron bien convencidos de que la imágen que acababan de presentar á la vista del preso le haria callar. En seguida la pasearon por todas las calles y jardines públicos, y hasta la tarde no fueron á arrojarla en la sima llamada *obscura*, precisados por la Fayette que los rodeó con su guardia nacional, arrestando de todos ellos á tres solamente, dos hombres y una muger.

La insurreccion no se llevó al palacio de las Tullerías como estaba resuelto por Orléans, ni les fué posible sublevar al populacho; y lo que la posteridad dificultará creer, es, que los miserables que ahorcaron á François y que pasearon su cabeza, no eran arriba de diez á doce.

Es muy verosímil que la infernal precaucion tomada por los conjurados

de hacer besar á los panaderos la cabeza de la víctima, tuviese por objeto convencerles que no tenian ninguna seguridad en París, y de precisarlos á emigrar. Muchos de ellos cerraron con efecto sus tahonas y abandonaron la capital, pero la Fayette, Bailly y Vauvilliers contuvieron esta desercion, que por sí sola bastaba á trastornarlo todo.

En la asamblea nacional produxo esta insurreccion el mismo efecto. Varios miembros del lado derecho presentaron su dimision, y fuéron reemplazados por los suplentes.

El asesinato de François dió márgen á una novedad que no fué del gusto de los orleanistas, y los atemorizó. El general la Fayette aunque tenia un exército numeroso provisto con abundancia de toda clase de municiones de guerra, manifestó que no tenia bastante fuerza para defender la vida y las propiedades de los habitantes de la capital. Empeñó al ayuntamiento á que pidiese á la asam-

blea nacional que decretase la *ley marcial.* De los ingleses habia él tomado esta idea, que no se encuentra en ningun otro pueblo antiguo ni moderno; y en Inglaterra se executa del modo siguiente. Un juez de paz, escoltado de muchos soldados, se presenta delante de los sediciosos que se trata de disipar; levanta una bandera tres veces, en la qual está escrita la órden de retirarse. Si despues de esta triple invitacion la reunion no se disipa, los soldados hacen fuego sobre los sediciosos, y á esto llaman los ingleses *ley marcial.* La promulgan cada vez que temen un movimiento popular, pero no sé que la hayan puesto nunca en execucion, sino quando el insensato Lord Gordon á la cabeza del populacho que emborrachaba con ron y fanatismo, emprendió incendiar los oratorios y las capillas de los católicos.

Los abogados y los demas vecinos que componian el ayuntamiento de París accedieron ciegamente al de-

seo de la Fayette, pareciéndoles la invencion tanto mejor quanto que tenian aversion á los motines, para poder gozar tranquilamente las utilidades de sus empleos. En una mañana se presentaron dos veces á la asamblea nacional para pedir la *ley marcial* de los ingleses.

Mirabeau habia hablado anteriormente de una ley semejante, y aún presentó el proyecto, pero concebido de tal modo que para su execucion hubieran sacado todo el partido que se prometian los orleanistas. En esta ocasion declamó furiosamente contra la *ley marcial.* "Yo no sé, dixo, que haya una cosa mas horrorosa que los alborotos suscitados por el hambre; pero todo calla y debe enmudecer, todo cede y debe sufrirse á un pueblo que tiene hambre. ¿Qué hará la *ley marcial* si el pueblo sublevado grita *no hay pan en las tahonas*? ¿Qué monstruo habrá que le responda con los tiros y las bayonetas?

Petion, Buzot, Robespierre, el

duque d'Aiguillon, los dos Lameth y Barnave apoyaron con fuerza la mocion de Mirabeau, pero inútilmente. Concediéron á la Fayette la *ley marcial*, y se decretó con varios artículos. El resultado de todos ellos fué, que en el caso en que la tranquilidad pública estuviese en peligro, atarian á uno de los balcones de la casa consistorial, y pasearian por todas las calles y encrucijadas una bandera encarnada. A esta sola señal, todas las reuniones *armadas y no armadas* se hacian criminales, y debian ser disipadas por la fuerza. Si continuaban, los oficiales municipales se acercarian á las personas amontonadas, y el uno de ellos les haria tres requerimientos para que se retirasen; pero si despues del tercero no obedecian, les harian fuego sin que nadie quedase responsable de los acontecimientos ulteriores.

Bien se vé que nada podia ser mas riguroso ni terrible. ¿Qué horroroso uso no podia hacer un gefe de partido con semejante ley? Le bastaba lla-

mar reunion á la agregacion mas simple é inocente; podia por exemplo, situarse en un corro, en el atrio de una iglesia, á la entrada de un teatro, ó en un paseo público, y pretextando aunque no tuviesen armas que estaban atropados, sembrar en quatro minutos la tierra de cadáveres. Estaba reservado á la Francia engendrar una locura tan sanguinaria. Es menester en general desechar de todo código las invenciones bárbaras que dán la cruel facilidad de destruir muchos hombres á la vez, pues tarde ó temprano se eleva un monstruo que hace de esta invencion el uso mas funesto. Esto es lo que se vió baxo el reynado de Robespierre, y creo que está bien demostrado en el dia por todo talento despejado, que no habia en el mundo mas que el médico G. illotin, ó un antropófago que pudiese inventar la guillotina. Si se hubiesen atenido al suplicio anterior de horca, el verdugo en un quarto de hora no hubiera podido inmolar sesenta víc-

timas, como lo realizabàn con aquellà máquina, porque sus brazos se hubieran cansado en preparar sesenta patíbulos y suspender de ellos á sesenta desgraciados, y dando esta lentitud lugar á la piedad, no se hubieran atrevido á multiplicar aquellos espectáculos horrorosos. En una palabra, toda legislacion que tira no á economizar, si no á pródigar la sangre humana, es monstruosa en toda hipótesis. Aún en los grandes movimientos que amenazan la tranquilidad pública, es menester executar á los gefes y perdonar á la turba: esto inspira la voz de la humanidad, y no hay ni justicia ni buena política sin ella.

Si es incomprensible cómo estos legisladores en un tiempo de revolucion en el que reynaban los partidos, y no las leyes, crearon una ley marcial redactada de un modo tan absurdo y atroz, no lo es ménos que la Fayette no hubiese conocido el poder que le daba aquella dictadura. Si se

hubiera visto Orléans en su lugar, algunos arroyos mas de sangre hubieran corrido. En verdad que quanto mas se reflexîona sobre ciertas épocas de los movimientos revolucionarios, tantas mas gracias se deben dar al cielo que no permitió que unas locuras, las mas nocivas, hiciesen todo el mal que necesariamente pudieron producir.

El mismo dia que se decretó la ley marcial, la Fayette como aquellos muchachos que se apresuran á enseñar el vestido nuevo que estrenan, hizo colgar en la casa consistorial una bandera encarnada. Como el tumulto excitado por la muerte de François estaba ya disipado, esta sangrienta insignia no sirvió mas que para atraer un número considerable de curiosos, que quando se saciaron de mirarla, la substituyeron una bandera blanca. Acostumbrados los parisienses á reirse de todas las cosas nuevas, y sin inquietarse jamas de sus resultas, se riyéron tambien de esta.

Gracias pues á la ausencia de Orléans, que la nueva insurreccion pro-

yectada por él no produjo otro mal que el asesinato de un solo hombre, cuya desgracia no hubiera sucedido á tener la Fayette mas prevision y mas idea de la fuerza y de los recursos de la faccion, la qual creía abatida é impotente porque su gefe se habia ausentado. Acostumbrados los conjurados á vencer los obstáculos, resolvieron obstinadamente no abandonar ninguno de sus proyectos, ni desanimarse por las contradicciones que la ausencia del príncipe les hacia experimentar, y no continuáron ménos en intentarlo todo para obtener la pérdida de la familia real, y la elevacion del duque de Orléans.

LIBRO UNDÉCIMO.

Los orleanistas continúan sus intrigas sobre las subsistencias. Insurreccion que suscitan en Vernon. Se vén precisados á abandonar las subsistencias, las ofrecen á los ministros, éstos las rehusan y pasan á la comision de subsistencias de la ciudad. Tentativa de los conjurados para hacer venir á Orléans. Suponen proyectos de conspiracion para destruir las sospechas de los dias 5 y 6 de octubre, que se levantan contra el príncipe. El Châtelet es erigido en tribunal para juzgar los crímenes de lesa nacion. *Ilustre víctima del interes que van á buscar los conjurados. Denuncian al Châtelet los atentados del 5 y 6 de octubre.*

Fieles los conjurados á las diligencias é instrucciones de Orléans, adoptáron una intriga nueva para oponerse

al curso de la abundancia. El ayuntamiento de París habia enviado á Vernon uno de sus miembros llamado Planter, para que pusiese en circulacion los granos que habia almacenados y que estaban destinados al abastecimiento de la capital. Los conjurados por su parte hicieron salir para Vernon una legion de bandidos que sublevaron al populacho de aquella ciudad contra Planter. No solamente se opusieron á que evacuase su comision, sino que aún intentaron quitarle la vida, á fin de atemorizar á aquellos que deseasen encargarse de igual mision. Dos veces fué colgado al fatal reverbero; la primera la municipalidad vino á sacarlo de entre las manos de sus asesinos, y la segunda debió la vida á un jóven ingles llamado Guillermo Neshan. Este hombre, despues de haber cortado la cuerda, estrechó tanto entre sus brazos á Planter que les fué imposible á aquellos desasirlos; por cuyo medio dió tiempo al corto numero de hombres valientes que habia en Vernon, para

que viniesen en socorro de la víctima.

Escapado Planter de este doble peligro se ausentó de Vernon. Los orleanistas creyeron que las subsistencias que estaban en depósito en aquella poblacion no saldrian, y que serian saqueadas por los rateros. Un consejero del tribunal superior de subsidios llamado Diéres, que la revolucion habia transformado en soldado, tuvo órden de marchar contra Vernon. Se puso al frente de numerosos destacamentos de la guardia nacional de París, compuesta de aquella juventud que llamaban *la Bazocha*, de una porcion del regimiento de Flándes y de los dragones de los tres obispados, á que seguia una artillería respetable.

Diéres entró en Vernon sin experimentar la menor resistencia, y comportándose como vencedor irritado, desplegó la terrible bandera encarnada. La sangre corrió; los emisarios orleanistas se disiparon; Planter apareció; todo volvió al órden,

y París recibió sus subsistencias.

Las tentativas que hiciéron los conjurados en otras ciudades con el mismo objeto, como en Ruan, Brest, Lanion, Tonerre, Crespy y Nevers, tuviéron el mismo éxito que en Vernon. Desesperando poder escasear el pan en adelante al pueblo, tomáron en el furor de su despecho una resolucion que, si la nacion casi entera no hubiera estado ciega, era bastante á descubrirlos. Propusiéron á la asamblea nacional que suprimiese la comision de subsistencias. Semejante proposicion era lo mismo que confesar solemnemente que, desde la ausencia de Orléans y las palabras dadas por él, esta comision era inútil á los conjurados. Pedir su supresion despues, y no ántes de los dias 5 y 6 de octubre, era confesar que por sus maniobras sobre los granos habia influido en aquellas jornadas.

Muguet de Nanthou fué quien hizo esta proposicion, y Duquesnoi, Emery, Dubois-de-Crancé, Prieur,

Laville-le-Roux, Brostaret, Mongin de Roquefort y el conde de Crillon la apoyáron y la hiciéron pasar. No se contentaron con esto; pidiéron y obtuviéron un decreto que invitaba *al poder executivo*, nombre nuevo entónces, á desempeñar el cargo que dexaba la comision. El artificio era grosero; pero los ministros, aunque su prevision no era la mayor, conociéron sin embargo el enredo, y comprendiéron que querian hacerlos responsables de las maniobras que podrian hacerse aún sobre los granos, y de los desastres que las seguirian. En atencion pues á estas consideraciones rehusaron subscribir á los deseos de la asamblea nacional, en lo qual obráron con mucho juicio y discrecion.

La memoria en que manifestáron su denegacion estaba escrita con dignidad y energía; trazaban en ella un quadro de las desdichas que aquejaban en aquella época á la Francia, demostrando por él que estas cala-

midades desastrosas tenian su orígen en las intrigas de los facciosos, y sobre todo en el monopolio y estanco de los granos. Esta memoria, tanto por las verdades incontrastables que decia, como por la repulsa de los ministros en encargarse de las subsistencias, excitó violentas hablillas en los diaristas adheridos á los orleanistas. Los ministros las despreciaron, y no por eso aceptaron el cargo que se les conferia. Es muy verosímil que obraron así por la mala opinion que tenian de Orléans; no pudiendo persuadirse á que aquel príncipe haria entrar en Francia el trigo que habia exportado. Pero no tardaron en convencerse de su error, y de que en la política el acontecimiento que parece ménos verosímil, sucede casi siempre.

Los convoyes de granos que llegaban diariamente á París acabaron de convencer á los conjurados que su gefe habia dexado escapar para siempre de la mano la llave de los gra-

neros; y que así estaban privados de uno de los mas poderosos medios de conducir al pueblo á una revolucion. Esta conviccion puso el colmo al descontento que experimentaban de haber dexado partir al príncipe. Mirabeau que en todas las ocasiones en que la conjuracion no iba á su gusto culpaba á Orléans, prorrumpió tambien en ésta en imprecaciones contra él. Hablando un dia con el mas alto desprecio de este príncipe, uno de los que le oían le interrumpió diciéndole: *¿Ese es el hombre que queríais hacer nuestro rey? ¿Mi rey Orléans?* replicó Mirabeau, *ni por mi lacayo le tomaría.*

Mirabeau era el único de los conjurados que ultrajaba así á Orléans; naturalmente embrollador, no tenia en la realidad los talentos de un conspirador. Un gefe de conjurados ha de estar adornado del mayor respeto y consideracion. Léjos de deprimir á Orléans, debia Mirabeau echar un velo espeso sobre sus vicios y defec-

tos, y hablar de él como de un príncipe dotado de las mejores qualidades, que no esperaba mas que una circunstancia felíz para presentarse con la magestad del trono: en vez de decir que su viage á Lóndres era una prueba incontestable de su pusilanimidad y de su estupidez, hubiera debido aplicarse á persuadir que este viage misterioso ocultaba un designio, cuya execucion haria un dia honor á la política de Orléans.

Mirabeau era como aquellos amantes que quejándose de la inconstancia de sus queridas, juran que no las verán mas; y sin embargo no pueden arrancar de su corazon el amor que las tienen. Habia concebido la loca ambicion de ser su primer ministro, y no esperando obtener este empleo hasta que Orléans fuese rey, lo devoraba el deseo de verlo sobre el trono, al mismo tiempo que juraba que ni aun por su lacayo lo queria. Así que á pesar de todas aquellas quejas y vituperios, él y los demas conju-

rados no continuáron ménos en permanecerle fieles. Comprendiendo toda la falta que su ausencia hacia á la faccion, ideáron un medio que hizo poco honor á sus luces para salir del pantano en que se hallaban. Apénas hacia ocho dias que el príncipe habia salido, y ya pensáron que les sería posible precisar al rey á que lo llamase. El baron de Menou, el mas ardiente de sus amigos, se adelantó, y habló así en la asamblea.

"Todo lo que es interesante para el pueblo debe decirse, debe publicarse: la salud del pueblo es la ley suprema. Entro en el órden.

»M. el duque de Orléans, diputado de Crespy en Valois, hace ocho dias que vino á Versalles á pedir un pasaporte para pasar á Inglaterra, adonde, segun se dixo, iba encargado de una mision particular é importante. No exâmino si siendo nombrado diputado por su bayliage en la asamblea de la nacion, podia encargarse de otra: no miro la ausencia

del duque baxo este punto de vista.

"Despues de su salida corren hablillas escandalosas sobre su conducta, hablan de complots, de conspiraciones y de intrigas, y dicen que se ha substraido para evitar las pesquisas y las persecuciones de la justicia pública. Hay mas: acusan á una parte de esta alta y respetable asamblea de complicidad con él en los crímenes que le suponen. El grito de nuestra conciencia es el único tèstimonio que pudiera bastar por toda apología, pero debemos caminar siempre por el sendero del honor.

"¿Por qué quando semejantes rumores se difunden, el poder executivo ha dado una mision á M. el duque de Orléans? ¿por qué este príncipe, zeloso de su reputacion, no se presenta á vindicarse en la asamblea? No debe sospecharse de un diputado; pero nuestra dignidad exîge que M. el duque de Orléans se justifique, y entónces si es culpable, debe ser entregado á la severidad de las leyes, pues como todos

los ciudadanos está sujeto á ellas. En su consecuencia pido que se mande que M. el duque de Orléans, como diputado de Crispy, comparezca á dar cuenta de su conducta: que si está ya en Inglaterra se le llame por un decreto de la asamblea, y que M. el presidente pida al rey la sancion de este decreto".

Estas razones en el fondo no eran infundadas. Conviniendo todos los hombres de bien de Francia en acusar al duque de Orléans de los numerosos asesinatos de los dias 5 y 6 de octubre, el viage de este príncipe á un pais extrangero daba lugar á creer que no habia ninguna apología plausible que oponer á aquella acusacion, y que temia los rigores de la justicia.

Todo su partido apoyó la mocion del baron de Menou. El conde de la Touche se quexó de ser determinadamente inculcado en las acusaciones que recaían sobre el príncipe; juró que su honor y delicadeza le hacian intolerables estas sospechas, y suplicó que

se exâminase su conducta, no por el parlamento ni por un tribunal desinteresado, sino por el de pesquisas de la asamblea. El conde de la Touche no podia dirigirse mejor. Habian puesto al frente de aquel tribunal un hombre á quien él manejaba y dirigia como un déspota llamado Voidel, el mas ardiente y fiel. de los partidarios de Orléans. Sujetándose al tribunal de semejante hombre, era pedir que se le juzgase por su propio cómplice.

Los duques de Biron y de Liancourt no siguieron la opinion de la faccion. La oposicion que manifestáron en esta circunstancia contra el voto de sus mismos partidarios, confirmó la idea de que habian respondido personalmente al rey del viage del príncipe, y de su fidelidad en cumplir lo que habia prometido. El duque de Liancourt combatió la mocion del baron de Menou por las razones siguientes.

"Es inútil, dixo, llamar á M. el duque de Orléans, puesto que se ha

ausentado. Es notoriamente público que está encargado por el rey de una comision, de la qual el príncipe me ha dado algun conocimiento. La ha aceptado con placer como un medio por el qual puede servir á un mismo tiempo á los intereses del rey y de la nacion. Ha manifestado al monarca su satisfaccion por la señal de confianza que le daba. ¿Qué puede influir en la asamblea la ausencia de este príncipe? Se le debe llamar por rumores supuestos que se fomentan y destruyen á cada instante! ¿Quién duda que este príncipe es perseguido hace mucho tiempo por enemistades secretas, que llevan por objeto desconceptuarlo en la opinion del público? ¿Hay acaso alguna acusacion, denuncia ó queja formada contra él? Si la hay, es necesario pedir al rey la vuelta de M. el duque de Orléans para hacerle sufrir el juicio á que están sujetos todos los miembros de la sociedad que están culpados, y del qual los príncipes no deben ni pueden evadirse:

pero si M. el duque de Orléans no está acusado, si algunas personas mal intencionadas difundidas por la sociedad interpretan siniestramente su viage, ¿cómo la asamblea podrá prestar una atencion séria á estas interpretaciones? No veo pues ningun motivo que la autorize y determine á deliberar; y así pido que se pase á la discusion del dia." El duque de Liancourt fué apoyado por la mayoría, y los orleanistas esperáron que sus intrigas y el tiempo produxesen una ocasion mas favorable para hablar de nuevo á la asamblea en favor del duque de Orléans.

Parece ser que el móvil principal que les impelió á solicitar su regreso, era el temor que tenian de que el pueblo lo olvidase y se inclinase demasiado al rey. Es cierto que despues de la salida de Orléans, el espíritu público parecia tomar otra direccion. La terminacion del hambre calmando las inquietudes y poniendo fin á los receios, disponia los cora-

zones ácia la justicia. La asamblea misma fué como conducida por aquel movimiento nuevo que recibia la opinion pública. Previno con esta mira los deseos del rey, y creyéron por un instante que la confianza iba á establecerse entre el monarca y la asamblea. Esta hubiera sido una felicidad, porque aquella armonía sola podia salvar á la Francia. La víspera del dia en que el baron de Menou quiso empeñar á sus cólegas á que pidiesen el regreso del duque de Orléans, la asamblea salió del palacio arzobispal, y quando la familia real lo esperaba ménos, se presentó en el palacio de las Tullerías. Dixo, que deseaba presentar sus homenages al rey, y Fréteau que la presidía dirigió al soberano este discurso.

" Señor, la asamblea nacional ha prometido unirse inseparablemente á V. M. Llamada cerca de vuestra persona por su amor, viene á ofreceros el homenage de su respeto y de su inmutable afecto. El amor del pueblo

frances para con su monarca parecia no poderse aumentar mas desde aquel dia memorable en que su voz os proclamó *el restaurador de su libertad*; pero le restaba daros, Señor, el título mas dulce para vos de *el mejor amigo de la nacion.*

»Enrique IV lo obtuvo de los habitantes de una ciudad famosa, en la qual habia pasado una parte de su juventud, y los monumentos de la historia nos demuestran que se firmaba con las palabras de *vuestro mejor amigo* en las cartas que les escribia con una afabilidad incomparable.

»Este título, Señor, os lo debe la Francia, la qual ha visto á V. M. firme y tranquilo en medio de las tormentas conservarse impávido, procurando atraerse con su paciencia y por sus cuidados á sus pueblos enternecidos. Se os ha visto, Señor, renunciar á vuestros placeres, á vuestros desahogos y á vuestros gustos por venir en medio de una multitud inquieta á anunciar la vuelta de los dias tran-

quilos y de paz para hacer renacer la esperanza y la calma, estrechar los nudos de la concordia, y reunir las opiniones divididas de esta vasta monarquía. Quán agradable nos es, Señor, recoger las bendiciones que os prodiga un pueblo inmenso para ofreceros este honroso tributo! Reunimos á él la seguridad de un zelo siempre mas activo por la conservacion de las leyes y por la defensa de vuestra autoridad tutelar. Estos sentimientos son una deuda de nuestro reconocimiento ácia V.M., y solo podemos satisfacerla desempeñando los deseos de nuestros delegantes, respondiendo así á la atencion de la Europa admirada, y conciliándonos los votos de la posteridad."

El rey dió á aquel discurso inesperado esta corta respuesta: "Estoy »satisfecho de la adhesion que me »manifestais, contaba con ella, y re»cibo sus testimonios con la mayor »sensibilidad y gratitud."

Apénas acabó el rey de hablar quando el ayre resonó con mil acla-

maciones repetidas de *viva el rey, viva la reyna*. La asamblea se dirigió á la habitacion de esta princesa, y Fréteau la arengó en estos términos:

"Señora, el primer deseo de la asamblea nacional á su llegada á la capital ha sido el de representar al rey el tributo de su respeto y de su amor. Con esta plausible ocasion no ha podido ménos de venir á ofreceros sus sentimientos y sus votos. Recibidlos, Señora, y permitidme manifestároslos tales como son en sí, vivos, solícitos y sinceros. Sería, Señora, una verdadera satisfaccion para la asamblea nacional contemplar un momento en vuestros brazos al ilustre niño, que los habitantes de la capital van en adelante á mirar como su conciudadano, al retoño de tantos príncipes tiernamente apreciados de sus pueblos, al heredero de Luis IX y de Enrique IV, á aquel cuyas virtudes forman la esperanza de la Francia. No gozará nunca (así como los autores de sus dias) de tan-

ta gloria y prosperidad como nosotros le deseamos."

La reyna que no esperaba estos testimonios de afecto, que el acontecimiento ha desmentido de un modo tan terrible, contestó con estas palabras: "Estoy conmovida extraordinariamente por las expresiones de los sentimientos de la asamblea nacional. Si estuviera prevenida de su intencion, la hubiera recibido de un modo mas digno de ella.... Ved aquí á mi hijo."

La reyna al mismo tiempo tomó al delfin en sus brazos, y llevó á este augusto infante por toda la sala. Los diputados enternecidos gritáron con entusiasmo varias y repetidas veces *viva la reyna, viva M. el delfin.* Esta escena conmovió tan vivamente á la reyna, que los pesares de que estaba atormentada se dulcificaron en un instante. El rey se lisonjeó igualmente de que con los sentimientos que le manifestaban, y que creia merecer, le volverian los medios de ha-

cer la felicidad de sus vasallos. Los dos augustos esposos entreviéron un porvenir mas halagüeño, y creyéron que la adversidad que los habia perseguido hasta entónces no pasaria á su hijo. ¡Exemplo espantoso de lo que pueden las pasiones humanas! Estas dulces ilusiones se disipáron bien pronto, pues habian de perderlas Luis y su esposa sin remedio en los brazos de sus mismos verdugos; y aquel infante, cuya inocencia, gracias y sonrisa encantabán tanto á los diputados, estaba condenado á pasar del palacio de sus abuelos á un calabozo tenebroso, en donde la soledad, la infeccion, el hambre, la desnudez, el frio, el desvelo y toda suerte de necesidades, miserias y dolores debian ser su herencia: y si sobrevivio á los autores de sus dias, fué solo para perder poco despues la vida entre tan crueles y multiplicados tormentos.

Todos los amigos de la familia real tuvieron parte en la satisfaccion

que les inspiró el paso de la asamblea nacional. Creyéron á los orleanistas en el mayor apuro, imaginándose que la ausencia de su gefe quitaba á la faccion toda la fuerza, todo recurso, y que nada en adelante podria impedir al monarca y á los diputados caminar de acuerdo ácia la regeneracion de la Francia. Se entregaban á estas felices esperanzas con tanto mas ardor, quanto que sentian mas imperiosamente la necesidad de verlas realizar; lo que hizo decir á várias personas que la jornada del 6 de octubre en el fondo no sería sino *una jornada de engaños*. Llamándola así tenian principalmente en vista á los orleanistas y á los habitantes de Versalles; á los primeros porque esta jornada no habia servido mas que para aumentar el ódio y el desprecio que los hombres de bien tenian á su gefe, y á los segundos porque entregando el rey á los bandidos de Orléans, estaban privados de las ventajas que atraía á su ciudad la mansion de la corte y de la asamblea nacional.

Ciertamente es incomprensible hasta qué punto habia llegado la ceguedad de Versalles; pero no lo es ménos el que no conociese su culpa hasta que fué irreparable, manifestándola luego, si no por los remordimientos, á lo ménos por el arrepentimiento. El 6 habia arrojado, por decirlo así, de su seno á la familia real, y el 8 los oficiales municipales se presentáron en la asamblea nacional á hacer la pública retractacion de aquella extraordinaria conducta con todas las señales de una verdadera afliccion; y el uno de ellos habló á nombre de todos en estos términos.

"Señores, los oficiales municipales de Versalles encargados de expresar á la asamblea nacional los sentimientos dolorosos de sus conciudadadanos por la pérdida que acaban de hacer, y por la que les amenaza, se apresuran á cumplir un deber tan grato á sus corazones. Os suplican pues, señores, que no abandoneis a Versalles, y que os encargueis de ser cerca de

S. M. los intérpretes de su amor, de su profundo respeto por su persona sagrada, y de sus mas ardientes votos por su regreso á una ciudad que tiene la fortuna de haber sido la cuna, y la residencia de nuestros reyes hace mas de un siglo."

Esta humilde súplica, que ninguno de los partidarios que reynaban en la asamblea tenia voluntad de acoger, era inútil. Lechapelier que la presidia, dió á los oficiales municipales esta respuesta que nada tiene de consuelo, y cuya segunda frase excita sin duda la risa ó la indignacion. "Señores, los reyes de Francia estan en posesion hace mucho tiempo de ver rivalizar á sus vasallos en el amor y sensibilidad que les profesan. La asamblea nacional no se admira del profundo sentimiento que manifestais por la pérdida que acabais de hacer, y tendra en consideracion vuestra súplica." De este modo fuéron despedidos los oficiales municipales de Versalles: así que con verdad, se decia, que *el 6 de*

octubre fué una jornada de engaños para los habitantes de aquella ciudad, puesto que en vez de ganar lo perdiéron todo.

No fué lo mismo para los orleanistas, respecto de los quales era un verdadero error el creerlos vencidos, pues esperaban recoger tarde ó temprano el fruto de los atentados que habian compelido á salir de Versalles á la corte y á la asamblea nacional. La confianza que parecia iba á establecerse entre la mayoría de sus diputados y el rey no los desanimaba, ántes bien les manifestaba la necesidad que tenian de cometer nuevos crimenes para romper esta armonía. La ausencia de su gefe no oponia á la execucion de sus miras un obstaculo invencible, porque no siempre habia de estar ausente, y ademas se prometian producir tales sucesos que le obligasen á venir. Su pusilanimidad y su irresolucion no los arredraba tampoco, porque en el caso en que rehusase obrar, estaban resueltos á servirle á

pesar suyo. Este es con efecto el partido que deben tomar los conspiradores que se han dado un gefe, pues sino sabe ser su director es menester que á lo ménos sea su instrumento.

La faccion, es verdad, no tenia las subsistencias; pero el hambre no era el único resorte para mover y dominar al pueblo, la intriga, las calumnias, el oro, y el terror podian producir tambien grandes subversiones.

Estas diversas consideraciones fuéron remitidas al príncipe en las cartas que le escribian, y le inclináron sin dificultad á que permitiera que lo sirviesen como si estuviese presente. No pudiendo recobrar yá las subsistencias por el entero y general abandono que habia hecho de ellas, conviniéron de una y otra parte en que se recurriese á todas las medidas que pudiesen suplir á aquel gran medio de insurreccion. Tambien acordáron en que quando las nuevas tempestades que iban á excitar contra los realistas lo permitiesen, el príncipe vendria á pesar del

rey y de la Fayete á ponerse al frente de su partido.

Así es que la conversion de Orléans no duró mucho tiempo. La ambicion, la venganza y la necesidad de recobrar un dia las incalculables sumas que le costaban diariamente sus prevaricaciones, le hiciéron adherirse á los deseos de los facinerosos y prestarse á lo que querian hacer de él, esto es, un tirano de la Francia. Miéntras que permaneció en Inglaterra su correspondencia con sus cómplices fué muy activa y secreta. No confiaban nunca las cartas al correo, sino que las enviaban siempre por conductores fieles. A no haber estado ciegos los ministros del rey y la Fayette, hubieran comprendido que importaba á la salud pública interceptar algunas de aquellas cartas que se escribian al príncipe y los conjurados. Nada les fué mas fácil: bastaba haber detenido uno ó dos conductores, apoderarse de las balijas, hacer exâminar los escritos que encerraba, y dar á su contenido la mas grande publicidad.

Pero los hombres que no querian leer en el porvenir, ni tomar de los sucesos actuales la idea que debian tener, eran incapaces de ninguna medida de prevision. Desde que el príncipe consintió en alejarse, se olvidáron de él y de los conjurados. La Fayette y algunos ministros del rey se sonreían quando se les hablaba de la conjuracion de Orléans, como se hace con un niño ó una muger, quando por medio del terror pánico se les quiere hacer ver lo que no exîste.

Empezaba á acreditarse la opinion de que el príncipe habia mandado y pagado los asesinatos del 5 y 6 de octubre, y esto era lo que mas obscurecia las miras personales de los conjurados. La faccion comprendió la necesidad de derribar esta opinion, y para ello volvió al sistema que no habia abandonado nunca, esto es, de convencer á la Francia y á la Europa que las desgracias sucedidas en Versalles eran efecto de un simple movimiento popular, ocasionado por las pruebas

que habian tenido de la proyectada conspiracion y retiro del rey á Metz, y precisarle á dar la señal de la guerra civil.

El tribunal de Pesquisas de la asamblea nacional proyectó toda clase de maniobras é imposturas para dar á aquellas fabulas alguna verosimilitud. El marques de Sillery y Voidel miembros de esta comision, servian perfectamente á la faccion. Este ultimo reunia á la baxeza de un esclavo toda la insolencia y brutalidad de un déspota imperioso y sanguinario. Locamente convencido de que Orléans sería rey, le estaba servilmente adicto, y se miraba yá como su primer visir. Quando se trataba de los intereses de su patron, no escuchaba ni justicia, ni humanidad, amistad, ni parentesco. Fué el Robespierre de la primera asamblea nacional, y como aquel monstruo supo adquirir sobre sus cólegas tal imperio, que le hizo dueño de sus votos, tenia tambien como él sus tablas de proscripcion y millares de executores. La-

numerables ciudadanos de todos estados, edades y sexôs eran encerrados en calabozos para hacer creer la pretendida fuga del rey á Metz.

No bastaba encontrar conspiradores, era menester hallar jueces complacientes que los creyesen tales, y bastante iniquos para que los enviasen al cadalso. No contentos con esto, declamaban todos los dias con calor en la asamblea nacional contra las juntas provisionales, llamadas comisiones, que no se atrevian á seguir las huellas del otro tribunal. No habia ninguna apariencia de que el parlamento, ni otro cuerpo soberano, quisiese acceder á las venganzas del orleanista Voidel. Sondeáron algunos jueces del Châtelet, y les diéron á entender que el parlamento sería disuelto, y que su tribunal vendria á ser el supremo en la judicatura. Aquellas promesas, las amenazas y las intrigas seduxéron á la mayor parte de los miembros del Châtelet. (1) Estos representáron á sus có-

(1) En París habia dos tribunales con es-

legas, que en el tiempo en que estaban, valia mas ceder que oponerse, y que sería muy interesante para los inocentes que llevaban todos los dias á las prisiones que el Châtelet consintiese en juzgarlos, porque era muy probable que por su repulsa nombrasen un tribunal de sangre que los mandaria degollar inhumanamente.

Esta reflexîon convenció á quantos jueces se hizo, y quando estuviéron seguros del consentimiento del Châtelet, pidiéron á la asamblea que autorizase á este tribunal para juzgar sin apelacion á los iniciados, y acusados del crimen de *lesa-nacion*. Esta peticion no experimentó ninguna contradiccion, y se decretó en la primera sesion tenida el 9 de noviembre en la sala del palacio de las Tullerías llamada del *Manejo*, á donde acababa de trasladarse la asamblea. Los realis-

te nombre. El primero denominado *le grand Châtelet* sentenciaba las causas civiles y criminales que en primera instancia juzgaba el segundo llamado *le petit Châtelet*.

tas creyéron encontrar proteccion en aquel tribunal contra sus adversarios, y los orleanistas veían en esta institucion un medio de perder legalmente á todos los que les causaban algun cuidado. Esta es la primera vez que se oyó hablar no solamente en la Francia sino tambien en toda sociedad civilizada del crímen de *lesa nacion*. Esta novedad merecia el trabajo de que se defiuiese este crímen, esto es, que se estableciesen con claridad los diversos casos en los quales un hombre era criminal de *lesa-nacion*. Pero nada de esto hiciéron, dexáron en plena libertad á los acusadores, y Voidel dió al crímen de lesa-nacion la misma extension que Tiberio habia dado al de *lesa-magestad*. Haciendo culpables de este crímen no solo por las acciones, sino tambien por los escritos, por los discursos y aun por la presuncion de las intenciones.

Dos ó tres diputados del partido de Voidel pidiéron que diesen al procurador del rey del Châtelet quatro

*

coadjutores que se elegirian del tribunal de Pesquisas, y cuyas funciones consistirian en indicar á aquel magistrado los casos en los quales debia fallar sobre los crímenes de lesa-nacion. Esto era desenvolver con demasiada claridad las idéas de la faccion. Así es que pareciendo indecente á Mirabeau aquella mocion, pidió que se transfiriese á otro dia, y no se habló mas de ella.

Transformado de este modo el Châtelet en tribunal para juzgar sin apelacion los crímines de lesa-nacion no se trató en la asamblea, en los diarios, y entre los corrillos que se reunian en el palacio real, mas que de conspiracion. Se pagáron legiones de denunciadores, la delacion fué erigida en virtud, y toda moral se pervirtió. El amo en medio de sus criados, y el oficial entre sus soldados, fuéron rodeados de espías. Los caminos reales se cubriéron de alguaciles que enviaba Voidel á todas partes para apoderarse de las víctimas que queria sacrificar á Orléans. Qualquie-

ra que no seguia el partido de este príncipe era un aristrócata, un *contra-revolucionario*, y un conspirador. De modo que si se libraban de los asesinos que la faccion pagaba, iban á parar á los calabozos de Voidel. El poder de este hombre tanto mas terrible, quanto que en cierto modo era legal, no contribuyó poco á aumentar el número de los emigrados. Voidel fué apellidado el *gran inquisidor de Francia*, cuyo título léjos de desagradarle tenia con él cierta vanidad.

El pueblo, no oyendo hablar mas que de conspiraciones, empezó á creer que habia habido un proyecto de llevar al rey á Metz, y que no estaba abandonado aún. Pidió á grandes gritos el castigo de los criminales, y deseó ver correr sangre. En fin fué necesario pensar en complacerlo. Pero lo que apénas se podrá creer es que la Fayette, Bailly, y algunos miembros de la municipalidad tuviéron consejo con Voidel para saber por qué víctimas empezarían. La Fa-

yette opinó que se debia ahorcar primero á los nobles, no pudiendo dexar de ser muy agradable al pueblo ver correr esta sangre. Este hecho es tan atroz, que si no lo hubiesen confesado los diaristas de aquel tiempo, hubiera mucha dificultad en creerlo; bien que toda la conducta de la Fayette prueba, que era el mas inconsiderado de los hombres.

El Châtelet entónces se encontró muy embarazado, no viendo en la multitud de nobles que le enviaban mas que inocentes, contra los quales no pronunciaban si no hechos inverosímiles é imposibles de probar. Todas las denunciaciones eran forjadas por lacayos, ó gente sin domicilio, que se les daba poco de que degollasen á los inocentes, con tal que recibiesen la recompensa pecuniaria que el tribunal de Pesquisas de la ciudad prometia á todos los que denunciasen una conspiracion. Esta recompensa era desde ciento hasta mil luises, y no es estraño que una ciudad tan corrom-

pida, y en donde las últimas clases de la sociedad encerraban tantos hombres sin educacion, sin honor, ni probidad, el cebo de tales recompensas produxese diariamente millares de delaciones.

Los jueces del Châtelet se viéron precisados á absolver á todos los reos de lesa-nacion que llevaban á su tribunal. Esta imparcialidad desesperaba á Voidel, que queria se juzgasen á los conspiradores, no segun las leyes, sino revolucionariamente. La Fayette, que tambien queria que se diese al pueblo el espectáculo de un noble asesinado legalmente, murmuraba y los amenazaba. Molestado el Châtelet por los gefes del dia y por el pueblo, empezó á conocer que habia hecho mal en aceptar las funciones que le ponian en la dura necesidad, ó de luchar sin cesar contra aquellos que lo podian todo, ó de derramar á torrentes la sangre inocente.

Voidel que deseaba comprometer á la reyna en aquellos pretendidos

proyectos de conspiracion, cuyo objeto, segun se decia, era llevar al rey á Metz, imaginó incluir en el número de los acusados de lesa-nacion á un administrador general llamado Augeard, porque obtenia el título de secretario de las pensiones ó mandas de la reyna. Los diaristas hiciéron mucho ruido con motivo de este título, suponiendo que con aquella investidura gozaba de toda la confianza de la princesa, y que con ella habia concertado el plan de trasladar al rey á una plaza fuerte. Despues de esta suposicion se dió órden de prender á Augeard. El cuerpo de *la Bazocha* fué el que se encargó de esta odiosa y vil comision.

Preso Augeard, publicáron que el plan de la conspiracion, del que le suponian autor, habia sido denunciado y delatado por su propio escribiente, creyendo que con esto no habia ninguna duda en hacer creer la exîstencia del plan. Royer, su escribiente, declamó con energía contra

aquella impostura, y publicó por medio de los papeles públicos, que le era horrible é insoportable ser designado por la voz pública como delator de su bienhechor.

Los jueces del Châtelet exâminando este nuevo proceso, se convenciéron que no era Royer, sino un tal Séguin soldado de la guardia nacional, quien habia delatado á Augeard, y que la denuncia estaba desprovista de pruebas, y en su consecuencia absolviéron á Augeard. El partido que lo perseguia concibió tal furor contra él, que lo rodeáron de asesinos; de suerte que viendo su vida amenazada, tomó el partido de emigrar.

Las prisiones del Châtelet encerraban otro preso acusado tambien de conspiracion, y cuya muerte pedia el pueblo. Dudáron mucho tiempo si accederian á su deseo infernal. El preso era el baron de Bezenval, á quien la faccion de Orléans no miraba mal por algunos favores que le

debia, y por la conducta que habia observado en los primeros dias de la revolucion. Tambien es digno de notarse que el duque de Liancourt, que se habia hecho del partido de Orléans, ofreciese su caucion por la libertad del preso, diciendo que no habia un señor patriota que no quisiese salvarlo si era posible. Necker, y las señoras que componian la tertulia de su esposa, solicitaban con calor la libertad del baron. En quanto á Bailly y la Fayette les era indiferente que se absolviese, con tal que le substituyesen otra víctima que, como él, fuese noble.

Esta se encontró en la desgraciada eleccion de Tomas Mahé marques de Favras (1). Dos gandules llamados Morel y Tourcaty se presentáron

(1) Tomas Mahé de Favras nació en Blois de una familia antigua y célebre en la magistratura. Su resignacion y la muerte no merecida que le hiciéron sufrir á las tres de la tarde del 18 de febrero de 1790, lo ha hecho celebre en los fastos de la revolucion francesa.

en el tribunal de Pesquisas de la municipalidad, é hiciéron su acusacion en estos términos: "El marques de Favras, dixéron, nos ha confiado que exîstia en Versalles un exército de mil y doscientos caballos que debia entrar por sorpresa en la capital en tres columnas, y reunirse á una parte de la guardia pagada, á los suizos, y á un número considerable de conjurados de diversas provincias, que estarian en Paris el mismo dia y á la misma hora: que verificada esta reunion asesinarian á la Fayette, á Bailly y á Necker, sacando por fuerza al rey para llevarlo á Perona, en donde encontraria veinte mil hombres que debian reunirse allí de la Flándes marítima, de la Picardía, del Artois, de la Champaña, de la Borgoña, de la Alsacia, de la Lorena y de Cambrësis."

Morel y Tourcaty dixéron ademas, que el marques de Favras les habia confiado en otra ocasion que estaba encargado de reclutar veinte mil suizos, doce mil alemanes y doce mil

sardos, que reunidos á los regimientos que habian permanecido fieles al rey, compondrian un exército de ciento cincuenta mil hombres: que de estos se destacarian veinte mil para la guardia del rey, y con el resto vendrian sobre París y dispersarian á la asamblea nacional.

Para executar un plan tan vasto el marques de Favras no tenia, segun la relacion de los acusadores, mas que cien luises que le habia prestado un señor. No se podia componer un romance mas absurdo: en otro tiempo sus compositores hubieran sido azotados y enviados á galeras, pero entónces esta fábula bastó para meter al desgraciado hidalgo como reo de lesa-nacion en la Abadía, y poco despues trasladarlo al Châtelet.

Al mismo tiempo que lo prendiéron, hiciéron circular en el público miliares de exemplares del papel siguiente: "El marques de Favras que vivia en la paza real, ha sido arrestado con madama su esposa por un

plan qne habia formado de sublevar treinta mil hombres para asesinar á M. de la Fayette y al corregidor de la ciudad, y despues interceptarnos los víveres. *Monsieur* el hermano del rey estaba á la cabeza. = *Firmado.* = BARAUZ.

Este billete cuyo estilo supone una mala educacion en el que lo habia escrito, era una invencion de los orleanistas que esperaban comprometer en este negocio á *Monsieur*, y comprometiéndolo, dar cierto ayre de verosimilitud al enredo de los dos delatores. Se creyó con fundamento que la firma del billete era supuesta.

El marques de Favras habia entrado en 1772 en las guardias suizas de *Monsieur*, y salido de ellas en 1775. Desde entónces el príncipe no le habia visto mas, y ni aún volvió á oir hablar de él; pero habiendo tenido necesidad de una suma de dos millones para los gastos de su casa, el conde de la Châtre le indicó á Favras como el único que podia efec-

tuar aquel empréstito por medio de los banqueros Chomel y Sertorius. *Monsieur* en consecuencia de este aviso hizo su obligacion y encargó á su tesorero que siguiese el negocio, pero no vió á Favras ni le escribió, ni tuvo ninguna suerte de comunicacion con él.

Los inventores del billete que sabian que Favras habia servido en los suizos de la guardia de *Monsieur*, y que negoció un empréstito para el príncipe, se prometiéron sacar un gran partido de estas dos circunstancias. Creyéron que con ellas persuadirian al pueblo que habia relaciones de intimidad entre *Monsieur* y Favras, y que el verdadero objeto del empréstito era el de procurar la execucion del plan denunciado por Morel y Tourcaty.

En una época en que todo se creía y en la qual las calumnias producian siempre un efecto funesto, era imposible que esta doble impostura no turbase la tranquilidad de *Monsieur*. Es-

te príncipe no se desdeñó de presentarse en la casa consistorial en medio de la municipalidad, no para presentar una apologiá porque su lealtad conocida la hacia inútil, si no para quejarse de la insolencia del embrollador del billete, y de la malignidad con que se hacia circular. El príncipe terminó su discurso por estas palabras dignas de un nieto de Enrique IV. *Mi boca no debe abrirse despues de lo que dexo referido, sino para pedir la indulgencia por los que me han ofendido.*

(Año 1790) El marques de Favras compareció ante sus jueces con aquella serenidad y firmeza que inspira la inocencia, y que supo hacer valer, porque al talento despejado reunia la facilidad de explicarse con gracia: la modulacion de sus palabras tenia un encanto á que era dificil resistir: su fisonomía era agradable, finos sus modales, y decente su porte: su estatura era regular y bien proporcionada, de un mirar noble que prevenia en su favor: la fina

curiosidad y esmero en su vestido, y la cruz de S. Luis de que estaba condecorado, realzaban el todo de su buena presencia: sus cabellos empezaban á encanecerse, aunque no tenia mas que quarenta y seis años: sus ojos eran negros y grandes: su tez morena con gracia, y su nariz aguileña. Era naturalmente frio y reservado, hablaba poco y meditaba mucho. Como cada qual tiene su manía, la suya era la de creerse rentista. Habia trabajado un plan voluminoso para la liquidacion de veinte años de las deudas del estado, y como no conocia la teoría de los logaritmos, habia tenido la increible paciencia de hacer por el método ordinario todos los cálculos del reembolso succesivo de año por año con sus intereses.

Era menester haber perdido toda la vergüenza para transformar á tal hombre (que no tenia ni rango, ni bienes, ni apoyo, ni crédito en el pueblo) en un gefe de conjurados. Representó á sus jueces que era el col-

mo del absurdo suponerle que habia tenido la idea de mudar el reyno, no teniendo para su execucion mas que á los dos delatores, y por caxa militar cien luises; y como estos dos acusadores eran los mismos que le delatáron, hizo observar que en justicia era una monstruosidad inaudita el que los mismos hombres fuesen á un tiempo testigos y acusadores.

Por lo demas en el curso de su defensa se manifestó tranquilo, firme, y decente en sus respuestas. No perdió nunca aquella aptitud noble que conviene á la inocencia. Refutó á sus acusadores con dignidad y sin arrebato, los embarazó en mil contradicciones chocantes, y se aprovechaba de estas ventajas sin humillarlos para hacerles las reprensiones que merecian bien por el papel infame que desempeñaban. Con respecto á sus jueces no salió nunca de los límites del respeto que se debe á los ministros de la justicia, aun quando haya que quejarse de su parcialidad. No

ocultándosele la extremada preocupacion que habian suscitado contra él, y la fé que daban á las calumnias de sus acusadores, pidió que se le admitiese la prueba de hechos justificativos, lo que se le denegó.

Como la mayor parte de los jueces no estaba dispuesta á mandar derramar una sangre que clamaria eternamente contra ellos, Bailly, la Fayette y los orleanistas hiciéron rodear el Châtelet de un populacho furioso que prorrumpia en amenazas contra el tribunal. La Fayette declaró á los jueces que no habia que dudar, que era menester entregar al pueblo ó á Bezenval, ó á Favras, y que esta sola condicion podia responder de la vida de los miembros del Châtelet. En fin se decidió que Bezenval sería puesto en libertad, y Favras degollado.

A consecuencia de este infame tratado Bezenval fué puesto en libertad en la tarde del 29 de enero. Aquí las datas son dignas de notarse. El

30 por la mañana Bezenval, bien instruido que no debia su libertad si no al despotismo que la Fayette habia exercido sobre los jueces del Châtelet, fué al alojamiento de aquel general para darle gracias.

El mismo dia á las nueve de su mañana el tribunal se reunió para juzgar al desgraciado Favras. Quarenta jueces estaban colocados en círculo en lo alto de la sala: un dosel sombreaba la cabeza del presidente; tenia detrás una divina imágen del autor de nuestra augusta y sacrosanta religion espirando sobre una cruz, y enfrente el retrato del rey. Una multitud inmensa de curiosos llenaban la sala, el interior y las puertas estaban guardadas por los granaderos de la guardia nacional.

La lectura del proceso duró cinco horas y media; acabada, Deflandre de Brunville procurador del rey, se levanta, recapitula todo el proceso, y concluye con pedir la retractacion pública y su muerte. Al pro-

nunciar estas últimas palabras se turba, titubea, y duda dando bien á entender que su conciencia levanta contra él mismo un juicio terrible.

Se dió la órden de traer al acusado; se presenta éste con la serenidad y confianza que inspira una conciencia pura, y mas tranquilo que aquellos que iban á pronunciar su sentencia: se adelantó hasta situarse enfrente del presidente pronto á responder á las nuevas cuestiones que quisiesen hacerle. Todos al verlo, jueces y expectadores, experimentáron una conmocion interior que los tenia suspensos, y los hacia guardar un silencio lúgubre no atreviéndose ni aún á respirar: este es el efecto que produce siempre el atentado de una injusticia notoria.

Qué admirable, qué sublime exemplo hubieran dado aquellos jueces si hubieran exclamado: "Pueblo..... hé aquí al acusado... puedes asesinarlo... puedes embriagarte en su sangre, y derramar la nuestra... por lo que á nosotros toca, á despecho de las pro-

posiciones y de las amenazas que nos haceis y que aún resuenan al rededor de este recinto, proclamamos aquí solemnemente su inocencia.... Su nombre y los nuestros pasarán á la última posteridad con las bendiciones de todos los siglos. Si perece, será de vosotros lo que fué del pueblo que pidió la muerte del Dios hecho hombre, cuya imágen veis aquí.... La sangre que derrameis caerá sobre vosotros y vuestros hijos." Este era sin duda el lenguage que debiéron tener los jueces del Châtelet; pero ah! es menester decirlo; eran llegados los desgraciados dias en que corrompidos los hombres mas justos, religiosos y valientes, sacrificáron su deber á vanos respetos y á frívolas esperanzas, y ninguno en el curso de la revolucion francesa supo morir á tiempo.

En fin despues de algunos minutos de un profundo silencio, el presidente empezó el interrogatorio que precedia á la condena ó absolucion. Favras contestó á todas las preguntas

con precision, sin embarazo, y de un modo que debió atormentar cruelmente la conciencia de aquellos que querian su suplicio. Hizo ver claramente que Morel y Tourcaty, los dos únicos testigos que le oponian, se habian presentado para perderlo y ganarse los mil luises que el tribunal de Pesquisas del ayuntamiento habia prometido á los delatores de una grande conspiracion.

La deliberacion de los jueces duró hasta las dos y media de la tarde, y concluyéron diciendo: que su acusacion no estaba bastante clara, y que convenia oir nuevos testigos. Bailly y la Fayette manifestáron el mayor descontento por aquella detencion, y significáron á los jueces que era menester que se determinasen á pronunciar la sentencia de muerte. La vanda de los orleanistas agregó sus intrigas y amenazas á las instancias del corregidor y del general.

Se oyéron los nuevos testigos, pero ninguno pudo rebatir las objeccio-

nes del acusado. Este hecho demostrado por los autos, y referido en todos los papeles públicos de aquel tiempo, es digno de atencion. Si los jueces quando acordáron su primera deliberacion, no tenian bastantes datos, tampoco podian estar mas instruidos despues de la interpelacion de los nuevos testigos, puesto que estos no habian suministrado nuevas luces; de que resulta, que el marques de Favras no podia ser mas digno de muerte despues que ántes de este exâmen.

No fué con la lógica de la justicia y de la razon con la que sentenciáron aquel infeliz, sino con la del miedo y del terror. Cediendo á la aprension de los peligros que ponian á cada instante delante de sus ojos, procediéron algunos dias despues de su primer acuerdo á un juicio definitivo.

Durante la deliberacion una legion de foragidos no cesaba de amenazarlos con las últimas desgracias, si no condenaban á muerte al acusado. "Yo os requiero de nuevo, dixo éste

quando por segunda vez fué presentado á sus jueces, que me admitais la prueba de mis hechos justificativos." — Le respondiéron que no habia lugar, por no haberse admitido su primera demanda.—" En ese caso, continuó, exîjo que se anote en los registros que se ha rehusado dos veces mi peticion, y que protesto contra esta denegacion."

Con dificultad habrá hablado algun acusado á sus jueces con igual valor y firmeza. Lo que debe admirar mas es, que aunque algunos se opusiéron á que se registrase semejante declaracion, al fin concluyéron con darle gusto. En esta ocasion tomó sobre ellos la autoridad que las almas fuertes exercen sobre los espíritus débiles. Nadie hubiera dicho al ver el modo con que les hablaba, sino que él era el juez de aquellos mismos que tenian en su mano la suerte de Favras: él mismo dictó al escribano sus súplicas y protestas, y quando el notario acabó, dixo á sus jueces retirándose: *Señores,*

es hago responsables de esta negacion de justicia.

Despues de seis horas de debates condenáron al infortunado marques de Favras al suplicio de horca, y á presentarse ántes vestido con una túnica blanca, y una antorcha en la mano, delante de la puerta principal de la catedral de nuestra Señora para hacer una retractacion pública. Así es, que no se contentaban con quitarle la vida, si no que querian hacerle sufrir toda suerte de humillaciones.

Entráron á decirle que los jueces mandaban se le conduxese á su presencia. Estaba á la sazon en su quarto, apoyada la espalda contra la chimenea, peynado y vestido con mucha curiosidad. Oyó el recado, y con la mayor indiferencia siguió al alcayde que se lo mandaba. Fué introducido en la sala del tribunal en donde el executor, el escribano, y el consejero quatre-mére de Rossy relator fiscal de su proceso lo esperaban.

A la vista del verdugo, Favras se puso pálido. Suleau, á quien la alegría de su espíritu y su fin deplorable han hecho célebre, estaba entónces preso en el Châtelet, y se hallaba en la misma sala quando el desgraciado hidalgo llegó: lo estrechó afectuosamente entre sus brazos, y por una corta exhòrtacion, le ayudó á sufrir con valor y resignacion la espantosa injusticia de que era víctima.

Despues de haber pagado Favras á la naturaleza aquel tributo de la humana debilidad, tan dificil de rehusar á la vista de una muerte cruel y no merecida, y vuelto á su antigua serenidad, el relator quatre-mére le dirigió estas extrañas palabras: *Vuestra vida es un sacrificio que debeis á la tranquilidad y á la libertad pública. No tengo otro consuelo que daros, que el que os ofrece la religion; yo os invito que os aprovecheis de él.*

Esta es la primera vez que un juez decia á un acusado que debia morir, no porque era culpado, sino porque así lo

exîgian consideraciones que llamaban tranquilidad y libertad pública. No habia ménos atrocidad que cobardía y floxedad en aquellas palabras. Quatremére lo conoció así, porque encargó al redactor del diario de París, si no que las desmintiese, á lo ménos que las interpretase de un modo mas ventajoso para él.

Despues le propuso un confesor: ¿*De vuestra mano*, exclamó Favras con indignacion, *un confesor elegido por vos?... Ah! no, me sería sospechoso.* Pidió al sacerdote Bossu párroco de S. Pablo. Permaneció mucho tiempo encerrado con él, y salió de aquella conversacion con una resignacion y serenidad, que tenia ciertamente alguna cosa de sobrenatural.

A las tres de la tarde se encaminó ácia el lugar de su suplicio. Diez mil hombres sobre las armas guardaban todas las entradas de la plaza de Grêve: un público inmenso llenaba las calles, y se veían las gentes hasta en los tejados. Favras conducido sobre el infame

carro con los cabellos sueltos, las manos atadas, cubierto con la ignominiosa túnica, teniendo á su lado la antorcha ardiendo, detrás el verdugo, y llevando sobre el pecho y á la espalda un letrero, en el qual se leía: *conspirador contra el estado*, presentaba una imágen que no se podia considerar sin compasion y sin veneracion. Una suerte de magestad se notaba en su persona, si se reflexîonaba principalmente en aquel aparato de ignominia que le rodeaba. Un populacho sediento de sangre daba palmadas, le baldonaba y maldecia, miéntras que él mas tranquilo que sus asesinos conversaba familiarmente con el cura de S. Pablo.

Habiendo llegado delante de la catedral de nuestra Señora, baxa del carro con serenidad, toma de las manos del escribano el fallo que le condena á muerte, y lo lée él mismo: levanta en seguida los ojos al cielo, toma por testigo de su inocencia al Dios justo que va á juzgarlo, y le su-

plíca que perdone á sus verdugos.

Al pasar por la casa consistorial pide que se le permita hacer ciertas declaraciones esenciales: él mismo las dicta al escribano con una fortaleza de ánimo dificil de describir. Esta pieza es uno de los monumentos, único en su clase, un testamento en el qual hace su apología sin orgullo ni ostentacion, y en donde cuenta sus hechos personales con un candor que no permite dudar ni de su verdad, ni de la rectitud de su alma. Hé aquí como le dictó:" En este momento terrible en que voy á aparecer delante de Dios, afirmo en su presencia á mis jueces y á todos los ciudadanos que me oyen, que desde luego perdono á los hombres que me han culpado tan gravemente y contra su conciencia de proyectos criminales, que no he concebido nunca, y que han inducido á error á la justicia. La denegacion de oir á las personas que eran las mas propias para revelar la impostura, y la falsedad de los testigos, es quizá en este momento

la tacha que un desgraciado condenado podria hacer á la justicia mejor informada: entónces el error no hubiera tenido cabida en ella, y el juicio espantoso que condena al inocente, no hubiera salido de los labios que lo han pronunciado, ni manchado las manos que lo han firmado."

Precisado por la ilacion de los hechos á hablar del rey, se expresó así: "Yo no tengo ninguna pension ni gracia personal alguna, porque mis intereses están en paises extrangeros: eran grandes enemigos del bien público, y particularmente del rey los que excitáron la insurreccion del 5 de octubre. Estos enemigos, como se decia en todas partes, querian la destruccion entera de la familia real; estuve vivamente conmovido; he amado á mi rey, y *muero fiel á este sentimiento*; pero no ha habido nunca en mí, ni medios, ni voluntad de emplear medidas violentas contra el órden de cosas nuevamente establecido."

Mas abaxo se produxo así sobre el

brutal furor con que el pueblo pedia su muerte. "Sé que el pueblo pide á gritos mi muerte: pues bien, puesto que es precisa una víctima, yo prefiero, sí, yo prefiero que la eleccion recaiga sobre mí mas bien que sobre algun otro inocente débil y tímido, á quien la presencia de un suplicio y de una muerte infame no merecida, quizá podria desesperarle. *Yo voy pues á expirar crímenes que no he cometido.*"

En la narracion de su escrito se trató de un gran señor, que le habia manifestado las mas vivas inquietudes sobre la familia real. El escribano que se llamaba Juan Drie, en lugar de escribir un *gran Señor*, se atrevió á poner *el conde de la Châtre*. El marques de Favras le reprendió con viveza, diciéndole: "¿Por qué escribís un nombre que no he dictado? borradlo: no »es el conde de la Châtre. Es indigno á un hombre público dar un falso testimonio de lo que se le manda, y en qué momento."

Siento que la extension de este tes-

tamento no me permita insertarlo todo; pero á lo ménos se podrá juzgar de lo demas por lo poco que he dicho, y convencerse de que en ninguna circunstancia de la vida se podrá tener mas tranquilidad que la que tuvo Favras en medio de la mas terrible adversidad que puede afligir á un hombre; pues conservó tal presencia de ánimo, que corrigió hasta las faltas de ortografia y de puntuacion que habia cometido el escribano.

Esta inmutable firmeza era tanto mas heróica, quanto que estaba oyendo los halaridos de la multitud que no cesaba de pedir, que se apresurasen á darles el expectáculo que aguardaban. Un capitan de la guardia nacional tuvo tambien la incomprensible barbárie de subir al ayuntamiento, y de gritar brutalmente á Favras: *Vamos pues, Señor, acabad, despachaos, el pueblo os espera.* ¿Disputar á un infeliz condenado tres minutos mas de vida? Ah! ¡qué atrocidad! ¡qué sentimiento para el alma del desgraciado reo! Pero él, sin no-

társele ninguna alteracion en el rostro, se volvió con tranquilidad ácia á aquella bestia feroz, y le dixo: *Teneis razon, Señor, sentiria mucho ser la causa inocente del mas leve movimiento del pueblo, no tengo mas que dos ó tres renglones que dictar, y soy con vos.*

En fin á las ocho Favras se levanta, dá un eterno adios á los circunstantes, baxa con firmeza la escalera de la casa consistorial, y camina al suplicio. A la vista del patíbulo y del hombre inocente que iba á ser ahorcado, el párroco de S. Pablo se inmuta, le abandonan sus fuerzas, y cae desmayado entre los brazos de la víctima. Qué imágen! Jamás se habia presentado otra mas patética á los ojos de los hombres. Cosa increible, y que no se habia visto aún, que el reo prodigase al sacerdote que le auxîliaba los socorros que esperaba de él! Favras, recordando al cura de S. Pablo las verdades inmutables y consoladoras de aquella

religion santa de que era ministro, y que no engaña en las promesas que hace á la inocencia oprimida, le volvió con el uso de los sentidos la firmeza que lo habia abandonado por un instante.

Quando la víctima estuvo en la parte superior de la escalera de la horca, la belleza de su fisonomía, el agrado de sus miradas, la serenidad de su rostro, la dignidad de su porte, sus largos cabellos esparcidos sobre la espalda, la blancura de aquella túnica que hacia como el adorno del sacrificio, todo imponia tal respeto y silencio, que el furor encarnizado de la multitud cesó, el verdugo se conmovió, sus ojos se llenáron de lágrimas, y quando desde allí Favras exclamó: *Ciudadanos, muero inocente: pedid, pedid al Dios de bondad por mí.* El executor le dixo sollozando: *Gritad mas alto para que os oigan.* Favras esforzando mas la voz, repitió: *Ciudadanos, muero inocente, pedid á Dios por mí.* Y como el ver-

dugo permaneciese inmóvil, y en la plaza continuase el mas profundo silencio, Favras se vuelve ácia él, y con una serenidad angelical le dice: *Executor de la justicia, cumple con tu deber*. El verdugo entónces obedece, y el sacrificio se consuma.

Así pereció el marques de Favras dexando un bello exemplo á aquella multitud de mártires que debian seguirle un dia por el camino que les abrió con su resignacion, con su serenidad inalterable, y con la fortaleza celestial de que indudablemente fué revestido en sus últimos momentos; enseñando tambien á los filósofos y á los hombres de todas sectas, que la mas gloriosa y la mas heróyca de las muertes, es la verdadera muerte cristiana.

Este asesinato jurídico no dexó de inquietar á los que lo habian pedido, y á los que lo otorgáron; pero los primeros, auxîliados de los diaristas, ideáron tantas patrañas sobre la pretendida conjuracion de Favras, que

la mayor parte del pueblo que no se alimenta si no de mentiras, llegó á creer en confuso que los realistas no cesaban desde los primeros dias de la revolucion de conspirar para hacerse dueños de la persona del rey. La historia dirá quán grosero era este error, y probará que los mismos realistas léjos de conspirar, se manifestáron los mas fieles observadores de las leyes nuevas que les agradaba crear á los novatores, en pagar todas las contribuciones que estableciéron en diversas épocas, y en adoptar por fin dentro y fuera de sus casas las señales llamadas de patriotismo.

Los orleanistas creyéron sacar otra ventaja de la muerte de Favras. Pensáron que esta víctima era una señal de la adhesion que les tenia el tribunal del Châtelet. En su consecuencia no dudáron en hacerle tomar conocimiento de los crímenes de los dias 5 y 6 de octubre, de los quales la mayor y mas sana parte de la nacion persistia en pedir venganza, y

en culpar á Orléans. No dudáron que el Châtelet tomaria este negocio baxo el punto de vista que ellos se lo presentarian, y que no dexaria de fulminar todo el castigo que merecian aquellos atentados contra algunos facinerosos obscuros, á quienes procurarian hacer mirar como agentes de los realistas y no del príncipe.

Como por otra parte los tribunales de Pesquisas de la municipalidad y de la asamblea nacional estaban en posesion de los escudos, de los lambeles, y de todos los escritos que podian comprometer al duque de Orléans y á sus cómplices, se prometiéron no entregar ninguna de aquellas piezas de conviccion al tribunal del Châtelet, de suerte que se viese obligado á proceder sobre simples declaraciones de testigos; y se lisonjeaban con que ningun hombre habria tan atrevido que depusiese contra un príncipe que tenia tantos medios para perder á sus enemigos.

Con arreglo á estas conjeturas, que

no iban descaminadas, tuviéron una conferencia Voidel y los miembros de la comision de Pesquisas de la casa consistorial que eran Agier, Perron, Oudart, Garan-de-Coulon y Brissot-de-Warville. Habiendo concertado entre sí la conducta que debian tener, expidiéron un decreto por el qual autorizaban al procurador síndico de la municipalidad llamado Boullemer-de-la-Martiniére abogado del parlamento, *para que denunciase los atentados de la mañana del martes 6 de octubre, como tambien á los autores, factores y cómplices, y á todos los que por promesas de dinero ó por otras maniobras, los habian suscitado y promovido.*

El abogado la-Martiniére remitió este decreto al procurador del rey en el Châtelet, diciéndole, que él se referia y se atenía á su contenido. Esta fué la única pieza que pusiéron en las manos de aquel magistrado. Al mismo tiempo esparciéron en el público que se habian denun-

ciado al tribunal del Châtelet los crímenes del 5 y 6 de octubre: esto no era cierto, pues no se habian denunciado mas que los del 6. Esta noticia iba acompañada de un comentario en que expresaban, que los amigos del príncipe eran los que habian hecho la denunciacion, á fin de que fuese evidente que los que lo acusaban eran unos calumniadores. Este exceso de desvergüenza consternó á los buenos, y fué para los ánimos apocados y para el pueblo una especie de demostracion de la inocencia del duque de Orléans. Tan cierto es este dicho de un poeta: "que el suceso corresponde siempre á la audacia." Pero aquí el éxîto no fué mas que momentáneo. Los orleanistas, como voy á decir, se enredáron en sus propias redes, y los magistrados del Châtelet justificáron tanto su conducta por el ánimo esforzado, energía, sabiduría é inflexîble integridad que manifestáron con motivo de este nuevo proceso, que hubieran borrado, si posible

fuese, la mancha fea que dexó impresa á sus nombres el juicio de Favras.

De este modo es como los amigos de Orléans le servian en su ausencia, al mismo tiempo que él en un pais extrangero procuraba nuevas fuerzas y poder á su faccion.

LIBRO DUODÉCIMO.

El club Breton se establece en la plaza de las Victorias. De él se forma el de los jacobinos. Intrigas que se adoptan en este club para insurreccionar todos los regimientos á favor de Orléans. La conspiracion de este príncipe se extiende á los paises extrangeros. Los conjurados lo determinan á volver á Francia.

Jamás ha habido una institucion humana mas extraordinaria y cruel, que la que se conoció entre los franceses con el nombre de *sociedad de los jacobinos*. Una agregacion de gandules, bandidos, ladrones y foragidos sin otro Dios que Voltaire (1), otro evangelio

(1) Voltaire nació en París en 20 de febrero de 1694, murió en 30 de mayo de 1778, y fué depositado en el panteon de los *Grandes hombres* el 12 de julio de 1791.

que el *Contrato social* del misantropo Rosseau, otra moral que la del apóstata Raynal (1), otra política que la de Cartouche, conspirando abiertamente contra toda religion, toda política, todos los gobiernos y tronos; proscribiendo con la mas solemne publicidad á todos los propietarios, y á todos aquellos que por un talento raro, un nacimiento, ó una probidad incorruptible, sobresalian de los demas... Este es el fenómeno que miraríamos como una quimera si nos dixeran que le habia habido en una

(1) Guillermo Francisco Raynal historiador famoso, miembro de las academias de Lóndres y de Berlin, nació en Saint-Geniez en el Robergue el año de 1713. Fué jesuita, y secularizado se hizo célebre orador; pero lo que le dió mas celebridad fué su *historia filosófica y política de los establecimientos y comercio de los européos*, que publicó en 1770 y tuvo una acogida universal, pues pasan de cincuenta las impresiones que se han hecho de ella, sin embargo de sus muchas contradicciones. Murió de catarro en Passy á los ochenta años de su edad el 6 de marzo de 1796. Su amor propio le hacia insufrible á pesar de su talento.

nacion de la antigüedad, ó en un pueblo remoto. Que semejante reunion se haya constituido sin contradiccion en senado supremo en medio de la capital de una vasta monarquía; que haya fundado otro semejante en casi todas las ciudades considerables de la Europa, sin que ésta haya hecho el mayor caso; que haya organizado á la vista de todos los soberanos compañías de ladrones, de asesinos y de envenenadores, sin que los príncipes se dispusiesen á abatir aquellos nuevos titanes; que hayan trastornado todos los tronos sin que los reyes se hayan atemorizado; que hayan hecho degollar por verdugos á un rey, á su esposa y hermana; que hayan hecho perecer entre los hierros y largos tormentos al heredero de sesenta y seis reyes (1),

(1) Ciento y dos reyes precediéron al desgraciado Luis XVI; y aunque aquí se le pone succesor de solo sesenta y seis, es menester no perder de vista que empieza su cronologia desde el año de 987, en que Hugo Capet fué proclamado en Noyon por el con-

sin que á estos regicidas les haya costado otro trabajo que el de quererlo; y en fin que aquellos que proscribian se hayan dexado despojar, encarcelar y arrastrar al cadalso sin oponer la mas ligera resistencia, sin prorrumpir en una queja.... hé aquí uno de los misterios de resignacion por una parte, y de audacia por la otra, que es menester creer, puesto que ha sucedido en nuestros dias y casi á nuestra vista; lo que prueba que todo es posible y creible en aquellos trastornos que produ-

greso de los Feudatarios del reyno, y que entónces habian pasado dos extirpes reales. En la primera, que empezó en el año de 420 por Faramond y acabó en el de 751 por Childerico III, reynáron veinte y dos soberanos; y en la segunda, que tuvo principio en el de 751 por Pepino I, y terminó en el de 987 por Luis V, otros catorce; resultando que para hacer á Luis succesor de sesenta y seis reyes es preciso contar desde que comenzáron los Capets. Pero ateniéndonos al tronco, que aun viene de antigüedad mas remota, deben incluirse los treinta y seis príncipes que hubo en aquellos dos primeros linages.

ce la ruina de los imperios. Quando un cadáver está próxîmo á la putrefaccion, millares de animales inmundos lo rodean, se disputan los pedazos, no dexan mas que los huesos, y acaban por devorarse unos á otros. Esta imágen desagradable presentó al natural el estado de la Francia entregada á los jacobinos, que la destruyéron toda sin dexar mas que su suelo.

Se trataba ademas de comprimir á los sacerdotes y á los nobles, incitando á todos á que exterminasen á estas dos clases del estado que vivian pacíficamente entre ellos baxo la proteccion de las leyes. Tambien se propusiéron desmoralizar al pueblo destruyendo el culto del Sér supremo. En breve no se trató en sus juntas de otra cosa que de sangre y de pillage. Los hombres virtuosos tan consternados como absortos de oir un lenguage á que no estaban acostumbrados, abandonaban sus destinos los unos despues de los otros. El pueblo (á quien los jacobinos y cordelieres

ú orleanistas no les hablaban mas que de destruir á sus enemigos) no previó que los proyectos infernales de aquellos ocultaban la disolucion del órden social, meditada hacia mucho tiempo, y executada despues por los pretendidos amigos de la constitucion.

Con efecto baxo el título respetable de amigos de la constitucion reuniéron á sus banderas á un gran número de ciudadanos de todas clases, y una vez consolidados, se apoderáron de los principales periódicos que se imprimian en la Francia con el objeto de dirigir el espíritu público, y de este modo fuéron los únicos que pudiéron escribir lo que quisiéron; porque si alguno se atrevia á rebatir sus operaciones, era al punto denunciado como enemigo de la patria y aristócrata.

El espíritu de los jacobinos se acercaba bastante al que reyna en las repúblicas, pues afectaban tener mucha oposicion á los grandes y á los ricos, aparentando no ocuparse de

otra cosa que del bien público. Todos sus discursos estaban entrelazados con estas frases tan pomposas como insignificantes: *Subsistencia del pueblo*, *felicidad del pueblo*, *PODER y SOBERANIA del pueblo*. Adoradores maniáticos de una igualdad quimérica, cuya máscara debia llenar sus deseos, quisiéron nivelar con ella á todas las clases y á todas las cosas; para lo qual adoptáron tambien todos los medios, aún los mas violentos, aunque el patriotismo fué el talisman de que mas se sirviéron para seducir á la multitud; por manera que si quando hacian el elogio de algun jacobino, se les decia: — Ese es un bribon. — Sí, respondian, pero es un buen patriota; y si les replicaban — tambien es un ladron. — Sí, contestaban, pero es un buen patriota.

No faltó en la Francia quien creyese que los jacobinos no adoptáron desde un principio la desorganizacion general de aquella monarquía, ni que jamás la hubiéran adoptado sin el via-

ge del rey á Varennes. Sin duda perdiéron de vista el objeto de aquella asociacion, el qual no fué otro que el de la destruccion y envilecimiento baxo el especioso pretexto de nivelarlo todo; ni se les hubiera podido ocultar sus miras al ver que las personas que componian aquel antro no eran otras que una reunion de fanáticos tan audaces como ignorantes, extraidos de la hez del pueblo, ó escapados de la espada de la justicia. Es verdad que hasta que los orleanistas se fuéron reuniendo á los jacobinos poco á poco sin interrumpir sus juntas en el convento de los religiosos franciscos, no se descubrió del todo el sistema horroroso que despues adoptáron los *bebedores de sangre.*

Habiéndose transferido la asamblea nacional á París en consecuencia de la conspiracion de 5 y 6 de octubre, el club Breton fué á establecerse á la plaza de las Victorias n. 7 enfrente del edificio de Massiac. Allí procedió con ménos misterio, y léjos

de poner dificultad en la admision de nuevos miembros, acogió en su seno un gran número de personas de todas las clases del estado. Bailly y la Fayette siempre inconsiderados, siempre buscando la popularidad, se agregáron á aquel club. Así es que sin quererlo y sin dudarlo, entráron en todas las maquinaciones que llevaba ácia el trono aquel Orléans, que ellos exêcraban. Para atraerlos á su caverna los acariciáron obteniendo de la asamblea que les diese gracias, con cuyo cebo cayéron en el lazo.

Cada dia se aumentaba mas el número de los clubistas, y con ellos su audacia, adquiriendo un verdadero despotismo sobre la mayoría de los diputados. Los ciudadanos se presentaban á centenares, por lo qual el club Breton pensó desde luego fundar una sociedad numerosa que extendiese sus ramas y su influencia sobre todo el Imperio, y tambien sobre la Europa. Con este objeto alquiláron el convento de religiosos de la calle de S. Honorato, que

llamaban jacobinos. Quando el club fué dueño de él se reduxo á un número pequeño de miembros, enviando los demas al convento de los jacobinos, en donde fuéron como los fundadores de la nueva sociedad. Estos siguiéron la misma organizacion que la asamblea nacional, y á su exemplo tuviéron sus sesiones públicas como ella. Llenáron las galerías de gentes de uno y otro sexô, que se componia de la hez de los arrabales. En la multitud habia artesanos, y aun sugetos de un estado superior mas de los necesarios; pero la inmoralidad de los unos, y la estupidez de los otros, los reunia y los hacia útiles á la sociedad. Los gandules, tan pobres como fanáticos, recibian un sueldo proporcionado á sus talentos. En general todas las gentes de las galerías eran jóvenes perdidos, encargados de predicar en lo exterior las máxîmas envenenadas que recibian en lo interior de la sala de las sesiones.

En quanto á los candidatos que se presentaban para ser admitidos como

miembros de la sociedad, debian gozar de la reputacion de malas costumbres; preferian á los que habian sido condenados por los tribunales, y sobre todo á los que hacian profesion de impiedad y de aborrecimiento á la dinastía reynante: este último artículo era el punto capital. Sin embargo de todo lo dicho, no se trataba públicamente de que era menester sostituir la rama de Orléans á la reynante, pero hacian vislumbrar este secreto sin descubrirlo: mas en los conventículos particulares se hablaba de él sin misterio. La sociedad dirigia sus conatos á atraer á su seno á la mayor parte de los diputados que pudiese corromper.

El club de la plaza de las Victorias dictaba á la sociedad de los jacobinos los decretos que se debian obtener, y la ocupacion de aquél era la de obligar á la asamblea nacional á darlos. De este modo era dueño de las acciones de los jacobinos, de las operaciones de la asamblea, y de la

suerte de la Francia; pero sucedió lo que debia suceder, esto es, que el número mayor devoró al menor. La sociedad de los jacobinos mas numerosa que el club Breton célebre por la publicidad de sus acciones, y poderosa por los apoyos que la prestaban los auxîliares de las galerías, emprendió reynar sola: los miembros del club se viéron precisados á confundirse con los de la sociedad, y de este modo espiró la agregacion conocida con el nombre de club Breton.

Habiéndose verificado esta reunion se estableció entre los jacobinos un órden verdaderamente admirable, si se puede dar este nombre, á la organizacion de una gavilla de ladrones. Creáron una multitud de tribunales, y en la imposibilidad de poderlo decir todo por no ser molesto, hablaré solamente de los quatro principales.

El primero y segundo de estos tribunales se encargáron de hacer una requisicion de todos aquellos que se sospechase se oponian á las miras de

la sociedad, de acusarlos de conspiracion, denunciarlos, prenderlos y encarcelarlos. Tambien tenian la comision de dirigir las calumnias, los pillages, los incendios y los asesinatos; y particularmente la de perseguir al clero de Francia y su deportacion, cuyo decreto obtuviéron al fin en 26 de noviembre de 1792.

Las personas mas notables en el primero de estos tribunales llamado de Correspondencia, fuéron el baron de Menou, el duque d'Aiguillon, el sanguinario Barnave, Laclos, Cárlos y Teodoro Lameth, el conde de Mirabeau, Alexandro de Beauharnois, Varére de Viuzac (1), Victor de Broglie, Collot-d'Erbois (2) y Fouquier

(1) Bertran Varére de Viuzac fué representante por los Pirineos: en el primer año de la republica miembro de la Convencion, y partidario de Robespierre.

(2) Juan Maria Collot-d'Erbois, fué cómico al principio, y su poca habilidad le hizo abandonar aquella carrera, pero antes juró vengarse de los leoneses que le habian honrado con sus silbidos; y con efec-

Tinuille. El conde de Pardieu, el marques de Sillery, Voidel, Cochon-Laparent y Poulain fuéron los principales miembros del segundo tribunal llamado de Pesquisas.

El tercero fué encargado de establecer clubs en todo el reyno, de reclutar partidarios, de corromper los periodistas, de sublevar los soldados contra los oficiales, ocurrir á los gastos de las secretarías, correspondencias y postillones, á los de las diputaciones, portes de cartas, gratificaciones á los miembros de los clubs

to en 1793 hizo perecer millares de víctimas á la metralla del cañon, y hubo tarde en la que asesinó por aquel medio cruel é inaudito doscientas y nueve personas. Estas crueldades, y el medio de inmolar aquellas víctimas del furor revolucionario, le adquiriéron el sobre nombre del *Metrallador de Leon*. Fué en la Convencion tan acérrimo enemigo de Luis XVI, como amigo íntimo de Robespierre. Habiendo sido deportado á Cayena en 1.º de abril de 1795, sublevó á los negros contra los blancos. Vencido y preso en el fuerte de Sinamary, murió en noviembre de 1796.

y diputados, y de enviar á los paises extrangeros sediciosos con sumas considerables para que sublevasen á los pueblos contra sus legítimos soberanos.

Este tribunal llamado de Tesorería, tuvo una caxa que se sostenia con el producto de los pillages, con las contribuciones de los agiotadores, de los usureros de diversas sectas y de los mas ardientes orleanistas. Se notaban entre los miembros de este tribunal á Bonne-Carrere, Gerdret, Desfieux, y el español Mendoza.

En fin el quarto tribunal llamado de Presentacion y verificacion, fué encargado del exâmen de los candidatos, de la comprobacion de los poderes, de los que eran admitidos de la mision de los correos, y de los diputados enviados á la sociedad. Los personages visibles de este tribunal eran el baron de Menou, el duque de Chartres, el marques de Sillery, Villars, Carra (1), Bonnecarrere, Desfieux,

(1) Juan Luis Carra nació en Pont-de-

Collot-d'Erbois, le Grand-de-Lalen, Dufourny, Mendoza y Polverel.

Solo por los nombres de los que componian estos tribunales se vé, que la sociedad exerciendo un imperio absoluto sobre la asamblea nacional y sobre la Francia, estaba ella misma dominada por la faccion de Orléans. Los anti-orleanistas atemorizados por el poder de los jacobinos, ideáron combatirlos con sus propias armas. Por una parte los realistas, y por otra los

Vesle de padres pobres. Su ódio á las autoridades le valió la plaza de bibliotecario nacional, y despues la de miembro de la asamblea legislativa y de la convencion. Fué redactor del periódico titulado *Ánales Políticos*, en el qual esparció sus máximas revolucionarias, y manifestó haber organizado el plan de ataque del 10 de agosto. En el antro de los jacobinos propuso al duque de Yorck en lugar de Luis XVI. Denunciado al fin por Marat y Couthon, sufrió la muerte de guillotina el 1.º de noviembre de 1793 á los cincuenta años de edad.

Este Jorge Couthon tan famoso en la revolucion francesa, nació en Orsay de Auvergne en 1756. Era abogado, y nombrado miem-

imparciales, esto es, aquellos que tenian á su cabeza á Malouet, Virieu y Clermon-Tonnerre, quisiéron tambien erigirse en clubs. Para ello hiciéron esfuerzos inútiles, pues jamás pudiéron conseguirlo. La ineptitud de Bailly y de la Fayette puso un obstáculo insuperable á la formacion de estas dos sociedades. El corregidor y el general fuéron informados siniestramente de que el establecimiento de estos clubs podian destruir un dia el poder,

bro de la asamblea y de la Convencion. Se mostró constantemente contra el rey, é hizo de moda aquella frase de *muerte á los tiranos, y paz á las cabañas*: por los tiranos entendian las testas coronadas. Era amigo de Robespierre, y habiendo sido enviado de su órden á Leon, dió el primer martillazo á uno de los sillares de la plaza de Bellecourt, é inmediatamente se reduxo á un monton informe de escombros. En medio de la Convencion dixo un dia, que tenia sed, y uno de sus cólegas gritó en voz perceptible, *traed un vaso de sangre* al ciudadano Couthon: tal era la opinion que todos tenian de su crueldad. La caida de Robespierre produxo la suya, y fué guillotinado el 28 de julio de 1794.

de los jacobinos, y excitáron y alteráron al populacho y á la guardia nacional contra los realistas y los imparciales, de suerte que quando los unos y los otros se querian reunir, se veían obligados á sostener un combate con la pistola en la mano contra los asesinos que asestaban ácia ellos cada vez que entraban ó salian en la sala. Como no tenian de su parte ni el número ni la fuerza, se viéron precisados á renunciar absolutamente el intento de reunirse.

Quando la sociedad se creyó bastante fuerte hizo una especie de escrutinio, valiéndose de tales manejos é intrigas, que diéron á entender á Bailly y la Fayette que no eran bien mirados: estos se retiráron arrastrando trás sí á todos aquellos que aunque querian una revolucion, no deseaban que la dominacion pasase de un rey á un usurpador. Todos los que se separáron por iguales razones fuéron proscriptos, esto es, se pregonáron sus cabezas de suerte que la expulsion de entre los

jacobinos era un verdadero fallo de muerte para los que la verificaban.

Entro á referir los grandes servicios que la sociedad hizo á la faccion de Orléans. Desde las primeras alteraciones que siguiéron á la segunda asamblea de los notables, este príncipe no habia cesado de decir á Laclos, Syeyes, Mirabeau, Sillery, y á sus mas íntimos confidentes estas palabras: *No harémos nunca nada interin no tengamos al exército*; y consiguiente á este principio corrompió á las guardias francesas, á la mayor parte de los cuerpos mandados venir para proteger la capital en el mes de julio, y despues al regimiento de Flándes. La seduccion de las guardias francesas le costó mas de quatrocientas mil libras, y la del regimiento de Flándes mas de cien mil.

Como refiero aquí todo lo que es relativo á lo que los jacobinos pusiéron en obra para corromper las tropas, adelanto la época en que el duque de Orléans regresó de Inglaterra,

y cuento sin interrupcion la parte que tuvo en estas maniobras. Piensan bien los que creen que su primer cuidado fué como lo exîgía su interés, el de hacerse agregar aquella sociedad que habia fundado y que dirigian sus mejores amigos. No tuvo que trabajar mucho para persuadirlos á que no harian nada hasta que tuviesen el exército. . . . .

Tambien hizo comprender á los jacobinos que para llegar á conseguir la seduccion de las tropas, era menester empezar alejando á los oficiales que no eran accesibles al engaño, y reemplazarlos por hombres á quienes se les pudiese comisionar para toda clase de atentados. En su consecuencia el club envió con el mayor silencio emisarios á todos los regimientos con la comision de descubrir los mas viciosos de los oficiales para prostituirlos á la faccion, y que arrastrasen tras sí á los soldados que mandaban. En algunos regimientos todos los oficiales sin excepcion permanecié-

ron fieles al rey; pero en la mayor parte se encontráron bastantes infames que se ofreciéron á tener parte en los delitos de Orléans. Conociendo el príncipe todo el valor de su desercion, y quanto podian servirle á sus miras, les hizo dar dinero, y los mandó elogiar lisonjeándolos con la esperanza de que obtendrian los primeros empleos en el exército, trayendo desde luego á París á los que le eran mas adiptos.

Para ligarlos á su conjuracion quiso que los admitiesen en la sociedad de los jacobinos, y quando estuviéron bien impregnados de los detestables principios que se profesaban en aquel antro infernal, los envió á sus regimientos para que hiciesen beber á los desgraciados y demasiado crédulos soldados el veneno que ellos mismos habian recibido.

Estos oficiales jacobinos, traydores á su deber, á su honor, y á su rey, sin freno y sin sujecion, se entregáron con furor al partido del princi-

pe, sopláron la discordia en sus cuerpos, predicáron la insubordinacion á los soldados, les distribuyéron dinero, los llenáron de caricias, y los enerváron con toda aquella clase de placeres que podian extraviarlos y pervertirlos. Estos infelices soldados engañados, seducidos y ciegos, no salian de las tabernas y de los brazos de las prostitutas sino para entregarse á los excesos de la rebelion. Desconociéron, insultáron, y aún aporreáron á aquellos de sus gefes que querian contener un desórden del qual preveían las resultas mas funestas.

La presencia de estos gefes (que podian llamarse el honor y la gloria de las banderas francesas) los incomodaba, y como entorpecian sus operaciones y sus plazas estaban prometidas, era necesario deshacerse de ellos; é inmediatamente los oficiales jacobinos los rodeáron de tantos asesinos, que para poner en salvo su vida se viéron precisados á huir de una patria, que en pago de la sangre que ha-

bian derramado por ella, no les ofrecia si no el oprobio ó la muerte.

No faltáron pretextos á los orleanistas para justificar á los ojos del público las horribles persecuciones que excitaban contra los oficiales fieles. Tan pronto decian que se habian negado á prestar el nuevo juramento decretado para las tropas; tan pronto que se habian negado á entregar las masillas á sus soldados, ó bien que les impedian que entrasen en la sociedad de los jacobinos. Estas diversas acusaciones se presentáron con el artificio mas pérfido, y de modo, que persuadiéron á los que no sabian, ó no querian profundizar ninguna de estas máximas, que toda la lealtad y todo el patriotismo estaba de parte de los oficiales orleanistas.

Insensiblemente se propagó este contagio de relajacion por todas las guarniciones, y se derramó tanto dinero, que Laclos y los dos hermanos Lameth espendiéron solo en Metz mas de trescientas mil libras, y el baron

Davigneau distribuyó en Nancy mas de cien mil: era capitan del regimiento del Maestre de campo, y Orléans le habia prometido la plaza de comandante de su cuerpo, que obtuvo con efecto. Este oficial jacobino fanático, sublevó á los soldados de su regimiento, y á los del Rey y del Castillo viejo. Los carabineros fuéron tambien tanteados en su fidelidad. El baron de Malseigne, oficial lleno de valor y de energía, los contuvo largo tiempo en su deber. Pero habiéndose ofrecido cien luises al que le cortase la cabeza, fué atacado de repente, y defendido por una parte de su cuerpo contra la otra. Corrió los mayores peligros, hizo acciones verdaderamente heróicas, y logró, haciéndose paso por entre los asesinos con la espada en la mano, poner su vida en salvo.

En Nantes d'Hervilly fué herido por sus mismos soldados; los del regimiento de Provenza quisiéron ahorcar á sus oficiales; los del Turena volviéron sus bayonetas contra el vizconde

de Mirabeau (1) su coronel, que se defendió con una intrepidez sin exemplo, y se salvó llevándose para confusion y vergüenza de sus soldados la tela de sus banderas, evitando de este modo que las profanasen. Saillan en Perpiñan fué sitiado por tres mil infantes, que no pudiéron apoderarse de él.

Aquellos cuerpos, que en medio de este frenesí permaneciéron puros, estuviéron en Francia como en pais enemigo. Los oficiales orleanistas los amenazaban todos los dias de hacerlos

(1) Bonifacio Riquety vizconde de Mirabeau, y hermano del conde del mismo título, sirvió con honor en la América. Nombrado diputado de los estados generales por la nobleza de Limoges, fué uno de los que se opusiéron con mayor teson á la reunion de los tres órdenes. Declamó contra la ocupacion de los bienes eclesiásticos y el abuso de las pensiones, declarándose por la libertad de conciencia, y defendiendo despues á los parlamentos de Metz y Rennes acusados de *incivismo*. Emigró de Francia: se reunió al príncipe de Condé en Polonia con una legion que habia levantado, y murió en Friboung Brïsgaw.

atacar por sus soldados. Hubo cuerpos intactos que pasáron muchas noches sobre las armas. El regimiento suizo Ernesto fué reformado, desarmado, y precisado á regresar á Suiza sin armas ni municiones. Los trece cantones suizos viéron esta violacion escandalosa del derecho de gentes y de los tratados que ligaban á la Francia con ellos, sin pedir ninguna suerte de satisfaccion. Los orleanistas juzgáron desde entónces, que les sería facil hacer impugnemente á los demas toda clase de afrentas.

La armada naval no se esceptuó de las intrigas que la faccion hacia circular en el exército de tierra. En Tolon el conde d'Albert de Rioms, gefe de esquadra, y uno de los mejores oficiales de marina de su siglo, estuvo á pique de ser arrojado al mar por los marineros de su tripulacion, que capitaneaba Bernardotte (1).

Lo que dexo dicho basta para dar

(1) En el dia príncipe real de Suecia.

una idea de la subversion de los exércitos de mar y tierra, pues contemplando el triste efecto de las maniobras de Orléans, todo militar, oficial ó soldado aprenderá que su suerte depende de su fidelidad y de la observancia exâcta de la disciplina; se convencerá asímismo de que un guerrero que olvida lo que debe á su honor y á su juramento, se cubre de desprecio, se pierde él, y precipita á la patria en desgracias espantosas. ¡Qué multitud de desórdenes y de calamidades no ha engendrado la seduccion practicada por Orléans entre los guerreros!

Los que desde el principio de la formacion del club de los jacobinos contribuyéron mas á la ruina del estado, y auxîliáron las maniobras de Orléans para corromper los exércitos, fuéron el conde de Mirabeau, Turreau (1),

(1) Turreau es hijo de un lacayo del último duque de Bouillon. Antes de la revolucion se sostenia con el juego y la estafa, servia en el regimiento del Castillo viejo despues que empezó aquella, y contribuyó á la

Ney (1), Vandamme (2), Villeneu-

seduccion de su tropa, lo qual le valió el grado de general de brigada. En 1793 marchó á la Vendée baxo las órdenes de Santerre. Al año siguiente fué hecho comandante en gefe, en cuya época dexó desierta por el fuego y el hierro la Vendée, una de las mas populosas provincias de la Francia, lo qual, le adquirió el renombre de *Caballero de la guillotina*. Quando murió Robespierre estaba de gobernador en Bellisle, en donde lo prendiéron como terrorista, y fué encerrado en Duplessis hasta la amnistía general de 1795. En el dia es del número de los generales de Buonaparte.

(1) Ney es hijo de un sastre de Sarre-Luis, donde nació en 1765. En 1790 era vendedor de tabaco, y para librarse de la importunidad de sus acreedores sentó plaza en el regimiento de Alsácia. Contribuyó infinito á la indisciplina de la tropa, y se distinguió por las arengas que hacia á los soldados y que habia aprendido entre los jacobinos de París. Esta conducta le valió el grado de ayudante general. Su adulacion y rapiñas le grangeáron despues la amistad de Buonaparte y el baston de mariscal.

(2) Vandamme, barbero é hijo de barbero en el antiguo régimen, sentó plaza de soldado y estuvo para ser ahorcado por ladron; pero la humanidad del juez le volvió á la sociedad de que debió haber sido segregado,

ve (1), Gautheaume (2), Dumouriez,

contentándose con marcarlo en las espaldas y enviarlo á galeras, de donde volvió al principio de la revolucion y se hizo jacobino. Sirvió en la relaxacion de las tropas con un éxito infernal: Buonaparte le admitió á su corte y le confió el gobierno de Lila y de la antigua Flándes en premio de sus robos y asesinatos, con los que se supo procurar ocho millones de libras tornesas; de estas las seiscientas mil en oro, y lo restante en joyas; fortuna bien digna de un barbero y forzado de galera.

(1) Villeneuve, era teniente de la marina llamada real ántes de la revolucion; pero ni sus principios ni el exemplo de sus antepasados le impidiéron seguir las banderas de la rebelion, con cuyo motivo los jacobinos le hiciéron capitan y despues almirante. A este mismo le es deudora nuestra nacion de la pérdida del navío la *Trinidad* y de las demas desgracias de aquella batalla, pues precisó á Gravina á que la presentase en las aguas de Trafalgar á pesar de la contrariedad de los vientos, y ventajosas disposiciones del almirante Nelson.

(2) Gautheaume ántes de la revolucion era contra-maestre de un buque mercante, pero por la destruccion de la marina real entró al servicio de la república, y en atencion á lo que contribuyó para corromper las tropas fué nombrado almirante en 1796. Fué

Massena (1), Saint-Cyr (2), los du-

el mismo que con una esquadra de fragatas transportó al mulsumam Buonaparte desde el Egypto á la Francia, cuyo servicio le recompensó aquel en su consulado con el empleo de consejero de estado y comandante de Brest.

(1) Massena nació en la Cerdeña, de cuyas tropas desertó á las republicanas para aumentar el número de los apóstoles del jacobinismo frances. Sus servicios le valiéron en 1793 el empleo de general de brigada. En 1796 sirvió á las órdenes de Buonaparte en la Italia, en donde se distinguió tanto, que llegó á mandar en 1798 aquel exército. Sus robos obligáron al Directorio á que lo llamase á la Francia; pero Buonaparte lo restableció despues en aquel mando, y á no ser porque nunca le dá el tratamiento de *Magestad*, seria algo mas que mariscal de la Francia.

(2) Saint-Cyr es oficial de talento y distincion. Al principio de la revolucion era porta-estandarte, y en 1795 ya mandaba como general de division en el exército del Rhin, gracias á su poca delicadeza en fomentar la insurreccion de las tropas contra su rey. Sirvió de mucho á Moreau en su famosa retirada, quien aseguró haberse salvado parte del exército republicano por su pericia. En la paz de Luneville fue hecho consejero de estado, y en el dia es mariscal.

ques d' Aiguillon, de Biron, y de Crillon, Barnave, Laclos, Dubois-de-Crancé, Valence, y los tres hermanos Lameth. Estos últimos son mil veces mas delincuentes que los demas cómplices de Orléans, porque faltando á su deber, no solamente han violado la religion del juramento, si no que diéron el funesto exemplo de contar por nada el derecho santo del reconocimiento.

Los infelices no poseían ni tenian nada que no lo debiesen á la liberalidad del rey y de la reyna. Nacidos en un estado completo de indigencia les eran deudores de sus bienes, de sus empleos, de la comodidad de sus parientes, y en sentido riguroso, hasta de los vestidos que los cubrian. Es incomprehensible cómo estos monstruos de ingratitud no se horrorizaban de sí mismos.

Las mugeres tambien se mezcláron á esta obra infernal. Así es que desde los primeros dias de la revolucion se vió la duquesa d'Aiguillon y á la baronesa de Staël, hija de Necker,

recorrer los quarteles de los guardias francesas, y por sus manos emborrachar á los soldados con aguardiente. Esto tambien persuade á la generacion actual que Necker era de la faccion de Orléans, porque si no fuera orleanista ¿hubiera permitido que su propia hija se transformase con aquella imprudencia en vivandera para servir á este príncipe? A imitacion de estas se vió despues á la marquesa de Sillery, llevando consigo á la hija del duque de Orléans, recorrer las diversas guarniciones, arengar á los soldados, tomar con ellos el ayre y modales de una prostituta, y distribuirles el oro de Luis Felipe José.

Estas diversas insurrecciones hiciéron derramar la sangre por todas partes, y en Nancy corrió á torrentes. Orléans, fiel á su sistéma de impostura que consistia en atribuir al rey sus propias prevaricaciones, le hizo acusar por todos los periodistas que le tenian vendidas sus plumas, de haber excitado estos levantamientos que armaban

á los soldados contra los oficiales, y á los cuerpos unos contra otros. Segun estos calumniadores el rey, cuya exîstencia reposaba en la fidelidad de las tropas, era quien sembraba en los exércitos el gérmen de la insubordinacion, él era el que habia querido la subversion de los guardias francesas, quien habia pagado al regimiento de Flándes para que lo abandonase y lo entregase á los vandoleros y asesinos de Orléans, él era quien en Nancy habia dado cien luises para que los facinerosos degollasen al baron de Malseigne, uno de sus mejores oficiales.... Pero hay tantos absurdos en estas relaciones, que sería insultar á los lectores si me hiciese molesto para hacerlos sensibles. Sin embargo aquella porcion del público que sea por malicia, sea por pereza, ó por envidia, está siempre inclinada á crrer lo que es mas inverosímil, daba crédito á estas atroces imposturas.

De este modo Orléans consiguió sublevar casi todos los regimientos

en su favor. Su mansion en Lóndres, y las intrigas y servicios que le hacian los jacobinos, no perjudicaban á sus intereses. Tampoco él estaba ocioso: hacia personalmente en Inglaterra, y por sus agentes en Holanda, nuevos empréstitos. Todo este dinero venia á parar á la caxa de los jacobinos, y no salia si no para pagar las insurrecciones, bien fuesen entre el pueblo ó entre los soldados.

Lo que pone á este conspirador sobre todos los que le precediéron, es la vasta extension de sus proyectos infernales. Se podia decir que queria usurpar todos los tronos; pero no era esto lo que él queria, deseaba solamente enardecer y abrasar á toda la Europa. Se prometia que quando se hubiera colocado en el lugar de Luis XVI, todos los reyes y principalmente los de la casa de Borbon, mirarian la causa del rey destronado como la suya. Entraba pues en sus designios, que en el momento en que quisiesen declarar la guerra al usurpador, fue-

sen contrariados en sus disposiciones por los levantamientos populares que él excitaria por medio de sus agentes. Una parte de su dinero y sus esfuerzos se empleáron en encender esta insurreccion general.

No entraré en los pormenores de esta admirable conspiracion; diré solamente, que en Inglaterra no tuvo mal éxîto, y por lo que hizo en el pueblo de la Gran-Bretaña se puede deducir el que tuvo en las demas naciones. Hizo de su partido, mientras permaneció en Lóndres, á milord Stanhope y al doctor Price, miembros principales que eran de una *sociedad* que se titulaba *de la Revolucion*. No tenia otro objeto esta sociedad que fomentar y continuar la revolucion que habia derribado á Jacobo II del trono de sus abuelos. Orléans hizo de aquella agregacion una verdadera sociedad de jacobinos: la puso en correspondencia con el tribunal de Pesquisas de la municipalidad de Paris, con la de los jacobinos, y en fin con la

asamblea nacional, á la qual dirigió una carta en los términos siguientes.

"La sociedad felicita á la asamblea nacional de Francia de la revolucion que se efectúa en París; no puede dexar de desear con ardor la feliz conclusion de una revolucion tan importante, y manifestar al mismo tiempo la satisfaccion extraordinaria que experimenta al contemplar el exemplo glorioso que dá la Francia. Esta sociedad acuerda por unanimidad de votos invitar al pueblo ingles á establecer sociedades en todo el reyno para apoyar los principios revolucionarios, formar correspondencias entre sí, y establecer por este medio una union concertada con los amigos de la libertad."

Este acuerdo fué executado: se estableciéron sociedades de jacobinos en varias ciudades de Inglaterra, Escocia é Irlanda.

Orléans supo igualmente interesar á su favor á la mayoría del partido que llamaban en Inglaterra de

la oposicion. Fox, uno de los oráculos de aquel partido, estuvo constantemente adicto á Orléans; y fué hasta la muerte el protector declarado de todos los franceses que pertenecian á la faccion de este príncipe.

Haré aquí una observacion que prueba que desde los primeros dias de la revolucion, el partido de Orléans en Inglaterra era considerable y poderoso. Es evidente que este príncipe no habia podido exportar la mayor parte de los granos al territorio ingles si no á la sombra de los agentes británicos; ni hubiera podido hacer las compras, los cargamentos y los almacenages sin la asistencia de varias casas ricas de la Gran-Bretaña. Es dificil creer, que teniendo los extrangeros relaciones de esta especie con el primer príncipe de la sangre, no entreviesen sus miras ulteriores, y no hubiesen tenido un deseo secreto y formal de ver la execucion. Pero nótese aquí un hecho que demuestra todo el crédito y valor que la fac-

cion de Orléans tenia en Inglaterra.

En el mes de mayo de 1789 era notorio en toda la Europa que la Gran Bretaña abundaba en granos. Luis XVI, que preveía todos los desastres que iba á producir en su reyno la penuria que afligia á su pueblo, pidió en su propio nombre al ministerio ingles que se le permitiese comprar en Inglaterra veinte mil sacos de trigo: éste era un módico socorro. El ministerio contestó que no podia acceder á aquella peticion sin consultar al parlamento. MM. Pulteney, Walson, Wilberforce, el mayor Siot, y otros miembros, lo apoyáron con mucho teson y generosidad; representáron que la humanidad tanto como la vecindad exîgian imperiosamente que otorgasen este socorro; la mayoría iba á concederlo, quando M. Pitt disuadió con mucha eloquencia al parlamento de esta exportacion, y obtuvo que la súplica fuese remitida al consejo privado. Antes habia querido pasase al parlamen-

to, y quando lo vió inclinado á acceder á la solicitud de Luis XVI, deseó que pasase al consejo para evitar su decision. De las deliberaciones del consejo privado resultó la formacion de una junta parlamentaria, en la qual se votó por la negativa de la extraccion de los veinte mil sacos de trigo.

No solamente no permitiéron la exportacion, sino que se resolviéron á negarlo con tal teson, que redoblároron la vigilancia marítima para impedir un contrabando ó fraude que pudiese eludir la denegacion. Así es que la Inglaterra aumentó sus granos con los de Francia, y rehusó con la mayor crueldad al desgraciado Luis XVI una pequeña parte de la subsistencia que habian robado á sus pueblos. Esta negativa dexó exercer al hambre sus estragos, y de ella nació la insurreccion del 14 de julio y las prevaricaciones y crímenes del 5 y 6 de octubre.

La Inglaterra tan cruel para Luis XVI vió sin emocion en el mes de

octubre siguiente al duque de Orléans hacer salir de su seno todos los granos que habia depositado en él. Parece pues que debe concluirse de estas diversas particularidades que habia en Inglaterra un partido, cuyo interés secreto se ligaba con la causa de la pandilla de Orléans. Estos son los hechos que debo referir, porque pertenecen á la historia que escribo: al lector toca pronunciar sobre las consecuencias que me parece pueden deducirse naturalmente.

Los gérmenes de revolucion que los orleanistas habian sembrado en las demas regiones de la Europa, se han desenvuelto con mas ó ménos malignidad, y en ninguna parte se han sofocado enteramente. Los movimientos de Berlin, el desmembramiento de la Polonia, las disensiones de Holanda, la insurreccion de los pueblos de Lieja, el levantamiento de los Paises Baxos contra su legítimo soberano, y la inmovilidad de la Suiza: todos estos sucesos y agitaciones son

obra de aquella exêcrable faccion que creía tener necesidad de la desolacion del universo para que su gefe reynase pacíficamente en Francia.

El asesinato de Gustabo III rey de Suecia acaecido por las intrigas de los facciosos de Francia, de un modo que merece referirse, prueba todo lo dicho. Estando cenando Gustabo III en en la noche del 16 al 17 de marzo con algunos sugetos á quienes habia convidado, recibió una carta anónima escrita en frances, en la que le avisaban que no se presentase en la sala del vals porque en ella debia ser asesinado. El rey manifestó la carta á los convidados, dixo algunos chistes sobre su contenido á pesar de las instancias y súplicas de aquellos, se dirigió al vals enmascarado, y entró en la sala llevando de brazero al baron d'Essen su escudero. Apénas habia dado por ella dos vueltas quando se encontró comprimido de todas partes por la multitud: entónces le disparáron un pistoletazo á los riñones, y al mismo tiem-

po la sala se llenó de humo, y los gritos de *al fuego* aumentáron la confusion en que se hallaban por el accidente del rey. Este, por un movimiento que hizo, no recibió mas que una parte de las postas con que estaba cargada la pistola que debia matarlo al instante: se apoyó sobre un banco y mandó cerrar las puertas, y que se quitasen la máscara todos los que se hallaban en ella. El asesino despues de haber cometido su crímen habia dexado caer las armas, que recogió del suelo un oficial de los del séquito del rey. Todos quantos estaban en la sala al salir de ella iban diciendo sus nombres; el último que salió fué el asesino, y tuvo la desvergüenza de decir al superintendente de policía al pasar por delante de él: — Creo que no sospechais de mí?

Al dia siguiente este malvado fué descubierto por un armero que reconoció las pistolas, y designó la persona que se las habia comprado. Esta se llamaba Ankarstroën: era un hidalgo

sueco que habia sido oficial de las guardias : reconoció tambien las pistolas y confesó su crímen con resolucion. — "Estoy cansado de vivir, añadió, hace mucho tiempo que he concebido y meditado mi proyecto ; estaba cierto de recibir una magnífica recompensa, ó de morir con el consuelo de haber hecho un servicio señalado á mi patria." Tambien manifestó el plan de la conspiracion y el nombre de los principales gefes de ella, los que aseguró haberle ofrecido quarenta y ocho mil rixdalers. Los conjurados se proponian asesinar á algunos nobles adheridos al rey, para lo qual contaban con el apoyo de varios regimientos que debian precisar al príncipe real de Suecia á firmar una constitucion nueva, conforme al gobierno que exîstía ántes de la revolucion de 1772.

El mismo dia que se prendió á Ankarstroën, fué detenido al salir del quarto del rey el autor de la carta anónima: se llamaba Lilliénhoru, y confesó que se habia adherido á la conju-

racion con la esperanza de obtener despues de la revolucion el grado de comandante de la guardia nacional de Stockolmo. Gustabo III murió de resultas de sus heridas á las once de la mañana del 19 de marzo de 1792, á los quarenta y dos años de su edad.

No todos los que sirviéron al partido de Orléans, así naturales como extrangeros, creyéron que trabajaban eficazmente por él; pero porque no lo creyesen, no es ménos cierto que lo servian verdaderamente. Tambien es indudable que los gefes y principales agentes, que por todas partes pusiéron á la turba en movimiento, eran hombres afectos á Orléans é iniciados en sus secretos.

Tampoco se puede dudar que los manejos de este príncipe no se limitáron á la Europa. Se encuentra una prueba auténtica en la Memoria que Necker publicó para dar cuenta á la nacion francesa de los esfuerzos y de las sumas que costaba al rey el abastecimiento del reyno. En esta Memo-

ria se dice, que un convoy considerable de granos que venia del extrangero por cuenta del gobierno, fué atacado en el mediterráneo por los berberiscos, y que varios buques se habian perdido. Este revés tan aflictivo por las circunstancias en que se encontraba la Francia, parecia con razon al ministro tanto mas extraordinario, quanto que hasta aquel momento habian respetado el pabellon frances. El tiempo ha aclarado este misterio: se habian movido á hacer al pueblo aquel insulto por medio de los agentes orleanistas, que creían tener el mas alto derecho para matarlo de hambre. Así es que no se puede decir hasta adónde extendió el príncipe sus miras de la conjuracion, ni calcularse nunca todo el mal que ha producido.

Los diaristas ingleses se fatigaban en conjeturar sobre el viage y el objeto de la mansion del duque de Orléans en Lóndres. No conocian, ó fingian no conocer el verdadero mo-

tivo. Hé aquí lo que se leía en la mayor parte de los papeles públicos de Inglaterra, de los quales estába llena la Francia.

"Es indudable que la ausencia del duque de Orléans ha difundido sobresaltos en el partido patriótico, que le miraba como á su gefe. Consideran esta ausencia como un abandono del partido que ha sostenido desde luego. Esta idea ha mudado de tal modo la disposicion de los ánimos, que las principales personas de su partido no temen adherirse al contrario, quando entre tanto el pueblo desconfia de todos. Aquellos que no creen que el duque tiene negocios políticos que tratar en Lóndres, miran la asercion de M. de Montmorin en la asamblea nacional (que motivó la partida del duque) como un medio ideado para dar un pretexto honroso y plausible á un viage, cuyo objeto era hacer salir al duque del reyno. Los que creen que el duque está realmente encargado de alguna ne-

gociacion importante en Inglaterra, están muy conmovidos por el secreto de ella: temen que el duque haya sido ganado por la corte, y que su mision sea la de tratar con la Gran Bretaña para obtener socorros á efecto de restablecer el poder de la corona. Por lo demas cada conjetura sobre esta ausencia no hace mas que aumentar los temores de los patriotas, y difundir entre ellos la semilla de la audacia y de la discordia."

Fácil es de comprender, que estas reflexiones no se habian difundido en el público, si no para obligar á Orléans á que no privase por mas tiempo de su presencia al partido que parecia haber abandonado. El autor del papel intitulado *Daily Advertiser* procuró tambien alarmar al príncipe sobre la interpretacion que sus partidarios podrian dar á su ausencia.

"Es muy extraordinario, decia, que el duque de Orléans haya elegido el momento presente para venir á Inglaterra. En el principio de las agi-

taciones de Francia, pareció ser uno de los mas celosos partidarios del pueblo, cuya opinion se grangeó por los esfuerzos gloriosos que hizo en favor de su libertad. Como verdadero patriota debia haber trabajado en debilitar el ardor que habia excitado, empleando su sabiduría, su experiencia y su autoridad para el complemento de una constitucion que debe dirigirse á establecer los derechos del pueblo y asegurar irrevocablemente su poder. Alexándose de Francia en un tiempo, en el qual sus servicios políticos la eran mas necesarios, es de temer que el duque de Orléans dé lugar á las sospechas y á las acusaciones mas perniciosas que podrán producir la envidia y la malignidad. El por-venir solo podrá probar que su conducta ha sido fundada sobre principios, que ni le darán derechos á la adhesion del rey, ni al reconocimiento del pueblo."

El duque de Orléans, á mi parecer, debia haber hecho punto de ho-

nor persuadir al público, que con efecto estaba encargado de una mision honorífica y muy importante cerca del gabinete de S. James; pero este cuidado jamás le inquietó. Se ocupó solo, como lo tenia de costumbre, en el juego, en la mesa, en el desórden, en corridas de caballos y en todas aquellas vanas diversiones, cuya continuacion y ruido le impedian oir el grito de su conciencia. Su primera visita fué al príncipe de Gales que vió en Carleton. No se habló mas que de diversiones. El príncipe de Gales le volvió la visita, pero insensiblemente esta amistad se resfrió y se rompió para siempre.

Tambien habia sido necesario que Orléans, para salvar las apariencias y llenar el objeto de su pretendida mision, fuese introducido á la audiencia del rey de la Gran-Bretaña. Con efecto el embaxador de Francia en Lóndres lo presentó al monarca. Lo que sucedió en esta entrevista convenció á todo el mundo de que por

una parte y otra se representaba una comedia. Se dixo y aseguró que Jorge III no solamente no habia dirigido la palabra al príncipe, pero que ni aún lo miró. El acogimiento que le hizo la reyna no fué mas satisfactorio. Cada vez que se presentó en la corte, mientras estuvo en Lóndres, recibió del rey y de su augusta esposa todas las señales de desprecio, que aunque cubiertas con el velo de la política, eran muy inteligibles.

El juicio de un rey y de una reyna que, sobre uno de los primeros tronos de la Europa, han trabajado de concierto en asegurar el imperio de las buenas costumbres y la felicidad de sus vasallos por el exemplo y el exercicio de las mas bellas y puras virtudes, bastaria solo para determinar la opinion que la posteridad debe formar del papel que Orléans representó en su patria. Este juicio servirá tambien de regla á la conducta que tuviéron con este príncipe los hombres de las mejores casas de In-

glaterra, y aún aquellos plebeyos que se adquiriéron nociones ciertas de las verdaderas miras de los motores de la revolucion. Orléans no tuvo amistad mas que con algunos nobles del partido de la oposicion. La mayor parte del pueblo ingles le veía no solo con desprecio, sino tambien con horror, acusándole altamente de haber sido el autor de los atentados del 5 y 6 de octubre. Cada vez que se presentaba en un teatro ó fiesta pública, los expectadores le obligaban á proferir el grito de bendicion que el pueblo ingles pronuncia á su rey: *God save the king*. Semejante grito era ciertamente una injuria para el príncipe que habia puesto en peligro los dias de su rey.

Estos testimonios poco equívocos del horror que inspiraba, le obligáron al fin á renunciar á todos los placeres en que se encontraba el pueblo. Vivia solo con sus criados, y algunos ingleses, ó seducidos, ó cómplices, ó interesados en fomentar su ruina y la de la Francia. Precisado á

ocultarse de la vista del pueblo, se le hacía ya insoportable su permanencia en Inglaterra, y juró, si llegaba á abandonarla, de no volver á una nacion que empezaba á anunciarle el juicio que contra él pronunciaria Dios y la posteridad.

Así es como la impaciencia de Orléans de volver á París era igual á la de los conjurados, que lo deseaban para no perderlo mas. Temian las conquistas que el rey y la reyna podian hacer entre los parisienses y los demas vasallos: pensaban que nada era mas propio que la presencia del príncipe para impedir que los franceses se adhiriesen á la familia real, y esperaban que estando entre ellos encontrarian medios para turbar aquella armonía, y que reunirian todos sus esfuerzos para hacerla imposible.

Otra consideracion mucho mas importante los impelía tambien á apresurar el regreso del príncipe. Como era él por quien la pandilla excitaba diariamente nuevos desórdenes, importaba que

estuviese presente en el momento en que debia recogerse el fruto. Es verdad que las insurrecciones no eran mas que parciales, desde que no tenian el manejo de las subsistencias; pero no por eso dexaban de discurrir que las sediciones de que pudiese emanar la pérdida del rey con su familia los envolveria; y para obscurecer sus maniobras obligarian al príncipe á manifestarse al pueblo en el mismo instante en que debia empezar una nueva dinastía.

Luis XVI por su parte viendo que la ausencia del príncipe no producia ninguna tranquilidad, se persuadió que la agitacion de la capital y de las provincias no provenia si no de la opinion de que no respetaban á los miembros de la asamblea nacional, y que mantenia en el fondo de su corazon una fuerte aversion al nuevo órden de cosas que se preparaba. Imbuido en esta idéa se determinó á dar un paso, que renovó aquellos tiempos de agitaciones, en los quales En-

rique III se vió precisado á declararse gefe de los mismos malcontentos que le querian quitar la corona para pasarla á la cabeza del príncipe de otra casa.

Luis XVI no se declaró precisamente el gefe de los orleanistas, pero se entregó con entera confianza en los brazos de aquellos miembros de la asamblea nacional, que seguian el partido de Orléans. Creyó convencer por este abandono á los mismos incrédulos de la pureza de sus intenciones; y se lisonjeó de que por las palabras de paz que ibá á dirigir á la asamblea apartaria á todos sus miembros de la faccion del príncipe.

Parece que en la asamblea nacional nadie tenia noticia de la determinacion del rey. En medio de una deliberacion, Bureau de Puzy que la presidia, recibió el villete siguiente que leyó al instante en voz alta.

" Prevengo á M. el presidente de
» la asamblea nacional, que cuento pre-
» sentarme en ella esta mañana á las

»doce: deseo ser recibido sin cere»monia.—*Firmado.* = LUIS."

Cerca del medio dia de la asamblea envió treinta de sus miembros para ir á recibir al rey, que se presentó seguido de sus ministros. Apénas se oyéron las palabras de *ved aquí al rey*, quando los miembros de la asamblea, así como todas las personas de las galerías se descubriéron y mantuviéron de pie, Luis ocupó el lugar del presidente que se puso á su derecha. El monarca tenía un sillon, y el presidente una silla. Todos los ministros se colocáron detrás del soberano. Luis XVI se mantuvo de pie y descubierto, y á su exemplo todos los miembros de la asamblea, y los espectadores hiciéron lo mismo.

En esta aptitud, y despues de haberse inclinado un poco hácia la asamblea, pronunció Luis XVI un discurso que los vivos y sinceros aplausos interrumpiéron muy á menudo: empezó así.

"Señores, la gravedad de las cir-

„cunstancias en que se encuentra la „Francia me trae en medio de voso„tros. La relaxacion progresiva de to„dos los vínculos del órden y de la „subordinacion, la suspension ó la „inactividad de la justicia, los des„contentos que nacen de las priva„ciones particulares, las oposiones, los „ódios aciágos que son las resultas „inevitables de largas disensiones, la „situacion crítica de las rentas, y la „incertidumbre sobre la fortuna pú„blica, y en fin la agitacion general de „los ánimos; todo parece reunirse pa„ra sostener la inquietud de los ver„daderos amigos de la prosperidad del „reyno."

La importancia de este objeto, la incertidumbre en que se encontraban, y las resoluciones que iban á anunciarse, todo contribuía á mantener el mas profundo silencio; así es que todos permaneciéron inmobles, y fixáron su vista sobre el monarca temiendo perder una sola palabra. El rey despues de haber expuesto quanto habia

hecho personalmente desde que subió al trono por la felicidad de los franceses, dirigió á los representantes estas afectuosas palabras.

"Continuad vuestros trabajos sin »otra pasion que la del bien: fixad »siempre vuestra primera atencion sobre »la suerte del pueblo y la libertad pú»blica; pero al mismo tiempo ocu»paos en extinguir toda desconfianza »para que la prosperidad vuelva con »una alegría general, y calme las di»ferentes inquietudes que alejan de la »Francia tan gran número de ciuda»danos, cuyo efecto contrasta con las »leyes de seguridad y de libertad que »quereis establecer.... Es menester que »el nuevo órden de cosas se establezca »sin violencia y con tranquilidad, sin »esto el reyno se espone á todas las »calamidades de la anarquía...... Por »todas partes se ven esperanzas: de»seemos tambien ver la felicidad.

"¿Por qué fatalidad, exclamó mas »adelante el monarca, quando la cal»ma empezaba á renacer, nuevas in-

»quietudes se han difundido por las »provincias? ¿Por qué fatalidad se »entregan á nuevos excesos?.... Voso»tros, que teneis tantos medios de in»fluir sobre la confianza pública, ins»truid sobre estos verdaderos intereses »al pueblo que han extraviado, *á es»te buen pueblo que me es tan ama»do, y del qual me aseguran que soy »correspondido quando quieren conso»larme en mis penas.* Ah! Si él su»piese hasta qué punto soy desgracia»do á la noticia de un atentado con»tra las fortunas, ó de un acto de »violencia contra las personas, quizá »me evitarian este sentimiento."

Luis XVI tenia buen órgano, la voz sonora y muy flexîble, y pronunció estas últimas palabras con tal gracia y sensibilidad, que las lágrimas corriéron de todos los ojos. Estas palabras sobre todo, estas patéticas palabras: *A este buen pueblo que me es tan amado, y del qual me aseguran que soy correspondido quando quieren consolarme en mis penas*, penetráron en el fondo de

todos los corazones, y se graváron en la memoria de todos de tal suerte, que durante un mes casi todas las bocas las repetian con enternecimiento; no se encontraba á nadie, ni se entraba en una tertulia pública que no se oyesen recitar; si los ojos se fixaban en un diario ó periódico, allí se encontraban. Les parecia que ni Enrique IV, ni Trajano, ni Tito habian dicho una cosa mas amable, ni que fuese mas digna del reconocimiento de todo el universo. Llegó á tanto el respeto que tributáron á estas pocas palabras (que tenian alguna cosa de religioso), que en casi todas las provin cias propusiéron levantar una columna en que se grabasen con letras de oro. Tan cierto es que el pueblo, quando pérfidos agitadores no lo extravían, es siempre justo, sensible y reconocido. ¡Gran leccion para los que gobiernan! Nunca el pueblo se remueve por sí solo; es una masa que permaneceria eternamente en reposo si una fuerza esterior no la imprimiese el movimiento; pero

quando lo ha recibido una vez, se mueve de un modo tan rápido y extraordinario que parece no es posible volverlo al estado de inercia en que se hallaba ántes. Toda la vigilancia del gobierno debe fixarse sobre los que sin haber recibido de él mision alguna, procuran el levantamiento de aquella masa. Si es bueno é indulgente para la multitud, debe ser severo y rígido para los que le engañan. Vuelvo al discurso de Luis XVI.

Este príncipe se expresó así sobre las nuevas determinaciones que él hubiera tomado para asegurar quanto le fuese posible la vuelta y la seguridad del órden:

"Creo que ha llegado el momen-»to en que importa al interes del es-»tado que yo me asocie de un modo »mas expreso y manifiesto á la exe-»cucion y al éxito de todo lo que »habeis concertado para la prosperi-»dad de la Francia.... Que sepan por »todas partes que el monarca y los »representantes de la nacion los ha

»reunido un mismo interes y un mis-
»mo voto, á fin de que esta opinion,
»esta firme creencia esparcida en las
»provincias, difunda por todas ellas
»un espíritu de paz y de buen deseo...
»Yo mantendré, yo defenderé la li-
»bertad constitucional, cuyo voto ge-
»neral, de acuerdo con el mio, ha
»consagrado los principios. Haré mas:
»de concierto con la reyna, que tie-
»ne parte en todos mis sentimientos,
»prepararé las disposiciones y el co-
»razon de mi hijo al nuevo órden de
»cosas que las circunstancias han pro-
»ducido; lo acostumbraré desde sus
»primeros años á ser dichoso por la
»felicidad de los franceses, y á re-
»conocer siempre, á pesar del len-
»guage de los aduladores, que, una
»constitucion sabia le preservará de
»los peligros de la inexperiencia, y
»que una justa libertad añade nuevo
»precio á los sentimientos de amor y
»de fidelidad, de los quales la na-
»cion despues de tantos siglos dá á
»sus reyes pruebas tan afectuosas....

„¡Oxalá que este dia en que vuestro
„monarca viene á unirse á vosotros
„del modo mas franco y mas íntimo,
„sea una época memorable en la his-
„toria de este imperio! Lo será sin
„duda, como lo espero, si mis ardien-
„tes deseos, si mis incesantes exhor-
„taciones pueden ser una señal de
„paz y de concordia entre vosotros.
„Los que se aparten aún del espíri-
„tu de reunion que nos es tan nece-
„sario, háganme el sacrificio de to-
„dos los recuerdos que los afligen, que
„yo se los pagaré con mi reconoci-
„miento y gratitud. Desde este dia
„profesémos todos una sola opinion,
„un solo interes, una sola voluntad,
„la adhesion á la constitucion nue-
„va, y el deseo ardiente de la paz,
„de la felicidad y prosperidad de la
„Francia...."

Quando el rey hubo acabado este discurso la sala resonó con los aplausos. Bureau de Puzy, como presidente, dió al rey la respuesta siguiente:

"Señor, la asamblea nacional vé

con el mas vivo reconocimiento, pero sin admiracion, la conducta y confianza paternal de V. M. Olvidando el aparato y el fausto del trono, habeis sentido, Señor, que para convencer á los espíritus y conciliar los corazones de todos, bastaba que os manifestáseis en la simplicidad de vuestras virtudes; y quando V. M. viene en medio de los representantes de la nacion á contratar con ellos el empeño de amar, de mantener y de defender la constitucion y las leyes, temería, Señor, debilitar si pintase los testimonios de la gratitud, del respeto y del amor que la Francia debe al patriotismo de sus reyes; pero abandono la expresion al sentimiento, seguro de que en esta circunscia sabrá bien inspirarlo él solo á los franceses."

Al retirarse el rey fué lleno de bendiciones. Despues se habló de diferente modo sobre esta sesion real; pero es cierto que entónces el entusiasmo fué universal, y que no hubo

durante aquel instante en toda la asamblea mas que un mismo espíritu y un mismo sentimiento. Realistas, imparciales y orleanistas se confundiéron y manifestáron los mismos deseos que el rey. Entre estos últimos el baron de Menou propuso dar gracias á Luis XVI, y todos los jacobinos apoyáron la mocion. Entre los imparciales el conde de Clermon-Tonnerre, exclamó: "Propongo que el presi»dente siga al rey para asegurarle, »que estamos aquí reunidos con él »de corazon, por adhesion y por afec»to." Todos los imparciales se levantáron, y aceptáron con transporte la proposicion. En fin entre los realistas el marques de Foucault, uno de los mas ardientes de ellos, pidió que se enviase al instante á todas las provincias un expreso con los sentimientos que habia manifestado el rey, á fin de que fuesen adoptados por todos los franceses, como lo habian sido por todos los miembros de la asamblea. No hubo un realista que

no apoyase la mocion, asegurando firmar el expreso circular.

Habiendo pedido despues Goupil de Préfeln que cada uno de los individuos prestase el juramento cívico, como él lo llamaba, todos los miembros de la asamblea y todos los espectadores le prestáron con entusiasmo. El juramento estaba concebido en estos términos: "Yo juro ser „fiel á la nacion, á la ley y al rey, „y de mantener con todo mi poder la „constitucion decretada por la asam„blea, y aceptada por el rey."

No hubo en la asamblea mas que dos exênciones: el abad de Montesquiou pronunció así su juramento: "Yo juro y prometo dar el exemplo „de extinguir todas las divisiones si „han podido exîstir en esta asam„blea."

De Leyris Desponchez, obispo de Perpiñán, se produxo en otro estilo: "Deseando, dixo el prelado, como „S. M. que la paz renazca, y esperan„do que la constitucion se perfeccio-

„nará en las legislaturas venideras, „juro, &c."

Una numerosa diputacion habia acompañado al rey á su palacio. La reyna teniendo de la mano al delfin, se presentó delante de ella, y la dirigió estas palabras:

"Tengo parte en todos los sen-„timientos del rey, y apruebo de co-„razon el paso que el amor ácia su „pueblo acaba de dictarle. Ved aquí „á mi hijo.... Yo le hablaré sin cesar „de las virtudes del mejor de los pa-„dres, y le enseñaré á respetar la li-„bertad pública y á mantener las le-„yes, de las quales me prometo será „el apoyo mas firme."

Esta conducta de la reyna acabó de llevar al mas alto grado el entusiasmo que habia producido la del rey: este entusiasmo fué general en Francia, y no hubo mas que un pequeño número de personas que se negaron á prestar el *juramento cívico*, en razon de que la constitucion no estaba aún creada, y que no podian li-

garse con una obligacion sagrada sin cónocer ántes toda su extension.

La conducta que Luis XVI tuvo en aquella ocasion fué vituperada despues hasta por los realistas: no debo hacer aquí la apología de este monarca; pero sin embargo no debo omitir la observacion de que los realistas apresurándose á prestar el juramento cívico, aprobáron por aquel acto solemne el paso de Luis XVI. Si retractan hoy el juicio que aprobáron entónces, y si condenan á Luis XVI, es evidente que se condenan á sí mismos.

Digo ademas, que en la situacion en que habian puesto al monarca no podia esperar vencer á sus enemigos si no á fuerza de sacrificios. Creyó, que declarándose el protector de la constitucion que iba á crearse, inspiraria á los legisladores un santo deseo de no adoptar mas que las leyes que caminasen directamente á la regeneracion de la patria. Pensó que adhiriéndose enteramente á la asamblea, y que contratando con ella una alianza solem-

ne é íntima, pondria fin á todas las divisiones, y quitaria todo pretexto de perseguir á aquellos que le habian permanecido fieles. Se lisonjeó al fin de que la manifestacion franca de sus sentimientos, y de su amor ardiente por el pueblo, daria algun pudor á aquellos diputados que se habian entregado á la pandilla de Orléans, y podria impelerlos á abandonar la causa de un príncipe, cuya deslealtad conocida, debia convencer á los artífices de la nueva constitucion que no tenian que prometerse nada de su proteccion.

La experiencia demostró que Luis se engañó; pero creo que la posteridad no le vituperará el haber ensayado el único recurso de que pudo usar. De qualquier modo que sea, su discurso á la asamblea nacional pareció desde luego haber producido felices y durables efectos. Los realistas y los imparciales conducidos por su exemplo á prestar el juramento, no produxéron ninguna expresion en su

contra, y esperáron en silencio las nuevas leyes que debian completar el código constitucional. El número pequeño de los miembros de la asamblea que no eran realistas, imparciales, ni orleanistas, deseó como el monarca que todos los partidos se reuniesen, y que las convulsiones de la Francia tuviesen un término. En una palabra se obró tal mudanza en el espíritu público, que los orleanistas temiéron mas que nunca el restablecimiento del órden y de la paz, pues las felices disposiciones en que el paso del rey habia puesto casi la totalidad del pueblo, los atemorizó.

Instruido Orléans de lo que pasaba en Francia, temió que su pandilla se arruinase enteramente si no iba á ponerse á su frente: los disgustos ademas que recibia todos los dias, y el tedio que le causaba su mansion en Lóndres, acabáron de determinarle á no hacer ningun caso de las órdenes que lo retenian. Esperando sus partidarios que executase su re-

solucion, que desde luego se tuvó muy secreta, hiciéron todo quanto estuvo en su arbitrio para allanarle los obstáculos. No cesáron de esparcir sospechas acerca de la sinceridad de las miras que el rey habia manifestado. Sus diaristas insinuáron que su confianza en los trabajos de la asamblea era aparente, y que no tenia otro objeto que adormecer la vigilancia de los patriotas y apartar la atencion de las medidas que se tomaban en lo interior del palacio para la ruina de la misma constitucion que habia jurado defender.

El modo con que probaban que no habia ninguna sinceridad en las promesas del rey, era tan extravagante, que debo referirlo para dar una idea de las locuras que se divulgáron y creyéron despues. Los escritores orleanistas hiciéron notar, que la misma tarde del dia en que Luis XVI habia jurado proteger la constitucion, recibió cubierto y sentado á la diputacion que fué á darle gracias en nom-

bre de la asamblea nacional. El hecho era cierto, pero se deducia simplemente que Luis XVI habia creido de su dignidad recibir y oir en aquella aptitud á algunos miembros de la asamblea, pero que de ningun modo reprobaba en su corazon las promesas que su boca habia pronunciado.

Cierta la faccion del retorno de su gefe, redobló su actividad para efectuar la entera sublevacion de las tropas, y por desgracia todas sus intrigas tuviéron un éxito infernal. Los jacobinos recurriéron á una de aquellas astucias que llamaban *una gran medida*. Acordáron que obligarian á la asamblea nacional á que diese un decreto, que mandase al exército de línea y á todas las guardias nacionales del reyno, que enviasen á París cierto número de diputados, los quales en su propio nombre y en el de sus cuerpos, prestasen en el campo de Marte el juramento cívico. El dia de esta ceremonia se fixó para el 14 de julio. Este era el aniversario del dia

en que los muros de la Bastilla se allanáron, y su guarnicion habia sido degollada.

La asamblea nacional, que no tenia otra voluntad que la del club jacobino, expidió el decreto que se la pedia. Los facciosos lo miráron como la escala de la elevacion del duque de Orléans al trono. Se prometiéron intrigar tanto y mover tales resortes, que los diputados elegidos serian, ó de los ya adictos á Orléans, ó al ménos dispuestos á echarse en sus brazos. De este modo el príncipe se hallaba sin esfuerzo alguno al frente de un exército numeroso, con el que se prometian proclamarle rey, y contra el qual el ignorante la Fayette no se atreveria á emprender nada.

Desde que obtuviéron aquel decreto, los revoltosos concibiéron las mas altas esperanzas, y tambien desde entónces decidiéron irrevocablemente que el principe vendria á Francia sin hacer misterio de su regreso.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

Esfuerzos de la Fayette para retener á Orléans en Inglaterra. El príncipe publíca una apología. Escribe á la asamblea nacional, y presta su juramento cívico. Tentativas inútiles de la faccion de Orléans para seducir á los federalistas. Manejos de Orléans para corromper á los jueces del Châtelet. Este tribunal declara haber lugar á su prision. Historia de este proceso y de sus resultas.

La admiracion de la Fayette fué grande quando supo que Orléans habia tomado la resolucion de regresar á Francia. El general, que no veía los peligros si no quando estaban encima, no habia sabido nada de los manejos que se habian tenido para ello. No conoció la determinacion de los conjurados hasta que fué pública. Ensayó

oponerse á la vuelta del príncipe; su honor estaba interesado por el juramento que habia hecho en casa del duque de Coigny, en la del conde de Montmorin, y en presencia del rey, de no habitar nunca la ciudad en la qual estuviese Orléans, y de no poner los pies en el palacio si venia á París.

Orgulloso ademas la Fayette con las adulaciones de muchos cortesanos y de algunos diaristas, y pensando de buena fé ser el ídolo de la guardia nacional, se creía tambien gefe de partido. Tenia su género de ambicion, imaginando que la asamblea nacional para consolidar la firmeza de sus trabajos le libraría si no el nombre, al ménos el poder de protector de la Francia. Se lisonjeaba que aquel título le duraria hasta que los pueblos se hubiesen acostumbrado al imperio de las nuevas leyes. De allí es, que él estudiaba principalmente en aumentar su crédito en la guardia nacional, halagar á los diputados que gozaban de

la opinion pública, á fin de convencer al pueblo que era de una necesidad indispensable dexar subsistir por algunos años un poder extraordinario que precisase al rey y á la nacion á someterse á las novedades constitucionales.

Estas disparatadas y ambiciosas idéas hacian que la Fayette mirase á Orléans como un ribal tanto mas peligroso, quanto que el pueblo parecia inclinarse á él con mas voluntad que ácia ningun otro gefe de partido. En la conducta que observó para que no viniese el príncipe á Francia, maniobró verdaderamente como un rey. Se desdeñó de recurrir á la autoridad de los ministros, y á la del monarca. Mirándose ya como protector de Francia, despachó en su propio y privado nombre un correo secreto al embajador frances en Lóndres. Este enviado, que era uno de sus ayudantes de campo llamado Voinville, recibió por órden que inclinase al embajador á que mandase á Orléans permanecer en Inglaterra. Este era un modo de conducirse

*

muy extraordinario; pero aún lo es mas que el embajador, que no debia obedecer si no al rey su amo, obedeciese á la Fayette. Con efecto el embajador acompañado de Voinville fué á casa del duque de Orléans, y le mandó de parte de la Fayette que no saliese de Lóndres.

El príncipe encontró este proceder tan nuevo, que disimulando la alegría que semejante mensage le inspiraba, rogó al embajador y al ayudante de campo que le asegurasen si le hablaban de veras, y en este caso se lo notificasen por escrito: lo hiciéron así, y lo que es mas, dexaron el original del escrito en manos del príncipe. Este entónces, riéndose á carcaxadas, se divirtió mucho á expensas del protector de Francia la Fayette, y concluyó diciendo al embajador y á Voinville que fuesen disponiendo los encargos que tuviesen que hacerle para Paris, en donde se prometia estar en pocos dias.

Creyó necesario, en virtud de los

avisos de los conjurados, hacerse preceder por una suerte de apología. Hay motivos para creer, aunque no se puede asegurar, que fué obra de Voidel, pues su estílo es lánguido y sus razonamientos miserables. Las intituláron: *Manifiesto de la conducta de M. el duque de Orléans en la revolucion de Francia, escrita por él mismo en Lóndres.*

En este escrito el príncipe adula á los ingleses, á los guardias francesas, á la asamblea nacional, á los jacobibinos á quienes designa baxo el nombre de patriotas, y en fin á los parisienses: de estos últimos dice, que *su conducta será la admiracion de las razas futuras.*

Habla con elogio de Syeyes, y del rey con veneracion. Rebate la acusacion de haber seducido á los guardias francesas, y otros muchos cuerpos militares, por este razonamiento: *Para que yo hubiese comprado los soldados era necesario que hubieran estado de venta, y es hacerles una injuria pensar de ellos semejante cosa.* Se es-

cusa de haber contribuido al movimiento que se hizo el 14 de julio, diciendo que la noche que siguió aquella jornada habia dormido en su palacio de Monceau, que está á un lado de París. Igualmente se escusa de haber influido de ningun modo en los peligros que corrió el rey el 16 en la casa consistorial de París, pues no habia sido de la diputacion que lo acompañó este dia.

Era menester que los autores de semejante rapsodia contasen extraordinariamente con la indulgencia de los lectores, para creer que mirarian tales aserciones como pruebas incontrastables de la inocencia de Orléans.

En quanto á los atentados del 5 y 6 de octubre exponia el príncipe, que si se habia dexado ver en el camino de Versalles entre dos caballeros, era porque éstos le acompañaban para que no lo insultasen. Confiesa que pasó en París la mañana del 5 de octubre, que se halló en Versalles en la del siguiente dia, y que estaba

en el palacio quando saliéron á advertir al público, que el rey con su familia iría á París.

Es digno de notarse que con motivo de los crímenes del 5 y 6 de octubre Orléans niega formalmente que hubo un complot para obligar al rey á huir, de donde deduce esta consecuencia: *No es á mí á quien esta calumnia ultraja, sino al rey y á la nacion*; y para probar su denegacion, añade: *Jamás el rey ha faltado á la confianza del pueblo, ni éste á la de aquél.*

Con respecto á la acusacion de aspirar á la regencia, ó al grado de lugar teniente general, se produce así: *La asamblea nacional seguramente decretará que un regente ó un lugar teniente será responsable; entónces aquel grado, á pesar de su eminencia, deberá excitar mas temor que ambicion.* Esto no era responder á la acusacion; al contrario era darla mas verosimilitud conviniendo que en la asamblea nacional se trataba de regencia, ó de un lugar teniente general.

En aquel escrito el príncipe confesaba la entrevista con la Fayette en casa del duque de Coigny; tambien aseguraba que habiendo llegado á Boloña un agente de París empeñó al pueblo para que no lo dexase embarcar. Acerca del verdadero objeto de su mision no dice nada, de lo qual se infiere que los conjurados lo hubieran descubierto sin misterio á ser un encargo real ú honroso.

Esta apología, bien léjos de amortiguar las sospechas que habia contra el príncipe, las aumentó en el concepto de todos los imparciales por la poca solidez con que estaba escrita. Aunque se esparció con gran abundancia, á poco tiempo cayó en el mas profundo olvido. Esta última consideracion es la que me ha determinado á presentar el extracto que se acaba de leer.

Luego que salió á la luz pública, el conde de la Touche canciller del príncipe, creyendo el momento favorable para allanar todos los obs-

táculos que se oponian á su regreso, subió á la tribuna de la asamblea nacional, y dixo:

"Voy, Señores, á hablar en nombre de Luis Felipe de Orléans : voy á leer una carta que estoy encargado de entregar á la asamblea con otros documentos."

Con este preámbulo toda la asamblea guardó el mas profundo silencio, y el conde de la Touche aprovechándole, leyó la carta siguiente:

Lóndres 3 de julio de 1790. "Espero, Señor, que á la mayor brevedad posible, y en mi nombre, expondreis á la asamblea nacional los hechos del manifiesto adjunto.

„El 25 del mes último he tenido el honor de escribir al rey, á fin de prevenir á S. M. que me disponia para restituirme á París ; mi carta ha debido llegar á M. de Montmorin el 29 del mismo. En su consecuencia me habia despedido del rey de Inglaterra, y fixado mi viage para hoy 3 de julio al medio dia ; pero esta maña-

na M. el embajador de Francia ha venido á mi alojamiento, y me ha presentado un Señor que dixo llamarse Voinville, ayudante de campo de la Fayette, enviado de París por su general el mártes 29 con una mision cerca de mí. Voinville me ha dicho en presencia del embajador, que la Fayette me prevenia que no me presentase en París; y entre varios motivos que no han podido fixar mi atencion, me ha manifestado uno mas importante, á saber, las agitaciones que fomentarían gentes mal intencionadas sirviéndose de mi nombre. El resultado del mensage y de la conversacion está certificado por el embajador de Francia en escrito, cuyo original conservo, y cuya copia firmada por mí incluyo adjunta. He debido suspender todo paso ulterior para no comprometer la tranquilidad pública, pero esto ha sido en la confianza de que la asamblea haya de arreglar la conducta que en esta ocasion debo observar, y pongo en su consideracion las

razones siguientes que apoyan esta demanda.

,,En la época de mi salida para Inglaterra la Fayette fué quien en nombre del rey me hizo la proposicion de que me encargase de la mision que S. M. deseaba confiarme. El asunto de la conversacion que tuvo conmigo con este motivo, está expuesto en el manifiesto de mi conducta que me proponia publicar despues de mi llegada á París; pero que este nuevo accidente me ha hecho tomar el partido de publicarlo al instante, como tambien de remitir el original á la secretaría de la asamblea.

,,En él se verá que entre los motivos que la Fayette me presentó para aceptar aquella mision, uno de los principales fué, á mi parecer, el de que mi ausencia, quitando todo motivo á los mal intencionados de servirse de mi nombre para excitar movimientos tumultuarios en París, el mismo la Fayette pudiese con mas facilidad mantener el órden y la tran-

quilidad de la capital. Mas sin embargo, aunque yo acepté aquella mision, la capital no se tranquilizó; y si con efecto los factores tumultuarios no han podido servirse de mi nombre para producirlos, no han temido abusar de él en veinte libelos para fixar las sospechas sobre mí.

Por último, ya es tiempo de saber quiénes son las gentes mal intencionadas para castigarlas ó reprimirlas: tambien lo es de saber por qué se valen de mi nombre con preferencia á otros para excitar movimientos populares, y por último que no me presenten mas esa fantasma sin darme un indicio de su realidad.

„Entretanto declaro, que desde el 25 del mes próxîmo pasado, mi opinion es que mi mansion en Inglaterra no es útil ni á los intereses de la nacion, ni á los del rey: que en su consecuencia miro como un deber ir á continuar mis funciones de diputado en la asamblea: que mi deseo personal es el que me impele á

ello: que la época del 14 de julio despues de los decretos de la asamblea parece llamarme mas imperiosamente, y á ménos que la asamblea no decida de un modo contrario y me haga conocer su decision, persisto en mi resolucion primera; y añado, que si, lo que no es de esperar, la asamblea dice que no há lugar á deliberar sobre mi súplica, podré concluir que ha tenido parte en todo lo que me ha dicho el señor de Boinville; pero que si no, debe considerarse como nulo, y mandar que no se me opongа obstáculo alguno para que vaya á reunirme con la asamblea nacional, de la qual tengo el honor de ser miembro. Os suplico, Señor, que despues que hayais hecho conocer estos hechos á la asamblea nacional, depongais en la secretaría de la misma el presente extracto firmado por mí, y que soliciteis la deliberacion de la misma sobre este objeto.

»Remito copia de esta carta á S. M. por medio de M. de Montmorin, y á

M. de la Fayette. = *Firmado.* = *LUIS FELIPE JOSE DE ORLEANS.*"

Todos despues de la lectura de esta carta calláron: los realistas que no estaban instruidos de lo que se habia maquinado para apresurar el regreso de este príncipe, no entendian nada, ni de la audacia de aquel enemigo de la patria, ni de la política del gobierno que dexaba volver á este incendiario. La Fayette que se hallaba presente subió á la tribuna sonriéndose, y manifestando por su serenidad y presencia de ánimo que le bastaba pedir la prolongacion del destierro de Orléans para obtenerlo, habló así:

"Señores, despues de lo que me ocurrió con M. el duque de Orléans en el mes de octubre, que no debo recordar á la asamblea por estar enterada de ello, he creido deber informar á M. el duque de Orléans, que las mismas razones que le habian determinado á aceptar su mision, podian todavía subsistir, y que quizá

se abusaria de su nombre para agitar la tranquilidad pública con algunas de las alteraciones, en que no tengo parte, y que todo ciudadano desea apartar del dia destinado á la confianza y á la felicidad comun.

»En quanto á M. de Boinville, residia en Inglaterra hacia seis meses: habia venido á pasar algunos dias aquí, y á su vuelta á Lóndres le encargué que dixese á M. el duque de Orléans lo que acabo de repetir á la asamblea.

»Permitidme, señores, que aprovechándome de esta ocasion, como encargado por la asamblea para velar sobre la tranquilidad pública, la manifieste con respecto á este objeto mi opinion particular. Quanto mas veo acercarse el 14 de julio, mas me confirmo en la idea de que debe inspirar tanta satisfaccion como seguridad. Este sentimiento sobre todo está fundado en las disposiciones patrióticas de todos los ciudadanos, en el celo de la guardia nacional pari-

siense, en nuestros compañeros de armas que llegan de todas las partes del reyno; y como los amigos de la constitucion y del órden público no se han reunido nunca en tan gran número, jamás tampoco serémos mas fuertes."

Esta débil arenga, y el modo lánguido y tortuoso de combatir al moderno Catilina, dá una idea del genio y del carácter de la Fayette, sobre todo, quando se reflexîona sobre la ventaja que le daban las pruebas que habia recogido contra su adversario. Las pocas palabras que pronunció en esta ocasion, manifiestan su poca disposicion para el grado que ambicionaba su temeraria presuncion.

Los orleanistas no tuviéron mucho trabajo en vencer semejante enemigo. "En el tiempo del antiguo régimen y baxo el despotismo, exclamó el duque de Biron, la sospecha sola podia impedir que un hombre permaneciese con tranquilidad en su patria, pero la libertad no permite estos ex-

cesos. M. el duque de Orléans ha sido zaherido y calumniado en veinte libelos. Encargado cerca de S. M. B. de una mision por el rey, pido que se le permita venir para justificarse y tomar parte en la alegría pública del dia grande que se prepara."

"Si todos aquellos, dixo Duquesnoy, contra los quales se han lanzado libelos, se hubieran ausentado de la asamblea nacional, estaria disuelta. M. el duque de Orléans lo ha hecho en virtud de la mision que le ha encargado el gobierno; nos dió parte en Versalles de ella, y se le concedió el permiso. Quando en la sala del arzobispado M. de Menou nos habló de la justificacion de M. de Orléans, declarásteis que no habia lugar á la deliberacion; y quando se ha tratado de permisos de ausencias de varios diputados, se ha pedido siempre pasar á la discusion del dia, y vosotros lo habeis decretado muchas veces. Yo pido tambien que pasémos á la discusion del dia"

Duquesnoy fué obedecido sin que ningun realista reclamase. Enviáron inmediatamente el decreto á Orléans que, como lo habia anunciado, lo tomó como una autorizacion para dexar la Inglaterra. No tardó en restituirse á París; el 6 de julio se leyó su carta, y el 11 por la tarde se presentó en la asamblea nacional. Todo su partido lo acogió con extraordinarios aplausos. Pidió que se le tomase el juramento cívico, subió á la tribuna, é hizo esta pregunta: ¿Permite la asamblea que la haga algunas observaciones antes de prestar mi juramento cívico?— Sí, sí, gritáron con transporte todos los miembros del lado izquierdo: entónces leyó el siguiente discurso.

"Mientras que por el permiso que me concedió la asamblea, y conforme á los deseos del rey, me he ausentado para evacuar una comision en Inglaterra, de la que me ha encargado S. M., vosotros habeis decretado que cada uno de los representantes de la

nacion preste individualmente el juramento cívico, cuya fórmula la habeis prescrito. Con este motivo, señores, me apresuré entónces á enviaros mi adhesion á este juramento, y hoy mismo vengo á renovarle en medio de vosotros. El dia se acerca en que la Francia va á reunirse solemnemente para el mismo objeto, y en el que no se oirán otras voces ni otros sentimientos que los del amor por la patria y por el rey. Por la patria, tan apreciable á los ciudadanos que han recobrado su libertad; por el rey, tan digno por sus virtudes de reynar sobre un pueblo libre, y de que enlace su nombre con la mas grande y mas feliz época de la monarquía francesa. En este dia, al ménos me lo prometo así, desaparecerán para siempre todas las diferentes opiniones é intereses particulares para reunirse á la opinion y al interes público. En quanto á mí, señores, que jamás he tenido otro voto que la libertad, pido con el mas escrupuloso exâmen discutais mis prin-

cipios y mi conducta en estos últimos tiempos. No puedo tener el mérito de ningun sacrificio, puesto que mis deseos particulares han sido siempre prevenidos ó seguidos de vuestros decretos, y hace mucho tiempo que llevo en mi corazon el juramento que mi boca vá á pronunciar en este instante."

"Yo juro ser fiel á la nacion, á la ley, y al rey, y mantener con todo mi poder la constitucion decretada por la asamblea nacional, y aceptada por el rey."

El príncipe fué extraordinariamente aplaudido por los jacobinos: su regreso los enagenó de alegría y las intrigas se renováron. Este era un momento muy á propósito para las miras del principe; nunca se pudo presentar á la cabeza de los conjurados á mejor ocasion. Infaliblemente hubiera obtenido la corona á poder conquistar la voluntad de el numeroso exército que de todas partes venia á Paris para prestar el juramento cívico en el campo de Marte. Si en vez

de confederarse para esta constitucion que debia morir al tiempo de nacer, se hubiesen confederado por Orléans, la suerte de la monarquía francesa se habia fixado quizá para siempre.

Pero el príncipe habia llegado demasiado tarde, y semejante obra de seduccion no podia consumarse en dos ó tres dias. Ademas la eleccion de los federados fué bastante buena: se mantuviéron sordos á las proposiciones que les hiciéron por el partido orleanista, y por el de la Fayette. Este, que como he dicho, tenia su género de ambicion, queria aprovecharse de aquella circunstancia para hacerse revestir de una suerte de dictadura que pusiese al rey en su dependencia, y que lo armase de una gran fuerza para proteger á los artífices de la nueva constitucion. Esta, de la qual nadie podia formar ninguna idéa, puesto que nadie la conocia aún, era su quimera. Oyó decir que el reyno no se tranquilizaria si no quando hubiese reconocido las nuevas leyes, y él queria permanecer hasta

aquella época revestido de toda la fuerza armada, á fin de que creyesen que sin él la mudanza no se podia efectuar nunca. Por eso se decia con satisfaccion y complacencia: *He excitado una revolucion en América: quando haya acabado la de Francia, iré á excitar la tercera en Roma.* Esta locura prueba toda la presuncion de aquel hombre que en América hizo el papel de expectador, y que en Francia, hallándose á la cabeza de un exército formidable, no supo vencer ni á un Orléans, ni á un Danton, ni á Marat, ni á un Robespierre.

Los federados penetráron muy bien las intenciones de Orléans y de la Fayette. Miéntras estuviéron en París manifestáron la mayor adhesion al rey y á su familia. Todas las tardes, y hasta bien entrada la noche, se reunian debaxo de las ventanas del palacio. Los unos cantaban coplas en alabanza del monarca, los otros hacian resonar el ayre con las bendiciones que le prodigaban, y algunos

despues de haber escrito en un papel las expresiones que les dictaba su zelo y fidelidad, lo fixaban en los árboles del jardin de las Tullerías: se viéron tambien muchos carteles que se dirigian á elogiar á la reyna. Esta princesa por su paciencia y presencia de ánimo en medio de las mayores adversidades, y el delfin por su candor, su inocencia, y la gracia de su fisonomía, parecia les inspiraba el mas vivo interes.

Tales eran las disposiciones de los confederados, que no hubiera sido necesario mas que una señaló, una palabra para reunirlos á todos al rededor del trono, y empeñarlos á devolver á Luis XVI toda su autoridad. Como esta palabra no se dixo, ni se dió esta seña, aunque los diputados lo deseasen y muchos de ellos lo pidiesen, es una prueba de que los realistas, á quienes tantas veces han acusado de conspiradores, no conspiráron jamás.

Los confederados de cada provincia enviáron diputados á cumplimen-

tar al rey. No puedo privarme de la satisfaccion de referir la escena afectuosa que produxo la presentacion de la de la Bretaña. Su gefe á la vista de aquella familia tan constantemente desgraciada, no pudo contener los movimientos de sensibilidad. Olvidando la arenga que debia pronunciar, puso una rodilla en tierra, y presentando al rey su espada, le dixo: "Señor, transmito á vuestras manos puras y sagradas la espada fiel de los valientes Bretones, la qual no se teñirá jamás si no con la sangre de vuestros enemigos.—¿Qué haceis, exclamó Luis? Al mismo tiempo levanta al federado, lo estrecha afectuosamente entre sus brazos, y volviéndole la espada, le dice: "No „puede estár en mejores manos que en „las de mis amados Bretones: nunca „he dudado de su fidelidad y amor. „Decidles que yo soy el padre, el her„mano, y el amigo de todos los fran„ceses." Esta escena tan nueva en la corte hizo reynar por algun tiempo el silencio, que causó una estrema sensi-

bilidad. Todos los rostros se regáron de lágrimas, y el monarca enjugando las suyas, continuó dirigiéndose al Breton: "Estoy satisfecho: mi corazon es»tá tan conmovido que no puedo en»contrar expresiones que os manifies»ten lo que siento en este momento." No se previó entónces, que un príncipe tan sensible sería en breve acusado de ser un tirano.

Habiendo llegado el dia de la ceremonia, la Fayette y los orleanistas hiciéron inútiles esfuerzos para seducir á los fieles federados, pero todos los votos estuviéron por la familia real. Durante una comida que el general dió á los mas considerables de entre ellos, les insinuó que lo proclamasen gefe de toda la guardia nacional del reyno; pero esta proposicion fué desechada con desdén. Así que aquella fiesta, de la qual se habia prometido desórdenes y mudanzas, se pasó con calma. Pero en los dias que la precediéron, la Fayette tuvo una conducta atroz; y por el abuso que hizo de su autoridad se

vieron escándalos que no se habian renovado desde el tiempo de la liga. De su órden hombres feroces, llenos de vino y con sable en mano, penetraban todas las tardes en los asilos mas santos de los conventos, sacaban de sus celdas á los frayles y monjas, y los llevaban con la mayor brutalidad al campo de Marte para precisarlos á trabajar en los preparativos de la fiesta. Los cartuxos y carmelitas, cuyos institutos los obligaban al mas austero retiro, no fuéron exêntos de aquella vejacion: todas aquellas religiosas y religiosos eran el juguete de la canalla y de un público embrutecido; estos eran precisados á ceñirse un sable, y aquellas á ponerse gorras granaderas.

La Fayette en medio de estos saturnales, y levantando su sombrero, entonaba aquella famosa cancion que empezaba por las palabras *ça irá*, y cuyo estrivillo era una invitacion al pueblo á beber la sangre de aquellos que llamaban aristócratas. La Fayette es quien hizo de nada aquella cancion de

antropófagos que animó tantas veces á la multitud á la matanza, y que hizo correr tanta sangre inocente que clamará contra el hombre, que debiendo y pudiendo prohibir aquellas coplas homicidas, excitaba al populacho á que las cantase.

Con este motivo una tarde todos los matachines y carniceros, sin chupas, con las mangas de las camisas remangadas, y los brazos teñidos en sangre, se presentáron en el campo de Marte. El uno de ellos llevaba en la punta de una vara larga un letrero, que decia en letras abultadas: *Vivan los matachines: Aristócratas temblad!* A la vista de aquel renglon, la Fayette en vez de mandar retirar á todos aquellos bebedores de sangre, se sonrie, los aplaude, y entona la cancion del *ça irá*. Si la Francia vió hasta este momento degollarse unos á otros sus hijos, solo debe culpar á aquellos que quisiéron se cubriese de asesinos. No: la posteridad obrará justamente descargando la severidad

de sus juicios mas bien sobre los que diéron el impulso, que sobre los que le recibiéron.

Es imposible dexar de creer que aquellas provocaciones de la Fayette al asesinato, no anunciasen que tenia un grande interes en aprovecharse de la fiesta del campo de Marte para mandar una matanza. Esta fué la opinion de entónces; bien que todos aquellos que se creian proscritos por la Fayette ó por Orléans, se ocultáron ó se alejáron de Paris. La familia real tuvo grandes y vivas inquietudes: el monarca recibió mas de un aviso de poner su vida en seguridad, ó al ménos la de la reyna y del delfin. No hay duda en que si las maniobras de la Fayette y de Orléans no tuviéron éxito, se debe únicamente al buen ánimo de los federados, cuya reunion componia una fuerza que no se podia contrarrestar.

Sin embargo mientras que Orléans se lisonjeaba de hacer estallar en breve algun acontecimiento que le diese

todas las ventajas de que su ausencia parecia haberle privado, se formaba contra él una conspiracion, en la qual entraban todas las gentes de bien con que contaba aún la desgraciada Francia. El tribunal del Châtelet disponia en secreto el proceso que debia manifestar en toda su deformidad los asesinos del 5 y 6 de octubre. Procedió desde luego con tal sabiduría y circunspeccion, que los orleanistas no concibiéron absolutamente ningun temor sobre el curso que tendria aquel negocio. La asamblea nacional y la municipalidad habian puesto tales trabas á la disposicion del proceso, que no creyéron que los jueces pudiesen llegar á hacer ningun descubrimiento contra Orléans y sus principales cómplices. La precaucion que habia tenido el procurador del ayuntamiento de no denunciar sino lo que habia ocurrido en la noche del 5 al 6, haria creer que el tribunal no podia instruirse en los hechos que se habian producido en la jornada del 5.

El tribunal del Châtelet pidió al de Pesquisas desde luego, que le indicase los testigos que habian de exâminarse. El tribunal le indicó hasta unos veinte, que entresacó de los que le estaban adictos. Fuéron oidos, y no diéron ninguna luz. Los jueces disimuláron la opinion que tenian sobre el proceso: representáron en seguida que no les bastaba haber exâminado los testigos, sino que necesitaban de documentos de conviccion, y el tribunal prometió un gran número. Trudon Désormes, oficial municipal, dixo al magistrado (de quien se supiéron todos estos hechos relativos al proceso en que entendió el Châtelet) que llevarian al tribunal quatro ó cinco legajos de piezas justificativas, que darian la llave de todo, y mostrarian como con el dedo al gefe de los asesinos. De la Crételle, otro oficial municipal y miembro del tribunal de Pesquisas del ayuntamiento, dixo al mismo magistrado delante de cinco testigos, que los escudos y lam-

beles de las armas de Orléans aprendidos estaban en el tribunal de Pesquisas. Estas son las piezas que el tribunal prometió, y no dió nunca, dando por razon que no tenian ninguna relacion con la noche del 5 al 6.

Habiendo esperado mucho tiempo el Châtelet estas piezas, que se le habian ofrecido y nunca llegaban, pidió al tribunal que indicase nuevos testigos además de los veinte que ya se habian exâminado. El tribunal de Pesquisas prometió acceder á esta demanda, y concluyó diciendo que le era imposible presentar otros que aquellos que habian oido ya.

El Châtelet no manifestó inquietarse por la conducta del tribunal, pero despues de haber esperado inútilmente por mucho tiempo el procurador al rey, se determinó á oir los testigos que la voz pública le designaba, y á buscar en las primeras deposiciones la indicacion de aquellos que pudiesen dar nuevas luces. Los comisarios se presentáron en la habi-

tacion de la reyna para oir su deposicion, pero recibiéron esta respuesta lacónica y sublime: *Todo lo he visto, todo lo he oido, y todo lo he olvidado.* Ninguno de aquellos héroes, cuya clemencia y generosidad ensalza la historia, pronunció jamás palabras mas dignas de la posteridad.

No era posible que el Châtelet procediese á aquel exâmen sin que los orleanistas lo supiesen. A la primera noticia que tuvo el conde de la Touche informó de ello al duque de Orléans, que aún estaba en Lóndres. Hé aquí la respuesta que Laclos, que habia seguido al príncipe á Inglaterra, remitió al conde de la Touche.

"Monseñor sabía antes del recibo de vuestra carta que el Châtelet se instruía del negocio del 6 de octubre. Os encarga prevenir inmediatamente á MM. Dupont (1) y Quatre-mére, que ganareis fácilmente concertán-

(1) Primer lugar-teniente particular del Châtelet. El segundo es el mismo consejero que leyó la sentencia al marques de Favras.

doos con M. de Mirabeau quien todo lo puede eludir. No olvideis particularmente, que solo con el descrédito y envilecimiento de M. de la Fayette, es como Monseñor triunfará. Es menester emplearlo todo en semejantes circunstancias. Monseñor os encarga, que le procureis un empréstito de un millon y quinientas mil libras, cuya garantía se hallará en casa del escribano M. Brichard, calle de S. Andres de las artes, á quien conoceis. El medio que M. el duque d'Aiguillon propòne, es infalible. No omitais nada para renovar el amor del pueblo. Suplicad á la señora duquesa que se presente en público de tiempo en tiempo. En el entretanto M. de Mirabeau y de Chabroud (1) justificarán públicamente á Monseñor, y darán nuevo realce á sus proyectos para aniquilar totalmente á la corte. Decid á M. de Ferrier (2) que continúe la memo-

(1) Diputado de la asamblea nacional.
(2) Mariscal de campo, y uno de los secretarios de las comandancias del príncipe.

ria de instruccion contra M. de la Fayette y el Châtelet: es muy capciosa y tendrá éxîto en el público. En fin triunfad de la mayor parte ó de todos los jueces de este tribunal por dones, por dulzura, ó amotinando contra ellos al pueblo, y el temor los decidirá. Firmado. — El caballero Laclos."

Esta carta en todos sus puntos digna del autor de la novela titulada la *Amistad perniciosa*, hace conocer que los medios de corrupcion eran los únicos que sabian emplear los conjurados. Pero los jueces del Châtelet fuéron inaccesibles á la seduccion y al temor, y habian conseguido en el espacio de seis ó siete meses, venciendo obstáculos siempre nuevos, tener un principio de prueba que los ponia en estado de relatar el proceso, y decretar contra los principales acusados. Luego que se supo en el público que el relato fiscal iba á leerse, todos los orleanistas se pusiéron en un movimiento activo. La asamblea nacional

llevando sus miras mas léjos, y queriendo prevenir las resultas que podrian originarse del proceso, decretó que cada uno de los miembros era inviolable por qualquier clase de delito que fuese, esto es, que ningun tribunal podria arrestar á un diputado, á ménos que no se hubiere decidido anteriormente por la asamblea nacional si habia ó no lugar á la acusacion.

La municipalidad por su parte, creyendo valia mucho ganar tiempo, ideó una astucia para retardar el relato fiscal. Aunque anteriormente habia declarado que no tenia mas testigos que presentar, informó al Châtelet que habia encontrado otros setenta y cinco, todos muy importantes; añadiendo que era indispensable oirlos, y dió la lista de ellos.

Oir á setenta y cinco testigos no era obra de un dia. El Châtelet para que no se le tachara de que habia desechado todos los informes y noticias, los oyó con paciencia, aunque estaba plenamente convencido de que

sus disposiciones no darian noticia alguna nueva, y no se engañó. Ninguno de los testigos dixo nada que fuese digno de notarse; pero mientras que los jueces se ocupáron en aquel nuevo exâmen, los orleanistas moviéron tantos resortes para destruir las pruebas que exîstian, que por último llenáron á la capital de agitaciones tumultuarias. No pudiendo dudar el Châtelet que estas insurrecciones diarias tenian por objeto arrebatar de las manos del escribano el proceso, tomó sus medidas para ponerlo á cubierto de toda invasion. Fué felizmente auxîliado en el mismo objeto por la Fayette que, exêcrando á Orléans, tenia un poderoso interes en que todas sus tramas saliesen á luz pública. Durante la formacion del proceso no dexó de proteger al Châtelet, teniendo dia y noche á la puerta del tribunal los hombres mas de bien de la guardia nacional.

En fin el Châtelet despues de nueve meses de la formacion del proceso,

que hubiera podido haberse hecho y juzgado en menos tiempo sin la siniestra intencion de la municipalidad, sin la parcialidad del tribunal de Pesquisas de la asamblea, y sin las intrigas de todos los orleanistas, se determinó á oir la relacion fiscal, fixándose para esto el dia 5 de agosto de 1790 á las siete de su mañana. La cosa se tuvo muy secreta, pues desde luego comprendiéron que la menor indiscrecion podia trastornarlo todo. Los billetes convocatorios se dispusiéron de tal modo, que apénas quatro jueces sabian de lo que se iba á tratar en la sesion para que los convocaban.

Mas á pesar de todas las precauciones que tomáron, Voidel que tenia espías por todas partes, fué instruido de lo que se trataba. Estando colocados los magistrados en sus asientos desde las siete de la mañana, como se les habia prevenido, Flandres de Brunville, procurador del rey, dixo, que ántes de empezar la lectura del asunto á que se habian con-

vocado, se le permitiese leer una carta que acababa de recibir; y accediéron á su súplica. Esta carta le habia sido dirigida por Voidel, entónces vice-presidente del tribunal de Pesquisas. En ella invitaba al procurador del rey y á los diferentes relatores de los negocios de *lesa nacion* á presentarse al medio dia en el tribunal *para tratar de asuntos muy importantes.*

Entónces comprendió el tribunal del Châtelet que querian impedir absolutamente que pronunciase el juicio definitivo sobre los atentados del 5 y 6 de octubre. Se halláron perplexos sobre el partido que tomarian; pero algunos magistrados hiciéron observar á los demas, que no pudiendo ni debiendo impedir por ningun caso el curso de la justicia, era indispensable empezar la vista del negocio á que habian sido convocados, salvo el suspenderla al medio dia, á fin de dar á los miembros citados el tiempo de presentarse en el tribunal de Pesqui-

sas. Esta opinion reunió casi todos los votos. Para comprender la sabiduría de este proceder es menester no olvidar que una de las leyes que regian en los antiguos tribunales de Francia, prohibia interrumpir la vista de un negocio criminal sin fallar sobre él. Así que el Châtelet en esta circunstancia, aunque fuese al tribunal de Pesquisas, no podia separarse sin haber tomado una resolucion.

El intervalo de las siete hasta el medio dia se ocupó en la lectura de varias piezas del proceso, y en la deposicion de treinta testigos. Al medio día la suspendiéron, y el tribunal permaneció reunido hasta el regreso de los otros miembros enviados al tribunal de Pesquisas. Quando hubiéron llegado, Voidel les rogó que permitiesen que quatro de sus miembros se presentasen en su secretaría, á fin de que tomasen conocimiento de las piezas originales de los diversos negocios de *lesa-nacion* en que estaban trabajando aquellos señores, con

el objeto de formar un resúmen general, é instruir de él á la asamblea, y hallar los medios de unir á los diversos procesos una porcion de noticias que tenia el tribunal de Pesquisas.

Los miembros del Châtelet no tuviéron ningun inconveniente en acceder á la peticion que se les hacia y que no era mas que una insigne impostura, porque jamás sus comisarios se presentáron en el Châtelet, ni nunca se hizo semejante informacion en la asamblea. Todo parecia concluido, y los miembros del Châtelet se retiraban, quando uno de los del tribunal de Pesquisas dixo á sus cólegas: "Qué! se les dexa salir? Se os ha olvidado hablarles del asunto del 5 y 6 de octubre?" Uno de los consejeros del Châtelet que oyó estas palabras, llamó á sus compañeros y dixo al tribunal, que la vista de aquel asunto se habia empezado desde las siete de la mañana, que se habian leido ya las deposiciones de treinta testigos y

que los jueces permanecian reunidos. ¿No reflexîonais, exclamáron entónces los miembros del tribunal de Pesquisas, que el tiempo que habeis elegido no puede ser peor...? Hay en París la mas grande, la mas extraordinaria fermentacion.... Sabemos positivamente que esta noche se ha distribuido mucho dinero.... Las secciones se han reunido para elegir los oficiales municipales, y de consiguiente los mas acalorados.— Es absolutamente imposible que lo juzgueis, dixo uno de ellos.—Señores, dixo otro, el tribunal y la asamblea nacional no desean otra cosa tanto, como ver juzgar este negocio y castigar á los culpados; pero suplicamos al Châtelet elija un tiempo mas tranquilo."

Habiendo concluido todos aquellos señores de manifestar las consideraciones que juzgáron debian inspirar algun terror á los miembros del Châtelet, uno de estos con mucha firmeza les dió esta sabia respuesta.

"Señores, el tribunal desea en-

contrar ocasiones en que pueda complacer á la asamblea nacional, pero por legislativa que sea, no es sobre las leyes, al ménos sobre aquellas que no ha abrogado. Una de estas impide á los jueces interrumpir toda causa criminal sin haberla sentenciado de qualquier modo, por lo que nos volvemos al tribunal y no dudamos conforme á sus principios que mande la continuacion."

Apénas acabó de hablar el consejero, quando Pardieu que presidia el tribunal, se levantó echando espumarajo por la boca de cólera, y haciendo un gesto amenazador gritó á los miembros del Chàtelet: "Pues bien, señores, si persistís en continuar la vista de ese proceso, ni la asamblea nacional, ni este tribunal, ni la municipalidad, ni M. el comandante general responderán de la seguridad individual de los miembros del Châtelet.— Señor, le respondió friamente el consejero, no nos asustan las amenazas: los magistrados del Chàtelet no conocen

mas que su deber, y saben (quando es necesario) morir sobre las flores de lis."

Luego que llegáron los miembros á su tribunal, le diéron cuenta de lo ocurrido en el de Pesquisas; por lo que decidiéron, que se continuase la vista de la causa pendiente que duró hasta las diez de la noche desde las siete de la mañana que se habian reunido. En fin pasando despues á la discusion de las opiniones el tribunal, que se componia de quarenta jueces, éste despues de cinco deliberaciones todas acordes, fué de parecer que decretase la prision del duque de Orléans y del conde de Mirabeau. ¡Qué de venganzas, qué de agitaciones y de males hubieran excusado á la Francia si se hubiera verificado aquel decreto! ¡Quántas prevaricaciones y crímenes se hubieran contenido en su orígen, si Orléans en un cadalso hubiera expiado los delitos que ya habia cometido!

Nunca París habia estado mas tranquilo como lo estuvo en los dias que duró la vista de la causa. En todo aquel

tiempo no se vió ningun agitador del pais ni extrangero en el recinto ni en lo interior del Châtelet. Esta tranquilidad se debió principalmente al interes que tenia la Fayette en mantenerla.

Al dia siguiente los diputados del Châtelet lleváron todas las piezas á la asamblea nacional. Boucher-d'Argis, uno de ellos, al poner los documentos sobre la mesa de la secretaría, pronunció un discurso del qual no habia dado parte á sus compañeros. Elogió con baxeza á la asamblea nacional, á la muncipalidad, y á todos los novatores del dia: los criminales se pusiéron pálidos quando oyéron estas palabras: "Van á conocerse estos secretos llenos de horror, y á revelarse los atentados que se han cometido en el palacio de nuestros reyes en la mañana del 6 de octubre...."

Orléans y Mirabeau creyéron ver ya el hacha del verdugo levantada sobre sus cuellos, quando Boucher-d'Argis dixo: "¡Quál ha sido nuestro dolor, señores, al reconocer entre los infi-

nitos acusados dos miembros de esta augusta asamblea!" Aunque no nombró á los dos asesinos, todos fixáron sus ojos sobre Orléans y Mirabeau, acusándolos sus conciencias.

El velo se habia ya corrido, y se trataba saber si permitirian al Châtelet continuar el proceso. Nunca se debió suscitar semejante cuestion, y no podia serlo si no en medio de las gentes que, diciéndose los fundadores de la libertad, no eran mas que unos déspotas fanáticos. La asamblea nacional no era ni tribunal de apelacion ni de casacion. Si lo hubiera sido, debia esperar que el Châtelet pusiese en execucion los decretos de prision que habia decretado, salvo el permiso á los acusados de instaurar su demanda ante ella. ¿Qué idéa se puede formar de la moral, y del discernimiento de una asamblea que sentaba por báse, que el poder judiciario estaba absolutamente independiente del legislativo, y que extraía del tribunal los asesinos, cuya persecucion ella misma le habia cometido?

La historia de los déspotas asiáticos no ofrece un exemplo de igual monstruosidad.

Todo en aquella causa es tan chocante, que la pluma se cae de la mano al referir los detalles. Mirabeau, uno de los dos asesinos, fué juez en su propia causa. No pidió que se le llevase al tribunal del Châtelet. Hizo la mocion á la asamblea nacional para que decretase que su tribunal de Pesquisas se instruyese de los cargos que concernian á los representantes de la nacion, es decir, que el miserable tuvo el descaro de pedir que Orléans y él fuesen juzgados por sus propios cómplices.

Los realistas á quienes el cielo ofrecia tan bella ocasion de descubrir á los mas detestables de sus enemigos, sea por una indulgencia mal entendida, ó por el temor de las amenazas que hacian resonar en sus oidos, manifestáron mucha pusilanimidad. El abad Maury, despues de un discurso en el qual no dixo ni una sola palabra de de los culpados, acabó así: "Mi con-

clusion, señores, es que la asamblea nacional apruebe la delicadeza de los señores del tribunal del Châtelet, por haber venido á presentar el proceso ántes de pronunciar su fallo; que la asamblea les devuelva la causa que acaban de depositar en esta secretaría; que mande á los jueces del Châtelet que continúen el curso de este negocio, declarando que á los ojos de la ley y en materia criminal no conoce ninguna distincion entre los ciudadanos; y en fin que mande subsidiariamente al tribunal de Pesquisas de la muncipalidad de París entregue al procurador del rey todas las pruebas que tenga relativas á los acontecimientos del 5 y 6 de octubre.

Caçalés se encolerizó mucho contra los atentados de que se trataba, y contra sus autores, contemporizando con las personas y absteniéndose de nombrarlas: "El palacio de los reyes ha sido violado, exclamó... Las gradas del trono de S. Luis se han salpicado con la sangre de sus defensores...

Infames asesinos han puesto en peligro los dias de la reyna de los franceses.... De la hija de María Teresa.... De aquella reyna que, habiendo conquistado nuestro amor por su estimacion, su nombre no será sepultado en el olvido como el de los agentes de esta revolucion......! Aquel exêcrable atentado, señores, pesa sobre la nacion entera si los autores de estos crímenes, cuyo perdon no pueden conceder los hombres, no se descubren y castigan.... Representantes del pueblo frances, habeis recibido en depósito el honor de la nacion.... El honor nacional quedará denigrado si este exècrable crímen no se castiga, y la vindicta pública no se satisface."

Por lo demas Caçalés concluyó como el abad Maury. Sus opiniones fuéron adoptadas por todos los realistas é imparciales. No tengo necesidad de decir que todos los miembros del lado izquierdo, de los quales muchos dixéron despues no haber sido orleanistas, acogiéron con extrema vivaci-

dad los intereses de Orléans. Pétion se mostró uno de los mas acalorados en obtener su absolucion. El decreto que prohibia poner en juicio á un diputado, sin la autorizacion de la asamblea, fué la grande y única razon que hizo prevalecer el lado izquierdo. El derecho, que habia cometido la falta de dexar correr aquel decreto, no tuvo ningun argumento sólido que oponer á aquella. La mocion de Mirabeau reunió la mayor parte de los votos, y se decretó que el tribunal de Relatos diese cuenta de los manejos que en aquella causa concernian á los representantes de la nacion, á efecto de decretar si habia lugar á la acusacion.

Todo lo dicho se habia provisto de antemano, y Chabroud miembro de aquel tribunal, se encargó de hacer el relato. Hacia seis meses, como se ha visto en la carta que dexo copiada mas arriba, que se ocupaba en aquel trabajo, por el qual habia recibido de antemano una suma de sesenta mil libras que le dió Orléans.

El Châtelet depuso su proceso en la secretaría de la asamblea el 31 de agosto, y desde el 30 de setiembre siguiente Chabroud presentó el extracto. Aquel relato es tan extenso, que sería necesario mas de una semana para copiarlo. Está escrito con un arte que supone una larga meditacion; el estilo es correcto, puro, elegante, y aún florido. Todas las figuras y gracias, toda la seduccion de la elocuencia se encuentran empleadas. Fué necesario para redactar aquel volúmen leer ántes cerca de quatrocientas deposiciones, de las quales algunas eran muy largas, como las de Maillard, Lecointre, Mounier, y la muger Andelle. Es evidente que todo esto no podia ser la obra de un mes. Era menester que Chabroud hubiese empezado su trabajo desde el momento en que el Châtelet se dispuso á oir los testigos; y si él, así como los demas conjurados, no hubieran estado íntimamente convencidos de que Orléans y Mira-

beau habian tenido la parte principal en las matanzas del 5 y 6 de octubre, su trabajo no hubiera tenido por único objeto el probar la inocencia de aquellos dos hombres. Si Chabroud hubiera creido de buena fé la inocencia de aquellos dos monstruos, ¿cómo pudo presumir seis meses antes que el Châtelet los iba á mandar prender? Así es que baxo este punto de vista el relato de Chabroud era una prueba mas contra Orléans y Mirabeau.

Este, por lo demas, aunque bien escrito, tenia por objeto no tanto justificar á los dos acusados, como el probar que los delitos que se les imputaban habian servido á la revolucion. Todo el espíritu de él está reducido á estas palabras: ¿En dónde está el motivo de apercibimiento? Este es en último análisis la consecuencia de todos los raciocinios de Chabroud. Estas otras palabras de Mirabeau indican igualmente el sentido en que se habia compuesto su apología: *Aun quando todas las acusaciones que*

se me hacen, dixo aquel hombre descaracado á la asamblea, *estuviesen probadas, nada establecerian contra mi; así que yo no me miro como acusado.*

La apología de los culpados, mas insolente que capciosa, era una continuada sátira contra el Châtelet, contra los testigos, y mas particularmente contra los guardias de corps. Tanta audacia acobardó á los realistas, que en aquella ocasion hiciéron una débil resistencia. El abad Maury mismo contemporizó con Mirabeau hasta pedir que no hubiese lugar á la acusacion contra él.

El marques de Bonnay fué el único que levantó la voz sin temor contra el relato de Chabroud. "La calumnia, dixo aquel hidalgo, que se imputa á la virtud, no obtiene nunca mas que sucesos muy limitados, y triunfos pasageros. En vano los foragidos, que tenian tanto interes en engañar al pueblo y extraviarlo, han procurado allanarse el camino hasta el

asilo de nuestros reyes, acriminando á los guardias de corps, é imputándoles sus delitos: la voz pública bien pronto les ha hecho la justicia que se merecen. En aquel pretendido banquete (que se ha hecho pretexto miserable de tantas desgracias y de tantos crímenes) todo hombre sensato no ha visto mas que una comida fraternal consagrada por el uso entre los cuerpos militares, cuya intencion es pura y simple.

»Por la primera vez en esta tribuna, y en un relato que, á la verdad, me ha parecido el modelo para la defensa *de grandes criminales*; en ese relato, repito, se han atrevido á probar que en los dias 5 y 6 de octubre los guardias de corps habian sido los agresores. Han tenido la extraña audacia de decir, que es digno de alabanza el haberse cortado dos cabezas nada mas. Han pretendido achacar sobre la violencia de los guardias de corps, de esos guerreros que, yo llamaré estoycos porque se han de-

xado matar, se han atrevido, repito, á acusarlos como los autores de las atrocidades que en la jornada del 6 se han cometido en el palacio de nuestros reyes, y que han manchado para siempre nuestra historia.

,,Vosotros, señores, sois testigos de los hechos: habeis leido las declaraciones del proceso, las únicas piezas legales y verídicas. La Europa y la Francia saben que los guardias de corps que se han batido siempre por la patria, y que algunas veces la han salvado, que los guardias de corps que la han permanecido siempre fieles, la Francia y la Europa dicen que nunca han sido mas grandes que quando por un exceso de amor y de obediencia por su rey han encadenado su valor á la causa pública. Accion sublime, y que jamas ha habido alguna que se la parezca. Nunca han sido mas dignos de veneracion y aprecio, que el dia en que temblando de rabia y de desesperacion, se dexáron inmolar en las gradas del trono, en

donde el rey les habia prohibido que se defendiesen....

„Tal es la conducta que observáron: han sucumbido qual víctimas inocentes baxo el hierro de los asesinos, ¡y se atreven aún á ultrajar sus cenizas! Pero, señores, los guardias de corps pereciendo han salvado á la reyna, han salvado al rey, y han muerto contentos.

„En quanto á mí, señores, miembro de este cuerpo respetable á quien tengo el honor de pertenecer, y que jamás me ha sido tan amado como desde que es desgraciado; miembro de este cuerpo, siempre fiel á la nacion, á la ley y al rey, temería ser vituperado por él si descendiese á justificarlo, á rechazar las calumnias demasiado absurdas y que tienen poca sòlidez para que le convenzan.

„Pero, señores, en respuesta á las alegaciones del señor relator, yo opondré solamente quatrocientos años de valor, de victorias y de virtudes. La victoria ha respondido ya por mi,

y responderá ahora que, á pesar de los detractores, los guardias de corps del rey, mis valientes compañeros de armas, serán siempre lo que han sido, semejantes á Bayard *con valor y sin tacha.*"

Este arrojo del marques de Bonnay reanimó el valor de los realistas: pidiéron que la discusion se trasladase á otro dia; pero el lado izquierdo rehusó obstinadamente la dilacion para no darles tiempo de prepararse al combate. Fué necesario empezarlo al instante. Todos los miembros del lado izquierdo y todos los orleanistas de que se habian llenado las galerías, tomáron la defensa de Orléans, no con celo, no con entusiasmo, sino con rabia y furor. Sus mas ardientes apologistas entre los diputados, fuéron Barnave, Pétion, Robespierre, Rœderer, Alexandro Lameth, Prieur, Lapoule, el baron de Menou y Goupil. Luego que un realista se presentaba en la tribuna á rebatir el relato, el lado izquierdo lo ultrajaba, lo ame-

nazaba, y las galerías parecia que iban á desplomarse sobre él. Los que estaban en ellas proclamaban con tal calor la inocencia de Orléans, que el caballero Folleville no pudo ménos de gritar: *Puesto que las galerías quieren votar en este asunto, no tienen mas que baxar á ocupar nuestros puestos.* La prevencion y el ruido fué tal, que no hubo un realista que pudiese pronunciar un discurso seguido. La algazara y alaridos horrorosos les cerraba la boca á cada frase.

Pero el mas grande silencio reynó quando Mirabeau subió á la tribuna, y anunció que iba á pronunciar su apología. Con efecto, leyó un largo discurso: no se podia raciocinar con mas impertinencia en una materia tan grave. Para dar una idea del espíritu con que estaba concebido, citaré dos trozos de él.

Acerca de la acusacion que se le hacia de haber estado entre las filas del regimiento de Flándes con el sable desnudo en la mano, Mirabeau

exclamó: "Y bien! la accion de llevar un sable desnudo en la mano, no es ni crímen de lesa-nacion, ni de lesa-magestad; así que, todo pesado y exâminado, las disposiciones que recargan este hecho no tienen á la verdad nada de agravantes."

La declaracion del conde de Virieu era una de las que mas acriminaban á Mirabeau. Véase como la rechazó.

"Se me acusa, dixo, haber dicho á M. Mounier: *¿Quién es el que os dice que no es menester un rey? pero qué importa que sea Luis XVI ó Luis XVII? ¿Qué necesidad tenémos de ese niño para que nos gobierne?* Y que, señores, esta expresion que no me acuerdo si la he dicho, es tal, que todo ciudadano podria honrarse con ella, pues es *justificable* en la época en que se pone, es buena en sí, es laudable... Os pareceria extraño que el amigo del trono y de la libertad viendo obscurecerse el horizonte con la tendencia de las opiniones, con la aceleracion

de las circunstancias y con los peligros de insurreccion, dixese á su cólega muy confiado: *¿Y quién os niega que los franceses sean monárquicos? ¿Quién os niega que la Francia no tiene necesidad de un rey y que no quiere un rey? Pero Luis XVII será tan rey como Luis XVI; y si llega á persuadirse la nacion que Luis XVI es fautor y cómplice de los excesos que han causado su paciencia, ella invocará un Luis XVII.*

No se podia revelar con mas insolencia todo el secreto de la conjuracion de Orléans. No continuaré en rebatir la apología de Mirabeau, pues que toda ella estaba escrita en igual sentido; y es de creer, que los jueces del Châtelet si la hubieran oido pronunciar en su presencia, habrian exclamado: *Habemus confitentem reum:* tenémos un culpado que confiesa su crímen.

Se esperaba que despues de Mirabeau subiria á la tribuna de las arengas Orléans, pero en su lugar se

presentó el duque de Biron, y si su arenga no fué tan insolente como la de Mirabeau, á lo ménos no tuvo mas lógica ni enlace en sus frases.

Como estaba próxîmo á acabarse esta gran cuestion, se pidió que antes de decidir que estaba bastante discutida, Orléans exhibiese las explicaciones de que Biron acababa de hablar; pero éste que sabia que el príncipe no tenia ningunas pruebas que oponer, gritó que podian pasar á los votos, pues que M. de Orléans lleno de confianza en la justicia de la asamblea, no tenia nada que añadir.

Pasáron con efecto á la votacion, y la mayoría dió este decreto vergonzoso: "La asamblea nacional despues de haber oido el relato que se la ha hecho por su tribunal, y los cargos contra M. de Mirabeau el mayor, y M. José Luis Felipe de Orléans, decreta que no há lugar á la acusacion."

Que los orleanistas pronunciasen esta infame absolucion contra unos ase-

sinos que habian llenado á toda la Europa de horror, no tiene nada de extraño, pero á lo ménos han debido en adelante admirarse y escandalizarse de la impunidad concedida á los facinerosos que llenáron de cadáveres la Nevera de Aviñon, y á aquellos que en los primeros dias de setiembre de 1792 hiciéron correr arroyos de sangre en las calles de París.

Al dia siguiente en que se expidió el decreto de que he hablado, Orléans subió á la tribuna de la asamblea. Esperando la mayor parte de los diputados y de los expectadores que iba á satisfacer los cargos que se le hacian, prestáron la mayor atencion, y el príncipe habló así: "Comprometido en la causa criminal formada por el Châtelet de París sobre la denuncia de los hechos ocurridos en Versalles en la jornada del 6, sabiendo que por él se habia fallado mi prision y sometido al juicio que ibais á pronunciar relativo á saber

si habia ó no lugar á la acusacion hecha contra mí, he creido de mi obligacion abstenerme de parecer en medio de vosotros en las diferentes sesiones que os han ocupado en este negocio. Lleno de confianza en vuestra justicia he creido, y mi esperanza no me ha engañado, que la causa sola bastaba para instruiros de mi inocencia. M. de Biron dixo ayer que yo no os dexaria ninguna duda, y que aclararia hasta los menores detalles de aquella tenebrosa jornada: no he pedido hoy la palabra si no para ractificar esta obligacion; con ella tengo muchos y grandes deberes que cumplir. Vosotros habeis decretado que no estaba en el caso de ser acusado, y yo voy á probar que ni aún en el de ser sospechoso. Destruiré esos indicios falsos y esas presunciones inciertas difundidas con tanta confianza por la calumnia, y recogidas con tanto anhelo por la malevolencia. Pero, señores, estas justificaciones necesarias deben darse en presencia de todos aquellos que han esta-

do encargados de conocer en la causa. Tales son, señores, las obligaciones que acabo de contraer en este momento. A mí mismo interesa su cumplimiento, no ménos que á esta asamblea de la qual tengo el honor de ser su miembro, y á la nacion entera. Ya es tiempo de probar que los que han sostenido la causa del pueblo y de la libertad, que se han opuesto á todos los abusos, y que han contribuido con todo su poder á la regeneracion de la Francia, han sido impelidos á ello por el sentimiento de la justicia, y no por los motivos odiosos y viles de la ambicion y de la venganza. Estas pocas palabras que he dicho voy, señores, á depositarlas por escrito en la secretaría para darlas toda la autenticidad que depende de mí."

Biron habia prometido con la mayor formalidad que Orléans daria sus pruebas justificativas; y éste anunció del modo mas solemne que iba á darlas, y en vez de presentarlas, concluye ofreciendo que las daria. Este mo-

do de justificarse afirmaba la demostracion de que Orléans merecia el decreto de prision de que la asamblea le acababa de absolver.

En fin pareciéron las pretendidas justificaciones. El caballero Ferrier publicó la memoria apologética que hacia tantos meses estaba trabajando baxo el título de *Memoria consultativa, y consulta por M. Luis Felipe José de Orléans.* Era un escrito judiciario del género de aquellos que los abogados pleiteantes publicaban antiguamente para la instruccion de los jueces. Saliendo el escrito en aquella forma debia firmarse por abogados. Era natural, que la eleccion recayese en los que formaban el consejo del príncipe. Los abogados Leroi, Henrion de Pensey, Ferrey, y Benoist tenian luces, y gozaban muy buena opinion; pero comprehendiendo que no querian ser los apologistas *de los grandes criminales*, como habia dicho el marques de Bonnay, buscaron entre los ménos célebres, á Bonhome de Comeyras, Hom,

y Rozier, los dos últimos absolutamente desconocidos, y el primero habia sido protegido por Elie de Beaumont, y este era su único título de recomendacion.

Una gratificacion pecuniaria, y la esperanza de obtener el favor del príncipe, determináron á los tres legistas á firmar la obra de Ferrier. Sus nombres fuéron para el público una prueba de que era preciso que la causa de Orléans fuese bien mala, puesto que no habia podido encontrar si no á estos miserables defensores. El fondo de la apología convirtió aquella prueba en demostracion. En el todo no era mas que una mala y calumniosa declamacion contra el Châtelet y los testigos. Estaba escrita con tal pesadéz, que los hombres mas prevenidos en favor de los culpados no pudiéron leer tres páginas. Maluet, uno de los hombres mas elocuentes de nuestros dias, la sepultó en el olvido por un escrito de dos páginas que tituló: *Memoria que debe consultar se con*

las naciones extrangeras por M. Maluet. Todos se abalanzáron á las dos páginas, y dexáron la pesada apología.

Habiendo fallado aquel recurso á Ferrier, pensó publicar otro quaderno apologético, y para precisar á que lo leyesen hasta los enemigos de Orléans, lo tituló: *El duque de Orléans tratado como se merece.* En una materia tan grave emplear un título tan burlesco para restablecer la reputacion del primer príncipe de la sangre, era confesar que no habia datos sérios y sólidos que oponer en su favor. El nuevo escrito era un malísimo folleto, que los que le compráron se arrepintiéron luego á las primeras líneas de su lectura.

Tal fué el efecto que produxéron los impotentes medios empleados por los panegiristas de Orléans, y la publicidad dada al proceder del Châtelet, que convenció á todos tanto en Francia como en Europa de que el príncipe era un desalmado facineroso, que por satisfacer su venganza y su

ambicion habia derramado la sangre de los guardias de corps, é intentado verter la del rey y de la familia real. Su conspiracion no fué un problema para nadie; todos viéron desde luego que estaba á la cabeza de una faccion que agitaba y perderia infaliblemente á la Francia. Tambien se previó que aquel monstruo podria hacer un mal extraordinario á su pais, pero que jamás sería su rey. El ódio pues que con efecto le tenian hacia mucho tiempo se aumentó en aquella ocasion con tal fuerza, que cien mil brazos lo hubieran arrojado del trono si se hubiera sentado en él. El desprecio que sus mismos partidarios alimentaban contra él en el fondo de sus corazones, hubiera contribuido á no poner mas que un instante de intervalo entre su elevacion y exterminio. El amor y la consideracion de acciones grandes y brillantes son las que mantienen á los reyes y elevan á los usurpadores.

Así que los exècrables atentados

del 5 y 6 de octubre, léjos de favorecer los proyectos de Orléans, fuéron precisamente los que opusiéron á su execucion un obstáculo insuperable. Su pandilla se disminuyó; algunos miembros del lado izquierdo se separáron de sus intereses, si no con estrépito, al ménos con la firme resolucion de combatir contra él quando se presentase la ocasion. Mirabeau que tenia talento, concluyó exêcrando al príncipe, y avergonzándose de haber servido tanto tiempo baxo sus estandartes. Aquella horrible causa formada por el Châtelet fué para Orléans la cabeza de Medusa. Le llenó de despecho, de desesperacion, y de una tristeza sombría que lo consumió visiblemente.

En los primeros ímpetus de su cólera prorrumpió contra el Châtelet: *Yo perseguiré*, exclamó un dia en medio de la asamblea nacional, *yo perseguiré á los jueces del Châtelet hasta la HUESA.* — *Y yo os declaro en su nombre*, le contestó un realista, *que ellos*

os perseguirân hasta el HOSARIO. Esta palabra fué un dardo envenenado que traspasó su corazon, dexándole el gérmen de la muerte.

Por mas circunspeccion que Mirabeau pusiese en su conducta, no dexáron de notar que abandonaba el partido del príncipe, y el de los jacobinos. Habiéndose hecho sospechoso á la faccion, no sabia cómo portarse, y despues de varias deliberaciones se vendió al partido realista. Los ministros hiciéron el disparate de comprarlo quando no podia hacerles ningun servicio. Destituido con efecto del favor popular no podia tampoco hacer daño: por lo demas Mirabeau, como todos los de su especie, se vendía, pero no se entregaba.

En fin, al cabo de algunos meses, y despues de una enfermedad de tres ó quatro dias extraordinariamente dolorosa, Mirabeau murió el 2 de abril de 1791 no sin sospechas de veneno. El miserable pereció como habia vivido; esto es, blasfemando de Dios,

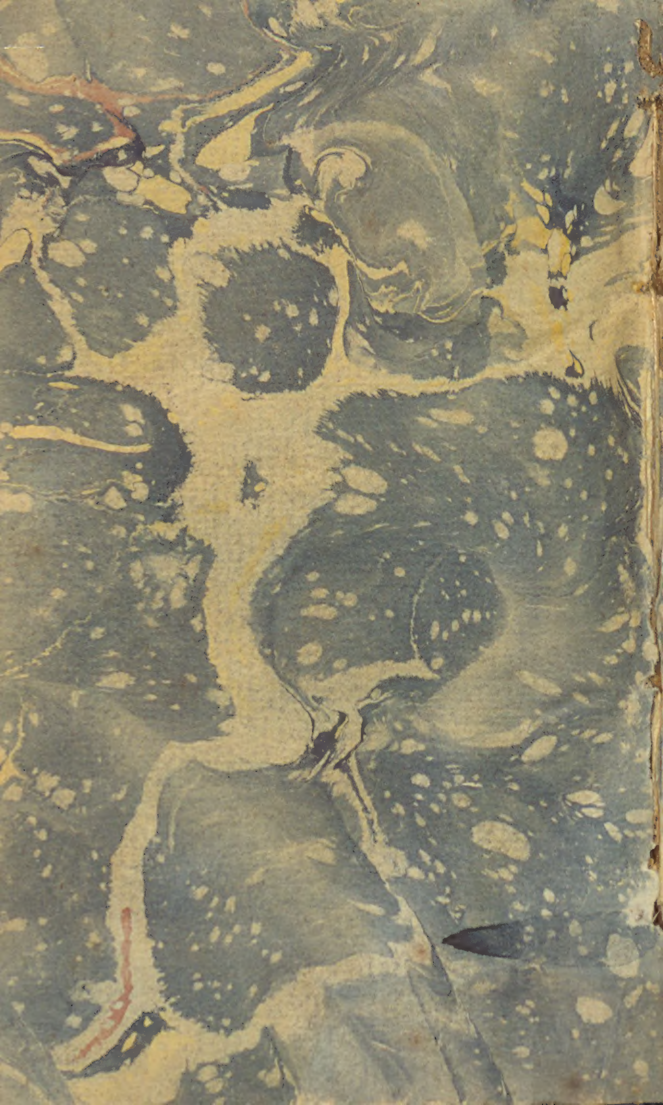
y maldiciendo á su propia madre. Tal fué el fin de aquel hombre mas famoso que célebre, mas original que elocuente, inquieto, intrigante, agitador, codicioso de renombre y de riquezas, sin costumbres, de una amistad veleidosa, y de un carácter audaz, brutal y feroz. Su cuerpo fué depositado en el panteon con una pompa magnífica, y arrojado de él algun tiempo despues para colocar en su lugar el cadáver de Marat.

Para los que no hayan visto las diferentes apologías que saliéron contra el principe, inserto aquí los siguientes versos que no hubo uno en Francia, inclusos los de su pandilla, que no los aprendiese de memoria.

Celebrémos la inocencia
de este grande potentado
á quien el grande senado
libertó por su sentencia:
de asesino sin clemencia
le acusáron vanamente
haciendo á todos patente
(mil testigos) su ambicion;

pero es una compasion....
porque él es muy inocente.
La calumnia atroz é infiel
su sencilla vida ataca,
y desde luego le achaca
delitos de hombre cruel:
mas de un decreto el pincel
supo mudar de repente
lo negro en blanco al presente;
y si mirais esta escena,
veréis qué cara tan buena...
como que es de un inocente.
Si alguno de su franqueza
duda, solo es ignorancia,
buenos *escudos* de Francia
tiene de costa á su alteza:
para probar su certeza
son un testigo elocuente;
ninguno negarlo intente
pues es sólido argumento,
que vale *ciento* por *ciento*
y le hace ser inocente.
En Versalles diz que estuvo
muy alegre, muy jovial,
en fraquecito marcial
y con su látigo anduvo:

todos quantos allí hubo
le viéron muy diligente
con la cucarda en la frente,
y ántes de dar la batalla
conversar con la canalla...
¡qué mucho si es inocente!
Del mensage á Inglaterra
el misterio respetad,
y sobre él un velo echad
por los aciertos que encierra:
al pisar aquella tierra
¿no veis qué alegría siente
de ver á este hombre eminente
Jorge tercero? en su vida
tuvo mejor acogida...
sobre que es un inocente.
Gracias á nuestra asamblea
pues que solo su decreto
basta para hacer perfeto
á un hombre aunque no lo sea:
¡hay mas soberana idea!
rindamos humildemente
nuestro respeto á esta gente,
y á un héroe tan singular
repitamos sin cesar...
vaya, que es *muy inocente.*






55
REVOLUCION
DE
FRANCIA
3
40.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm